



OXXO I LOVE YOU
LITERATURA JOVEN UNIVERSITARIA
[2013-2015]

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

OXXO I LOVE YOU

Literatura Joven Universitaria
2013-2015

Cuento

OXXO I LOVE YOU

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN



UANL

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA
DE NUEVO LEÓN
Secretaría de Extensión y Cultura

Rogelio G. Garza Rivera
Rector

Carmen del Rosario De la Fuente García
Secretario General

Celso José Garza Acuña
Secretario de Extensión y Cultura

Antonio Ramos Revillas
Director de Editorial Universitaria

Padre Mier No. 909 poniente, esquina con Vallarta
Centro, Monterrey, Nuevo León, México, C.P. 64000
Teléfono: (5281) 8329 4111 / Fax: (5281) 8329 4095
e-mail: publicaciones@seyc.uanl.mx
Página web: www.uanl.mx/publicaciones

Primera edición, 2016
© Universidad Autónoma de Nuevo León

ISBN: 978-607-27-0623-1

Reservados todos los derechos conforme a la ley. Prohibida la reproducción total y parcial de este texto sin previa autorización por escrito del editor.

Impreso en Monterrey, México
Printed in Monterrey, Mexico

NOTA DEL EDITOR

El presente libro incluye los trabajos premiados y menciones honoríficas del certamen de Literatura Joven Universitaria UANL en su categoría cuento durante los años 2013 a 2015. Ante la cantidad de trabajos pendientes de publicación, se decidió dedicar volúmenes separados a la poesía (*Zaragoza arde la TV*) y a la narrativa de ese periodo de tiempo. Con *OXXO I love you*, la Editorial Universitaria da continuidad al compromiso de difundir las obras reconocidas en el concurso iniciado en 1991 y que actualmente organiza la Dirección de Desarrollo Cultural de la Universidad Autónoma de Nuevo León.

En los trabajos de los estudiantes de nuestras facultades y preparatorias vemos los temas de la realidad cotidiana así como la fantasía, la ciencia ficción, el interés por experimentar, por crear narrativas más extensas y alcanzar un mayor dominio del personal estilo. Nuestra vida puede resultar ser un experimento, el tedio, la guerra y la opresión pueden devastar conciencia y sentidos, podemos necesitar aferrarnos a relaciones o perdernos en el aire, pero hay trazos que permanecen, que se vuelven punto de encuentro y de partida.

2013
Categoría Facultad

Primer lugar

El jardín de las gladiolas

Edén López Sánchez

Facultad de Psicología

No necesito un abrazo, necesito sus brazos

Hoy estuve todo el día pensando en ellos, todo porque al idiota de Carlos se le ocurrió agregarme de nuevo al *caralibro*; encima, la idiota de mí aceptó la solicitud.

¿Te acuerdas de Carlos?, creo que no, a ti no te he hablado de él.

Carlos llegó a mi vida hace un año, es el mejor amigo de mi hermano. Así como lo oyes, el nihilista de Alberto tiene amigos, pero esa es una historia que otro día te contaré.

Un día fuimos a un bar los tres, mi hermano estaba despechado, con el dolor punzante en la boca del estómago; no lo aceptó pero era obvio, la tristeza estaba en sus ojos, en su forma de hablar, en cómo insistía que no la quería y que no era la indicada. Carlos y yo intentamos animarlo. Después de unas cuantas cervezas terminamos en su casa, Alberto no podía ni con su alma así que se recostó en un sillón de donde ya no pudimos levantarlo hasta la mañana siguiente.

Durante la madrugada, aquél joven, que se suponía también era mi amigo, me hizo una confesión, yo le gustaba desde hacía tiempo y se había dado cuenta meses atrás en una fiesta; para mí, él había sido una especie de amor platónico, qué chica no ha fantaseado alguna vez

con el amigo guapo de su hermano, claro que en mi caso, a diferencia de esas chicas, él no era guapo, al menos no en el sentido novelesco, su belleza era más bien normal, real, eso lo hacía atractivo para mí.

Nos besamos, brevemente planeamos el futuro, como cuando estás enamorado y crees que tú y el otro serán eternos, dormimos en un sillón, me acurruqué en su pecho mientras él me rodeaba con sus brazos, esa fue la primera y única vez que me sentí protegida, después de esas horas, poco importaba si el mundo se acababa al salir el sol; después de sus besos, vivir había valido la pena.

Un mes me duró el gusto, me dijo que el tiempo que nos veíamos era poco, que eso no era justo para mí (¿escuchas?, él decidió por mí), —uno sabe cuando no es la indicada— ¿la indicada?, ¿para qué?, ¿para casarse?, ¿para amar?, ¿para coger?, nunca lo sabré, solo puedo conformarme con saber que esa no era yo.

Lloré, lloré mucho, claro que me esperé a que no hubiera gente en casa, casi gritaba de la presión horrible que sentía en el pecho, lloré tan fuerte que hasta el perro empezó a llorar conmigo, yo yacía en el suelo (sí, así de mal me puse) cuando Toby (la mascota) se puso a lamerme la cara, justo donde estaban mis lágrimas.

Me sentí patética, no solo me había convertido en la protagonista de una escena de telenovela barata, lo peor era que mis instintos suicidas habían regresado.

El amigo eterno

Ayer que le platicaba a ella de Carlos, me fue inevitable pensar después en Mauricio, a ti sí te hablé de él, creo que a todas.

Desde la preparatoria ha sido un buen amigo, una vez nos prometimos que si llegábamos a los treinta y ninguno de los dos tenía pareja, nos casaríamos.

Él siempre va y viene, esa es su característica principal, cuando yo tenía novio él con nadie salía, cuando él me hablaba de alguna pretendiente, yo estaba soltera, así se nos pasaron cuatro años de amistad hasta que llegó Carlos. Después de él, Mauricio me salió con que se había sentido celoso, que no quería dejar pasar la oportunidad de intentar algo conmigo, así que acepté.

Siempre hemos sido muy diferentes, a él le gusta la vida salvaje, mientras yo había disfrutado de mi cómodo y conservador mundo cuadrado, a sabiendas de esto, nos sumergimos en las riesgosas aguas de la no-incertidumbre. Desde el inicio, esa relación estaba condenada a fracasar. Mira que hacernos pareja siendo tan distintos, mira que emparejarnos siendo amigos de casi un lustro, mira que enamorarnos cuando yo aún amaba a Carlos.

Casi cinco meses me duró el gozo, su ritmo de vida y su necesidad de probar todos los placeres me llevaron al límite de la moralidad, me resultaba incomprensible cómo una persona podía beber como él lo hacía, arriesgarse de tal forma, pensar libertinamente sin remordimiento alguno y amarme al mismo tiempo.

Tiempo, el maldito tiempo también nos acabó, este hombre me salió con el mismo cuento, el tiempo que nos veíamos no era suficiente e injusto para mí.

Qué afán tan pendejo ese de los hombres de elegir por nosotras, “lo hago por ti”, “lo hice pensando en ti”, “esto no es justo para ti”, “necesitas esto”, “deberías aquello”.

Me dio más coraje que tristeza, y ni tanta, porque para ese entonces, yo ya salía con Benigno.

Te quiero pero como amigos

Tan pronto me dijo que lo mejor era terminar, me fui a mi casa y velozmente terminé con cuanta red social me lo recordara. Lo eliminé del *caralibro*, no quise bloquearlo porque en el fondo sabía que lo iba a extrañar, así que

mejor cerré mi cuenta, regresé al uso rústico del *mensajero* y le di uno más constante al *canarito azul*, suena a estupidez, lo sé, las redes sociales siempre me han resultado de lo más ridículo, pero no puedo negar que el contacto se siente real.

Cuando todo empezó a desmoronarse con Mauricio, empecé a platicar más con Benigno, claro que no solo fue eso, aunado al futuro fin de una relación fallida, mi verdadero amor platónico, Jesús, se marchaba de la ciudad; ya no tenía a mi amigo de años, ni al hombre de barba de candado que me robaba suspiros. Así que ahí estaba él, aparentemente disponible y siempre con una sonrisa amable para ofrecer.

Charlábamos constantemente por vídeo llamada, después *quéondas*, unos cuantos mensajes ocultos al *caralibro* y un café, sin darme cuenta ya me estaba pidiendo que fuésemos novios, me tomó desprevenida, yo solo dije que aún no era momento, así que esperamos.

Salir con alguien es aceptar las letras pequeñas de un contrato, la persona jamás demostrará cómo es realmente, sacará pequeños rasgos de su persona para darte una probada de realidad, pero raras veces exhibirá la clase de alimaña que es dentro de ese cuerpo humano.

Nosotros fuimos una de esas raras veces, jamás estuve antes que cualquier cosa, su trabajo, familia, amigos, entre ninguno tuve espacio, así fuera la más estúpida petición, yo siempre quedaría en segundo lugar, si acaso.

A este también le lloré, pero no como a Carlos. Benigno era el resultado de la sustitución de dos hombres sumamente importantes en mi vida y no estaba cumpliendo su función; no tenía un amigo, mucho menos un novio, nos hablábamos más por *caralibro* que en persona. Cuando intenté terminar por lo sano, él me pidió otra oportunidad, así tan pendeja como siempre, accedí. Claro que no sin antes asegurar mi estabilidad emocional con Oscar.

¿Por qué no te puedo querer?

Al mismo tiempo que surgieron los primeros de múltiples problemas con Benigno, llegó Oscar, el amigo de un amigo que conocí en un bar, me pareció agradable, menos pedante que nuestro amigo en común, alguien como para salir y compartir ideas, pero nada más.

Mientras la relación con Benigno avanzaba desastrosamente, Oscar estaba ahí para mí, a la hora que quisiera, cuando yo quisiera, incluso cuando se enteró que tenía novio, a él no le pareció importar mucho, la verdad a mí tampoco, parecía que al fin había encontrado lo que había perdido, mi amigo y mi amor, ambos eran una mezcla de ambos, lo cual dificultaba que me decidiera por alguno de los dos.

Jamás pasó algo, pero cuando ocurrió, el beso fue como morder a la manzana del fruto prohibido, una serie de emociones salvajes se desataron dentro de mí, me sentí excitada en todo sentido, culpable, triste, feliz, todo se mezclaba dentro de mi estómago dando como resultado mi huida de aquel lugar.

No nos volvimos a ver, pudo más mi moral, de la cual empezaba a dudar; por un momento pensé en dejar a Benigno, me hacía daño estar y no estar con él, lo supe desde el instante en que me plantó por vez primera; en cambio Oscar me ofrecía el mundo, todo lo que deseaba en una pareja él lo tenía, pero elegí, elegí mi ruina y una vez comunicada mi elección, Oscar me salió con que nada serio quería conmigo, es más, me habló de una chica con la que él quería salir, de la que después hice cuentas, resultando que salía con ella al mismo tiempo que conmigo, entonces supuse había elegido bien, aunque en el fondo sentía que mintió y que lo había lastimado.

Con el tiempo, los problemas entre Benigno y yo aumentaron en su intensidad del dolor, yo quería verlo más, él necesitaba verme menos, nos empecinamos en estirar la liga hasta que la reventamos.

Todo culminó con la develación de un terrible secreto, sus mecanismos anti-lástima se encendieron alertándolo de mí, pidiéndome, irónicamente, tiempo.

El tiempo, lo maldigo una y mil veces, se ha hecho mi enemigo pues a ellos les dio sanación, a mí paranoia, desesperanza, ira y rencor; cada minuto sin él era como una puñalada en mis pulmones, me quedé poco a poco sin ánimo de respirar, la distancia puesta arañó mi alma, tanto se desangraba mi ser por dentro que ya no quería sentir, tomé un cuchillo y me corté los brazos. No dolió, de hecho sentí un gran alivio, en la sangre vi correr mi amor por él, al abrir mi piel vi que era posible exorcizarme de su no presencia.

Para no llorar

¿Sabes qué es terminar una relación?, es cuando ya nada sientes por el otro, o cuando te hizo daño, o las circunstancias no dan para más. Entonces uno decide mirar a la persona y con todo el dolor de su corazón o no, dice adiós.

En cambio, terminar con alguien es de lo más cercano a la muerte, es terrible, terminar con alguien es no hablarle, no tocarlo, no mirarlo, no aceptarlo ni rechazarlo, es inexistirlo, aniquilarlo. Eso hizo Benigno, terminó conmigo, aniquiló cada partícula de mi ser hasta reducirlo a la maravillosa nada.

¿Te acuerdas de esas vacaciones?, anduve como toda una loca, el mismo día que aquél hombre me terminó llamé a Tomás, recuerdas a Tomás, ¿no? Creo que a ti no te platiqué.

Después de aquéllas semanas cargadas de intenso dolor, Tomás se acercó a mí curiosamente poco antes de que me pidieran tiempo, él solía casi gritar que me amaba, cada vez que nos topábamos, desde lejos extendía sus brazos y yo corría a él cual película dramática. Todo inició como un inocente juego de amigos, él pasaba casi por la

misma situación, no tenía pareja, incluso no había posibilidades de regresar, entonces me hizo una propuesta que tiempo atrás hubiese considerado indecorosa: Mientras que nos daban respuesta nuestros respectivos dolores, nosotros seríamos muy buenos amigos, si entiendes a lo que me refiero.

Así fue, unas cuantas veces salimos, hablamos de nuestra triste situación de abandonados, nos dábamos consuelo, estábamos tan dañados que hasta por un milisegundo nos tratamos como novios, ya nada teníamos que perder.

Te platicaba de las vacaciones, el mismo día del fin vi a Tomás, esa fue la última vez, porque realmente nada sentía por él, me gustaban sus besos, pero nada más, después de él salí con Roberto, de nuevo con Mauricio y Oscar, coqueteé con un extraño, pero el más relevante fue Luis, aunque yo solo quería evitar pensar en Benigno. Besé tantas bocas esos días y ninguna me supo a él, ni siquiera en lo más mínimo, pero funcionó, al menos hasta que tuve que enfrentármele de nuevo y asumir que ya nada había entre nosotros.

Repetir, repetir y repetir

A Luis lo conocí en el trabajo, sí me acuerdo que te comenté cuando llegaste tú. Él ocurrió mucho antes de Carlos, fue después de Jonathan, durante de Alejandro y antes de Alexis.

Luis es todo un macho, lo que me gustó de él fue su larga cabellera, cuando lo escuché hablar, me atrapó, tanta sabiduría me fue conquistando, oír su voz grave con todo lo que tenía que decir me pareció sumamente sensual, aunque he de admitir que su soberbia me parecía exagerada e irritante, aun así, le coqueteé (y él a mí), el breve flirteo entre dos extraños culminó en una intensa semana de besos y caricias inocentes.

Nada más que el contacto boca a boca y unas dulces miradas bastaron para terminar de enamorarme, pero de pronto, todo terminó, yo dejé de aparecer en su vida, no me habló más; extrañamente no me sentí aniquilada, porque a veces me miraba con desprecio.

Regresó, después de salir del país, regresó a la misma ciudad en busca no sé de qué; nos reencontramos, quién sabe por qué el destino me jugó una broma tan poco graciosa justo después de que Benigno se fue.

Luis había vuelto, hablamos sobre su travesía por el mundo, sobre su molestia por la sociedad, y de mí, eso fue lo más raro, él tenía mucha curiosidad por conocer; después de dos años, parecía tener un interés siniestro hacia mi persona, resolví sus dudas para seguir con las mías, quería saber todo de él, y así como había preguntado por mí, yo quería cuestionarlo, pero solo una sola pregunta vino a mi lengua... “¿Qué pasó dos años atrás?”.

Su respuesta fue simple, tan sencilla que me pareció ridículo haberle sufrido como lo hice en su tiempo. Sin embargo, ese era el presente, esos minutos juntos eran probablemente lo único que volveríamos a vivir, lo besé una y otra vez, nos tomamos de la mano y tan pronto empezó la tarde terminó la noche.

Volvimos a vernos, pero no a salir, no como aquel día. Su imagen perfecta, idealizada, se perdió entre la gente y la vi partir hacia el norte con plena consciencia de que jamás regresaría.

La última y nos vamos

Sabes que no eres la primera, todas aquí lo saben, pero también saben que eres especial, ese día que fui al supermercado, me sentía tan muerta como siempre, era un día gris normal, andaba por ahí con mis padres haciendo como que estaba, de pronto te vi, moribunda en medio de muchas otras iguales a ti, yo no sabía que estabas condenada a marchitarte, eso lo supe después.

Cuando te traje a casa, tus hojas lucían un rojo carmesí hermoso, de esos rojos que solo de verlos te sientes lleno de vida, de pasión.

Al día siguiente mis ánimos cayeron ante la noticia de una plaga que te mataría paulatinamente hasta dejarte seca, por eso te tomé tanto cariño, una vida tan corta merecía ser vivida con fervor; te cuidé, podé la maleza y no me importó dejarte casi calva; en el fondo, una parte de mí quería salvarte. Hoy sigues aquí, adornando el centro con tu peculiar belleza.

Llegaste también cuando empecé a fumar; solo tú sabes del viaje, ¿recuerdas?, esa vez que me fui al bosque con mis camaradas, ese grupo de idiotas sin el más mínimo sentido de responsabilidad, kilómetro que avanzábamos, cigarro que era consumido, yo no entendía, todavía no entiendo, a ellos no.

Durante la caminata intenté reflexionar la vida, mi vida, mis errores, mis dolores, mis desgracias. Fallé, busqué desesperadamente respuestas sin pregunta previa, solo conseguí una decisión: no dañarme de nuevo, eso significaba no navajas, no cuchillos, no encendedores, cualquier tipo de autolesión quedaba estrictamente prohibida, no porque lo considerara malo, sino porque comenzaba a resultarme vergonzoso andar por ahí con los brazos rajados cual Jesucristo en viacrucis.

Y bueno, ya una vez en la fogata, con las emociones desbordándose por la boca de mi estómago, miré a Sebastián encendiendo su cigarrillo, me devolvió la mirada y dijo “¿Quieres?”, así empecé, ese pequeño cilindro portador de tabaco y cáncer apareció como un milagro lúgubre ante mis súplicas de muerte.

Por eso fumo, para perecer lentamente entre cada bocanada, para exhalarme, para desvanecerme un poco con el humo, para saborear lo amargo de mis días en esos cigarrillos sin filtro.

Por eso fumo, para acabar dolorosamente conmigo, porque una cajetilla no se siente sino hasta que quieres

correr, un solo cigarro no duele hasta que quieres cantar, no mata hasta que quieres vivir y no puedes porque ya te invadió alguna enfermedad.

Eso es lo que yo quiero, que se destrozé mi garganta, un día no poder respirar, necesitar un trasplante de pulmón o lo que sea, esta es mi forma de acercarme al fin, de la manera más estúpida y cara que se me pudo haber ocurrido, porque eso quiero, sufrir estúpidamente como lo estúpida que soy con los hombres.

Estúpida, estúpida, estúpida, estúpida, estúpida, una y otra vez estúpida...

El jardín de las gladiolas

Ya empecé a gritar, ustedes saben que no me gusta, odio estar así, sentirme tan imbécil por nada, el amor es lo que me mueve, el amor es lo que las tiene a todas aquí, ¿saben cómo llegaron? Bueno, cada una conoce su historia individual, pero ¿conocen la historia de este gran cuadro?, creo que no, hoy les diré porque es un día especial.

Benigno es un imbécil, su nombre es completamente inapropiado para su persona, él destruyó lo poco que quedaba de mí, él fue todo y nada, él fue.

Pero no es justo culparlo de todo, es obvio que yo ya estaba rota, incluso antes de Carlos, incluso de Luis, nunca he sido una buena mujer, odio a mis padres, a mis hermanos, a la gente en general, las personas me producen una sensación viscosa en los intestinos.

A los veinticinco años nada bueno he hecho de mi vida, trabajo porque tengo que trabajar, como porque tengo que comer, vivo porque nací y se supone que vivir es el orden natural del humano. El amor era la única cosa que me mantenía cuerda en este pinche mundo.

En un día de esos terribles, nefastos, regresé a casa después de una pelea con Benigno, me dejó plantada por no sé qué número de vez, me sentía agotada de tragarme

la ira, me sentía harta de mí y de justificarlo, así que corrí al jardín, tomé un pico y destrocé pedazos de concreto de ahí donde estás tú, esa fue la primer parte; con mis propias manos y sin guantes, arranqué la maleza, con un hacha corté unas cuantas ramas del árbol grande, hasta dejar todo limpio y listo para ser sembrado.

Llena de sangre por todo el cuerpo me recosté en medio, donde ahora está Belén Nueva Guinea. Toby se me acercó y al oler la sangre gruñó de un modo extraño, yo no le tomé importancia pues no estaba satisfecha, sentirme cadáver al centro de la nada no era precisamente la muerte que deseaba.

Al verme tirada, mi madre se asustó, como pudo me llevó al hospital, mi padre nos acompañó. El camino fue atroz, no paraba de insultarme a mí y a mamá, yo no era más que una pendeja chiflada que quería llamar la atención, mientras que ella una tonta que me seguía el juego, eso fue lo mínimo, ya en urgencias el doctor tuvo que llamar a seguridad de tan aberrante que se puso.

Días después, cuando pude moverme de nuevo, comencé a sembrarlas, necesitaba dotar de vida todo lo que me rodeara, estaba desesperada y ávida de existir de alguna forma. Mientras ustedes crecían, regalé muchos óleos, naturalezas muertas por supuesto; conforme crecían, cada una de ustedes conoció un poco de mí, todas ustedes son pedazos de mi alma que conforman mi ser, porque ya no tengo más, todos se fueron y yo quedé al borde de mí misma.

Pero no se preocupen, que la cosa ya no es tan desgraciada como antes, volví a enamorarme, como lo oyen, de nuevo tengo esa sensación en el estómago cada vez que veo a Ángel, porque así se llama el desafortunado.

Es de mi edad y le gusta el tango, no sabe bailar ni entiende de amores, tiene la piel morena y los ojos claros, me dijo que le gusto y hasta nos besamos, es la primera vez que me siento realmente correspondida, aunque ahora,

soy yo la que nada tiene para ofrecer, aunque saben, creo que nunca tuve algo para dar.

Voy a ahorrarnos la pena, al maravilloso de Ángel, a mí, a ustedes, a mis padres, a mí, a mis amigos, hace tiempo que no he fumado, ni bebido, siento esa no necesidad extraña de no estar y qué mejor forma de no hacerlo que con ustedes, porque han sido testigos del preludio, han vivido el intermedio, por qué no dejarlas sentir el final conmigo, quiero que vean lo que soy y no soy, aunque no sé si sea.

Es extraño cómo algunas cosas que las mantienen vivas para un humano pueden ser la muerte, por ejemplo el dióxido de carbono, ya sé, no les gusta que hable así porque no me queda, en fin, mi punto es este, ayer mientras las fumigaba me di cuenta de la toxicidad del plaguicida, sería un bello intercambio, ¿no creen?, su salud por mi vida, no sé, me resulta bastante poético que mis últimos minutos de vida terminen en este bello paisaje que yo misma parí, perecer entre flores blancas, naranjas, amarillas y rojas, todas juntas al caer el sol, danzan al son del viento para despedirme.

Solo una cosa lamento, que al cerrar mis ojos no habrá marcha atrás, una vez fuera de este mundo jamás volveré a este paraíso, a mi maravilloso jardín de las gladiolas.

Segundo lugar

Trece años

José Luis Aguirre Aguilar

Facultad de Filosofía y Letras

Hablo, digo estúpideces.

La maestra de reajo me observa y no dice nada pero tiene todo el semblante de advertirme no sé bien qué.

No se atreve por lo pronto. Hablo. Río. Le estiro la camisa al Güero. Se sonrío y su cara brilla con su sonrisa de niño. Me siento drogado. Chiflado. Babeante. No sé qué es sentirse drogado. Pero lo intuyo.

Mucho ruido en el salón. La maestra golpea con un periódico el escritorio. Nadie le hace caso. Golpea más fuerte y entonces sí.

Güero me jala el pelo pero no me hace daño. “Pendejo”, le digo. Se sonrío.

La maestra sale del salón. Antes dijo algo que no alcancé a entender. Una tarea perdida para siempre en mi memoria. O un murmullo. O algo más fuerte que un murmullo. Angelita en una esquina del salón llora. No sé qué pasa. Platica con unas niñas sentadas en su banco del rincón y está llorando.

El gordo Bulmaro (que más que moreno es negro porque su piel es oscurísima), toma por la espalda a Javier y le tuerce los brazos. Gritos. No sé quién ni qué es lo que grita. Güero me jala el cabello otra vez.

Y hace unos momentos la maestra dijo algo.

Yo trato de no pensar en eso que dijo porque me ofusco. Eso que dijo no sé bien cómo, digamos, descifrarlo. Simplemente me confunde.

“Pinche vieja, ni sabe ni qué pedo”, dice Güero, “cómo te va a decir eso”. “Qué”, le digo. “Pos lo de tu papá” me dice, “ah” contesto. Y es un ah de un asombro bien fingido, desinteresado, pero con una mezcla de confusión a fin de cuentas.

Bulmaro el gordo negro se cae con Javier y se ríen. Ruedan por una parte del piso de mosaicos rojos. Comienzan a circular bolitas de papel mojado con saliva. Una cae cerca de mí y Güero dice, “espérate, no mames” dirigiéndose a Hernán quien es el que las ha puesto en circulación arrojándolas desde su banca. “Ay, perdón”, dice Hernán, y alza la mano a la altura de su pecho y yo le lanzo una mirada de despreocupación que no alcanza siquiera a redondearse con una sonrisa leve.

Hay algo en el fondo de mí. Pienso.

“¿Cómo es posible que te comportes así? Sobre todo tú. Debes tener mucho cuidado, fijarte cómo te comportas. Tú especialmente, en estos momentos especialmente”. Fue lo que dijo la maestra hace unos momentos, y yo quise ignorar, y dije que me confundía y que no podía descifrarlo. Dijo esto cuando entró al salón al principio de la clase y me vio jugar con el Güero, subírmele a la espalda y casi caernos. Ahora todo, en este día de mi retorno a clases, por lento que parezca, empieza a dar vueltas de formas tristes y cansadas.

Estoy cansado. Eso es. Muy cansado. Siento como si me hubieran chupado todas las energías. Veo al Güero y a Bulmaro y a los otros chiquillos. Y Ángela ya está bien limpiándose las lágrimas y el salón con sus ladrillos rojos en las paredes brilla de una forma extraña para mí. Como entre niebla.

Y las ventanas. Esas ventanas. Debería de salir por una de ellas como en mis sueños. Cuestión de poner un

pie encima del asiento del banco. El único problema es que estamos en el segundo piso. Hay hojas grandes de árboles grandes, o de plantas muy grandes, no sé bien cómo llamarlas, puesto que son plantas muy grandes pero no son árboles, y puedo verlas aun más grandes a través de la ventana del salón claramente, desde este segundo piso. Sus copas y puntas forman un follaje espeso. Siento que puedo perderme entre ellas sin necesidad de caer al fondo, hasta el suelo, y lastimarme. Solo saltar por la ventana y perderme sin regresar.

Es de lo que tengo ganas.

Y no es tanto un salto, sino, simplemente, una manera apacible de salir por la ventana. Desaparecer. Salir. Como si justo después de atravesarla bajara despacio hasta el suelo, pero antes de llegar al suelo, justo antes de llegar al suelo, desvanecerme en el aire.

Y unas ganas muy curiosas de jugar se apoderan de mí. No pasa nada por un segundo en el salón y no hay nada más que decir.

Hay algo en el fondo de mí. Como si algo desde el fondo de mí viniera. Hasta salir.

Pero tenía que regresar aquí. La escuela. Después de todo tengo trece años. Y vaya que siento ir las cosas mal. Y la principal es que siento como si ya nada en el mundo brillara para mí. El brillo del mundo se gastó y se apagó. Apenas si veo algo de nuevo.

“Pendeja, cómo le dice eso”. Alcanzo a escuchar la conversación entre Bulmaro y Güero. Platican y llegan precisamente a esta frase, dicha por Bulmaro creo, y es justo cuando detecto sus diálogos que Güero finaliza diciendo: “pinche vieja”.

Y yo no sé bien qué decir. Ni sé bien qué pensar. La atmosfera de protección hacia mí en el salón me resulta rara. Me abruma un tanto. ¿Quién y cuándo les habrá dicho? ¿Cuál sería su reacción en ese momento? ¿Por qué creen que deben comportarse así conmigo? ¿Así es como es cuando pasa?

Y pienso en mamá y en lo dura que fue esta semana justo antes de regresar de Cadereyta. Fue tan duro como despertarse cuando uno trae mucho sueño. Al menos así sentí yo. Bueno no. No sueño exactamente. Pero sí unas ganas de seguir dormido y no despertar en mucho tiempo.

Cadereyta. Nueve días de dízque rezar un rosario y guardar luto. No hacía más que dormir sin sueño. Después un buen rato debía de pasar antes que despertara por completo y saliera a un rabioso sol en la calle sin pavimentar donde se ubicaba la casa de mi abuela. O en su patio. La mayoría de las veces a jugar si había con quién, aparte de mi hermana, a la que ya no le prestaba atención de plano.

Cadereyta. Solo recuerdo mosquitos en los ojos. Mosquitos pegajosos que daban la impresión de meterse adentro de los ojos y anidar ahí.

Jugué fútbol tantas veces en la superficie llena de polvo de la calle. Removimos tierra lodosa. Húmeda. Aunque no recuerdo que haya llovido en algún momento. Arrastramos el balón por donde podíamos y como podíamos mis primos y los demás niños de las casas del vecindario. Por momentos nuestros padres salían a mirarnos jugar. Hablaban entre ellos. Luego se movían de lugar o desaparecían. Vi a mamá observarnos a mi hermana y a mí mientras jugábamos. En algún momento le grita a mi hermana que tenga cuidado. Que no se vaya a caer. Luego se aleja y la miro alejarse y sentarse a conversar con familiares. Fue entonces cuando pensé, por un segundo, no más, qué era lo que iba a seguir en nuestras vidas. Qué íbamos a hacer tras la muerte de mi padre, que a fin de cuentas era el jefe de familia, como dicen, y quien proveía todo el dinero para movernos de un lado a otro. Mamá no trabajaba en años.

El balón me rebota en el pecho y le pega en los testículos a mi primo. Se agarra. Nos reímos todos.

Jugamos bajo el sol otras tardes y mediodías más. Era muy bueno jugando fútbol. Movía el balón con habilidad y mis primos no me lo podían quitar. Me cansaba. Qué sol rabioso. Qué calor tan fuerte y los mosquitos en los ojos nunca se iban. Una niña se enamoró de mí. Morena. Pelo negro. Mi primo me dijo que le había dicho...

Descubrí otros primos lejanos. Y niños. Niños de casas contiguas que se hicieron amigos, o por lo menos jugaban con nosotros seguido. Lloré mucho frente a la tumba de mi padre. No sé por qué. Me había dicho a mí mismo que no iba a llorar. No tenía ganas momentos antes, y de pronto, no pude más. Alguien me cargó y me llevó a sentar cuando ya me empezaba a dar náusea por los mocos y lágrimas que me obstruían la garganta y nariz. No empezó a llover como en los funerales de las películas. Al contrario. Hizo un calor horrendo cada vez más y más fuerte. No se quitó el sol hasta que entramos de lleno en la tarde. “En lo hondo de la tarde”, como me gusta decirle al momento cuando empieza a oscurecer.

Recuerdo que después del funeral no pronuncié una sola palabra como en dos días. Luego me empezó la somnolencia. En la hilera de autos que se unían al cortejo iban todos los taxis del grupo al que pertenecía papá. Ser taxista fue su último trabajo. Había sido varias cosas en la vida. Pero esa fue la última.

En el carro atrás de la carroza que llevaba a papá: mi hermana, mi madre, mi abuela y yo. No pienso nada y me siento muy incómodo. No sé qué hablan mamá y la abuela. De pronto mamá comienza a llorar y al poco rato también la abuela. Terminamos abrazados los cuatro. Yo al centro y apretujado contra la cara de mi hermana por tantos brazos. Miro por la ventana del auto y confundo que llueve pero en realidad son mis ojos anegados. Lágrimas acabadas de salir. Nuevas. De ese momento que no pensé que acabara así.

Quiero pensar que la siguiente palabra pronunciada cuando volví a hablar, después del par de días sin hablar, a partir del funeral, fue la palabra gol. No podría asegurarlo pero es muy probable, puesto que me recuerdo gritando muy fuerte varios goles anotados.

Días perdidos, pienso ahora, de los cuales no conservo más que un pensamiento que llega y se va como ráfaga.

Ráfaga. Ráfaga. Repito en voz no tan callada agarrándole el hombro al Güero. “¿Qué?” “¿Qué es?” contesta mirando al frente, sin voltear a mí. Es como algo que desaparece muy pronto pero nunca lo olvidas.

En un momento del día los tíos nos llevan al río. No sé nadar ni nada y solo retozo en la orilla. Vamos a ver caballos y vacas. Mi primo monta un poco y anda encima de un caballo por la orilla del río un buen rato. Mi tío lo acompaña desde abajo caminando. Los campos de Cadereyta me parecen bonitos. El trigo recién salido es muy verde y da el efecto de mirar una alfombra muy fina.

Luego me miro en otros días más junto a mis primos y otros niños. Atravesamos un campo de futbol enorme. Polvoso. Gris. Dándonos pases largos y verticales. Llegando hasta la otra portería algunas veces fallando y otros anotando.

En el vidrio de la ventana más alta del salón se estrella una bolita de papel con saliva arrojada por Hernán.

Siento que me siento mal. Que me falta el aire. Y la sensación de mirar mis manos desde muy adentro de mi cabeza. Desde un lugar muy lejano.

Los chicos hablan y hablan y no paran. Su hiperactividad no da tregua y el ruido en el salón nunca para.

Miro por la ventana. Hay algo en el fondo de mí que empieza a emerger y pesa bastante. Me paro de la silla y pongo un pie en el asiento. Un parpadeo y estoy parado encima de la silla. Subo el pie ahora por encima del marco de la ventana y después el otro. Comienzo a bajar hacia los árboles o plantas gigantes que parecen árboles, cuyas

copas y puntas forman un follaje espeso. Como en mis
sueños, lo voy haciendo como si flotara.

No me hago daño...

Tercer lugar

Cinco vecinos

José Luis Aguirre Aguilar

Facultad de Filosofía y Letras

Primer Vecino

Duele. Siento mucho dolor. Es la madrugada y siento mucho dolor. Mi dolor se emparenta con el dolor de ese pobre perro bebé que aúlla y aúlla, en un quejido interminable y lastimero, para el cual no ha existido tregua en las últimas dos semanas, con cada una de sus respectivas noches. Noches insoportables por espantosas. Llenas de aullidos del cachorro y llenas de quejidos y gemidos míos, puesto que la enfermedad avanza y me consume rápido.

Pero hablemos de los verdugos del cachorro: Doña Leti y su hijo Jairo, trasunto de aquel personaje de Los Simpson, Rafa Gorgori: niño gordo y muy ingenuo, debido a la sobreprotección de sus padres y por lo tanto abusado por los otros chicos. Jairo, mastodónico puberto de doce años, que algún día entró a mi casa y se sorprendió tanto. Siendo mi casa tan maltrecha y vergonzosa, estando a medio construir como la suya, pero al menos con más paredes. “Uuuy qué grande”, “Está bien grande”, “Uuuy cuántos cuartos”, “¿Y estas cajas?”, “Uuuy cuántos libros”, “¿Y para qué los quieres?”, “Yo no sé leer muy bien”.

Solo tengo cuatro cuartos en esta caja de zapatos donde habito con mi madre, y solo un par son habitaciones individuales, que no parecen, puesto que no tienen puertas. Todo en muy mal estado pues las penurias

económicas y mi avanzada enfermedad han mermado la inversión que, en un principio, mamá destinaba hacia la construcción de la casa.

A él, Rafa Gorgori-Jairo y su madre Doña Leti, apenas si los rebasamos con dos cuartitos de una casa tan fea y miserable como la suya, y da por sentado que la nuestra es mejor. Me enterneció, me entristeció.

Han tenido como cuatro pobres e infelices perros cuyas vidas han sido un calvario desde el principio hasta su fin. Solovino, perro negro de pelo plaistudo y pulguiento, lleno también de garrapatas en las orejas a más no poder, murió abandonado por la enfermedad y la inanición a la que someten toda mascota que llega a caer en sus manos. Su cuerpo fue arrojado en no sé qué terreno baldío de tantos que nos rodean en la colonia. Con gusto entraba en la noche a su casa con un cuerno de chivo y los ametrallaba sin decir agua va. Lo he soñado incluso, y hasta creo les haría un favor.

Segundo vecino

Dióscoro, Dióscoro, Dióscoro. Lo diré hasta que pierda el sentido, porque es algo que me gusta mucho hacer cuando siento mucho estrés y mucha angustia. Ese nombre sí que me pareció extraño cuando lo escuché por primera vez. Dióscoro, papá de dos hijos hombres y esposo autoritario de mujer sumisa. O sea un mamón como la mitad de los padres de este país. No le quiere enseñar a manejar a sus dos tristes hijos y a su triste esposa. Candidato a ministro de culto en un culto, valga la redundancia, evangélico de cuño protestante. Pero ante todo, comerciante de fayuca y cobrador de esos que siempre andan en una motocicleta guinda o roja.

Dióscoro. Terror de la colonia con sus tarjetitas amarillas. Te cobra tenis y zapatos de mediana calidad a precio de los de muy alta. Comercia mueblecitos rústicos

y baratos en construcción y diseño bastante *kitsch*, y te lo cobra como si no fueran baratos ni rústicos ni *kitsch*.

Dióscoro, que encontró la religión y ahora divulga la palabra del señor y saca rápido su tarjetita amarilla por si le debes y quieres abonarle, de a veinte pesos en veinte está bien, al cabo ni te das cuenta y pagarás el doble, dice que no volvió a ser el mismo después de su accidente en moto; momento patético por excelencia de su vida adulta. Dióscoro, que viene regresando de una borrachera a bordo de su moto guinda, sin casco, zigzagueando y manejando como puede sobre la calle, sin disminuir velocidad, se estrella directamente contra un poste cuando se sube a la banqueta y queda noqueado sobre un charco de lodo. El impacto es tan fuerte que todo sale volando: las tarjetas amarillas y la morralla, decenas de billetes de veinte pesos, dos o tres cajas chiquitas con mercancía: zapatos para niño principalmente. Es sábado y gente pasa en todas direcciones. Niños se acercan y lo ven tirado, con los ojos abiertos, mirando un punto muerto en el cielo. La atención de los niños se posa en las tarjetas amarillas, la de otros en los billetes y la de todos en las moneditas que brillan en el asfalto de la calle.

Incluso adultos recogen el dinero.

La conversión es paulatina pero segura. No bebe más en exceso. Cambia moto por un carro. Amanece despertando al vecindario muy temprano, con música cristiana a volumen muy alto. Me despierta durante muchas mañanas y para mis adentros le miento la madre. Le cierro la ventana haciendo mucho ruido siempre que puedo para que note mi disgusto. Habla de Jesús pero no les paga a los albañiles que contrata para terminar de construir un segundo piso en su casa. Al poco rato tiene una camioneta más, aparte del auto que cambió por la moto. Una mañana muy temprano abro la ventana y lo encuentro hincado con los brazos abiertos, mirando el cielo desde su segundo piso. Escucha el ruido que hago al abrir la

ventana y voltea hacia mí, vuelve a voltear hacia el cielo y alcanzo a escuchar en voz muy alta que dice “Alabado Jesús amén”, se levanta y me da la espalda. Este acto se repite a lo largo de muchas mañanas más. Me extraña demasiado pero luego me entero que forma parte de su preparación para el ministerio.

Mamá aún le debe un par de tenis.

Tercer vecino

Adán, que no, no es el primer hombre sobre la tierra, y al contrario que Dióscoro, que vive justo enfrente de mi casa, vive como a tres calles de la mía, lo que no explica cómo surgió nuestra amistad, o más bien la explica de un modo muy extraño, es un chico al que le gusta bailar reguetón y ser popular.

En las antípodas de lo que podría llamar mi atención, Adán posee una ligereza envidiable con la que mira muchas cosas de la vida. Al contrario de lo que podría parecer, por bailar reguetón, Adán no es extrovertido en un sentido vulgar. No, domina a la perfección sus impulsos, sentimientos e ideas, que por cierto, de todos modos dudo que las tenga, porque creo que más bien, Adán baila en lugar de pensar.

Pero insisto: su extroversión es de la clase de extroversión que no me molesta para nada.

Nos conocimos en una sesión de CamZap.

Asqueado por mirar tanta gente muy fea masturbarse, llegaba al punto de mi tolerancia y me disponía a dormir ya. Cuando apareció él. Gorrita de lado y camisa de tirantes. A una distancia considerable de la cámara, de pie, sobre un fondo con pared blanca, se bamboleaba en una forma extraña y frenética, bastante exótica para mí. Perreo, después me enteraría que así le dicen. Perreo, porque básicamente es una simulación de la cópula entre dos perros en brama.

Él: que onda
Yo: Que onda
Él: no te gusta como bailo
Yo: ¿Bailas?
Él: si mira.
Yo: Ah
Él: quieres que me quite algo
Yo: No, por dios.
Él: (sin dejar de bailar) de onde eres
Yo: Eh... México
Él: aaaah mexico es muy grande de que city
Yo: Sí, es grande. Apodaca
Él: ¡No mames!
Yo: Eh, no, como crees.
Él: NO digo que no mames ya sé quien eres
Yo: No creo
Él: si si estas en silla de ruedas te hevisto te he visto ;)
Yo: Quien eres
Él: Adán
Yo: Ah
Él: ¡Lomas de la Paz!

Asombrado y más azorado porque nadie, absolutamente nadie en el mundo podría mencionar el mísero nombre de un lugar tan horrendo, tan poco atractivo como éste y sin embargo él lo menciona y no podría mentir. Nadie podría mentir para su desgracia.

Nos dijimos calle y dirección. Señas particulares de las respectivas casas.

A los pocos días salí a pasear y lo conocí. En su casa ensayaba un ballet donde él participaba. Todos chicos reguetoneros. Morenitos, delgados, algunos cuasi-desnutridos y con muchos flecos embadurnados de gel. Afuera, un montoncito de chavitas esperaba y le hacía señas a dos que tres de los integrantes que ensayaban dentro del porche de la casa.

Jairo me llevaba en la silla y se quedaba atento a los pasos de baile que practicaban.

“Qué onda” dice Adán. “Que onda” le digo, y nos saludamos chocando las palmas de las manos y luego chocando los puños. “Con que eras tú” y me toca el hombro. No tiene más de dieciséis y de hecho parece más joven en persona. “Y qué hacías en CamZap.” “Ehhh, te la estabas jalando”, me dice. “No creo, sería muy incómodo”, y hago referencia con mis ojos a la atrofia de mis brazos, sobre todo el derecho. Él no sabe que el izquierdo me sirve a la perfección. “Oh, sí sí, perdón.” Se queda pálido y un silencio increíblemente incómodo atraviesa el aire entre nosotros. “Nombre, no te preocupes, es bromaaaa”, le digo riendo y destenso el momento.

A los cuantos días me hace saber que se ha inscrito a un concurso de baile en un canal de tv local que yo califico como despreciable por sus contenidos de pueblo de rancho. No se lo digo en su cara tal cual, pero mi reacción es acorde con la idea. Él no la registra y continúa contándome. Pasa una semana y luego dos y luego tres. Avanza en las eliminatorias que se transmiten por las tardes hasta que nos sorprende a todos llegando a la final. Es el acabose. La calle entera con sus tristes, y en más de una ocasión, deplorables habitantes, se vuelca entera para apoyarlo llamando y conectándose a internet con el fin de recaudar la mayor cantidad de votos posibles que lo ayuden a ganar.

Veo la emisión en la que pasa a la final y es hilarante. El conductor le hace unos albures tremendos, que hasta yo entiendo, mientras hay *close ups* a personas del público a los que van calificando con algún insulto velado, pero de talante racista. Hay una lucha en lodo de dos jovencitas edecanes del programa, y hacen que los concursantes bailen a manera de *striptease* encima de un par de botargas que promocionan algún producto que patrocina el show.

Una jovencita de veinte años y Adán son los finalistas.

Increíblemente accedo para acompañarlo a la emisión final del concurso. Mamá insiste en que vaya pues me observa muy deprimido. En ese momento los dolores

musculares me acechan como nunca en meses y es, no cabe duda, el momento reciente más álgido de la enfermedad, confirmado luego por los doctores y sus reportes.

Mi cerebro, extrañamente, se siente contento y se resiste a la depresión. Sin embargo, el dolor gana terreno y trata de vencer y predisponer mi actitud hacia una coherencia que no necesito en esos momentos. Acabo aceptando y nos trasladamos una tarde hacia el estudio de televisión. A bordo de una camioneta de un vecino vamos los compañeros del ballet con el que ensaya Adán, su madre, un primo, una tía y yo. Cerca de diez personas y una silla de ruedas. Batallan al principio para acomodarme en el asiento y acomodar mi silla en la parte trasera, pero luego de una repartición de espacios nos vamos más o menos cómodos.

En el estudio encuentro a muchas gentes de la calle. Jairo y otros vecinos; muchas pubertas que reconozco; dos o tres señoras argüenderas, y más familia de Adán que su tía me va presentando a distancia, porque quedan repartidos por muchos lados del estudio.

Comienza la emisión y entramos al aire. Un hombre hace la señal cuando hay que aplaudir y gritar muy fuerte. El conductor del programa regaña prepotentemente a un par de miembros del *staff* en comerciales. Un montón de jovencitas con ropa muy ajustada y ultrapegada al cuerpo ensayan una coreografía escondidas entre la escenografía y muros del estudio.

El conductor hace pasar por distintas pruebas a la jovencita de veinte años y a Adán. Les hace cantar y perrear hasta el cansancio. Vuelven a bailarle a las botargas. Les obliga a sostener un producto que patrocina el programa para mandar a comerciales, bailando. Pasa a la mamá de Adán a sentarse en una silla frente a la cámara y Adán le baila. Pasa a un familiar de la chica de igual manera. Y así hasta el final, cuando detecto que súbitamente me observa en mi silla de ruedas, entre la línea de gente que

está al frente y le dice a la producción algo que no alcanzo a escuchar por supuesto, en medio del griterío por un corte comercial. Momentos después un sujeto se acerca y se agacha para decirme que si quiero pasar frente a la cámara para el final del programa, y aceptar que alguna chica me perree encima.

No. Contesto categórico. No, no quiero. Supongo que se lo hacen saber al conductor y tal vez se molesta. Al final, la gente decide por internet y llamadas telefónicas al estudio, quién es el que debe de ganar. Gana la chica apenas por muy poco y el conductor pide que bailen todos frente a la cámara para despedir la emisión. Las jovencitas del ballet del programa hacen acto de presencia y perrean junto a Adán, las botargas, edecanes, miembros del staff y el conductor. Una chica del ballet me observa y luego se dirige hacia mí. Pienso que el conductor la manda y me digo a mí mismo que ya valió madre. Toma mi silla con la ayuda de un técnico que carga unos cables, y poco a poco me van llevando al centro del estudio frente a las cámaras. Comienza a perrear sobre mi silla y mi humanidad. Al poco rato se une otra chica y luego otra más. En un parpadeo tengo a todo el ballet rodeándome. No sé qué hacer y siento una vergüenza inconmensurable. La chica primera en bailarme es la que sigue más cerca de mí y hace movimientos más sugerentes.

No había visto en mi vida un culo tan cerca y mucho menos uno tan perfecto. El bochorno del ridículo es inmenso pero poco a poco el sentimiento de deseo se va personificando. Siento una erección aplanando mi muslo derecho. La chica se contonea de nuevo y pasa su culo por mi entrepierna. Me quiero morir cuando detecto que siente mi erección asustándose de golpe y separándose de mí abruptamente. Su gesto de sacada de onda dura un segundo pero es absolutamente sincero. Se pierde entre las demás chicas del ballet, y luego la pierdo totalmente de vista entre la concurrencia.

Días después observo el video subido a YouTube, y puedo fijarme en detalle en mi entrepierna y su erección. Solo yo puedo observarla y detallarla cuadro por cuadro, afortunadamente y hasta donde sé.

No le platico a Adán de esto pero él me comenta que ese momento no le gustó para nada y siente que se pasaron de la raya. Recuerdo todos los retos ridículos que le hicieron hacer y me sorprende que lo diga.

El video tiene miles de visitas pero tampoco nada anormal. No es un hit de internet, vaya. En los comentarios la gente menciona cosas del tipo “Pinche *down* cuajado” o “Pinche culo que le arriman al paralítico” o “Cómo es posible que gente discapacitada se preste así para eso” o... En fin, pero nadie menciona mi erección porque no se nota y solo yo la detecto. Adán deja de bailar reguetón y se entusiasma con otro ritmo esta vez extremadamente asexual y sin movimientos pélvicos compulsivos. Yo sigo siendo su amigo y recordamos los sucesos y nos reímos. Sigo sin penetrar a una mujer a mis veintitrés y sin tener cerca un culo tan perfecto como el de esa chica menor de edad y virgen, estoy seguro, virgen como yo. O mejor dicho, sigo sin tener un culo para poder acariciarlo, un culo de mi posesión, porque sí tuve un segundo culo frente a mí.

El de mi vecina de la casa contigua a la de Jairo.

Cuarto vecino

Saló. No Saló como la peli de Passolini, aquella en que la gente come su propio excremento en uno de sus capítulos. No, solo Saló, sin acento. ¿De dónde viene ese nombre o apodo? No lo sé. Jamás he preguntado el nombre de Saló, ni a su hijo ni a su esposa y ni mi madre lo sabe, que es la única que podía enterarse de esas cosas por mí. Todo el mundo aquí le dice Saló y punto.

Pues bien. Salo y su hijo Chiquis hacen mancuerna en trabajos de albañilería. Han arreglado varias composturas de la casa y comenzado otras cosas desde el principio, como por ejemplo la puesta del azulejo en el baño y en la cocina.

Salo es extremadamente dominador y autoritario con su hijo. La relación psicológica que entabla con él es de total sumisión. Chiquis es un gigantón de diecisiete años que mide cerca de 1.80, y sorprende que obedezca de forma terriblemente callada y sumisa a un viejo cuarentón de 1.70.

Salo es un persona ignorante y como padre no hace la diferencia para nada. No educa a Chiquis en una nueva fe ni lo insta a ir más lejos. La bola de prejuicios que le reafirma cada vez que puede me da asco y náusea.

Los escucho conversar cuando vienen a la casa a trabajar, esporádicamente, pues Salo solo tiene los fines de semana libres; de lunes a viernes es intendente de una escuela primaria.

Sé que a Chiquis le harta la dirección de Salo cuando trabaja y más de una vez he notado que se avergüenza de su padre. Cosa desde luego justificada y que apruebo.

Recuerdo que en una ocasión Chiquis dejó el pulidor en encendido encima del azulejo pero desconectado. Salo llegó y lo conectó, y el pulidor empezó a dar vueltas con su disco filoso raspando la superficie del azulejo. Salo le pegó una regañada horrenda a Chiquis. Desde el patio, mamá los observaba de reajo. Daban pena ajena. Mamá no pudo ocultar su enojo por el daño al azulejo, aunque se mostró lo más cortés que pudo. Chiquis no respondía un solo regaño de Salo, “Huerco estúpido”, “Anda fíjate bestia”, “Vete para la casa, sabes qué... vete para la casa” y mandaba a guardar a Chiquis, que vivía solo a dos casas de la nuestra, por si no lo he dicho.

No los aguantábamos más cuando hacían esas escenas, aunque he dicho que solo venía de parte de Salo. Chi-

quis podía cagarla más o menos a intervalos coherentes de tiempo, pero esos regaños no se justificaban por sus errores, después de todo era un chavito de diecisiete años. Y Salo en esta pareja era el maistro, su hijo, con mucho margen de error, era el ayudante.

Regaños iban y venían para Chiquis, trabajaran con nosotros o con otros, hasta que un día nos enteramos de un suceso vital en la vida de ambos y su familia, a como yo lo veo.

Por medio de la esposa de Salo mamá se dio cuenta de tal exabrupto. Incluso mamá dijo que la esposa se lo había contado entre lágrimas. En algún domingo que ni nos enteramos, limpiaban el techo de su casa de solo un piso. Decenas de excrementos de perro se extendían por toda la placa. Eran unos cerdos despreciables en cuanto a cuidar a sus mascotas, como toda la gente de este barrio. No les limpiaban sus popós y no les importaba tanto. Salvo los fines de semana, en que los hombres de la casa se subían a limpiar.

Estalla una discusión debido al carácter de Salo. Corrige a Chiquis porque no le pone atención en algún detalle. Le dice que sostenga la pala y no la sostiene, que traiga una bolsa y trae una de tamaño equivocado, que lo haga ya y se tarda un minuto más, en fin. Salo comienza a regañarlo y a estallar por completo. Le mete un coscorrón y Chiquis se pone a llorar con la cabeza agachada. Se aleja de Salo y guarda distancia. Se hace un silencio enorme entre los dos y Salo dice “Ya basta, recoge eso de allá”. Después de unos segundos de quedarse quieto en un rincón del techo, Chiquis toma impulso y se abalanza sobre Salo. Lo tumba con facilidad pasmosa y el cuerpo de su padre incluso rebota contra el suelo después de caer. Se trenzan como dos amantes pero esta vez llenos de furia y ruedan por el techo de lado a lado. Salo no escatima su enojo y trata de lanzarle golpes al cuerpo de su hijo. Por lo menos le coloca dos muy fuertes en el

pecho y cara. Chiquis se enciende por esto todavía más y le suelta tres ganchos repartidos entre el estómago y pecho. Han rodado sin fijarse entre el excremento de sus perros que están abajo atados, como siempre los dejan cuando suben a limpiar, pero no se han manchado en exageración porque alcanzaron a barrer la mayoría de la mierda hacia las orillas, antes de la pelea.

Chiquis comienza a pensar la situación, y tal vez se sugiere a sí mismo que qué demonios es lo que está haciendo trezado a golpes con su padre. Sin embargo, Salo le suelta uno directo a la cara y le espeta “Tú no eres mi hijo, cabrón”. Es entonces cuando Chiquis vuelve a activar su furia. Se da cuenta que están rodados hacia una de las orillas del techo, y a un lado de la cara sometida de su padre por él, yace un montón de excrementos que el mismo apiló cuando barrían. Casi sin pensarlo, Chiquis toma la cara de su padre como si nada y le da vuelta para fijarla frente a frente con la mierda de sus perros. Salo grita “No cabrón, ya párale” y Chiquis escucha terminar la frase perfectamente para después hundirle la cara en la mierda. Salo grita despavorido y llora. Escupe un poco de mierda y comienza a dar arcadas. Chiquis visualiza claramente la orilla del techo y la distancia que hay de ahí hasta el suelo. Su padre está boca abajo tratando de vomitar cuando lo arrastra de un jalón para tirarlo desde el techo. Lo hace usando primero sus manos y luego empujándolo con sus pies. Salo cae desde el techo sobre la tierra y matorrales de un terreno baldío contiguo a su casa.

Se alza una nube de polvo cuando ocurre el impacto. Se escucha el grito de una mujer que resulta testigo de verlo caer.

Salo no se levanta en tres meses y afortunadamente no hay que recurrir a ellos más para hacer trabajos de albañilería en nuestra casa, ni en ninguna otra del vecindario por lo pronto.

Chiquis no es expulsado de su casa de ninguna manera. Lo ponen a trabajar como burro en un almacén cercano de la colonia donde tiene que descargar tráileres llenos de pollos congelados.

Quinto vecino

Debería decir vecina. Porque es vecina. Es vecina de la casa de Jairo, el niño que mata de hambre a su perro y se parece tanto a Rafa Gorgori. Esta vecina cortaba zacate por razones que instantes después me serían reveladas. Sin embargo, fue extrañamente sensual verla hincarse a cortar la hierba desde mi ventana sin vidrios. Teníamos poco de haber llegado a la colonia y la casa tenía muchísimos más detalles no terminados en ese momento. Yo me podía parar a la perfección y realizar bastantes movimientos, pero no mantenerme en pie mucho tiempo, ya que mis músculos carecían de resistencia por su atrofia, y ya usaba silla de ruedas por recomendación del doctor, en largos periodos del día. Desde mi silla, extendía los brazos para lijar las varillas de la ventana sin vidrios, antes de pintarla en algún otro día de la semana.

La vi segundos antes en las casas de enfrente, en los terrenos baldíos y en las banquetas sin cemento llenas de hierba y zacate. Arrancaba y arrancaba hierba de todas partes. Llegó a la mía y me dio la espalda. Se agachó para comenzar a arrancar la hierba, bastante crecida por cierto, de nuestra banqueta sin pavimentar. Llevaba una blusa blanca o ámbar, no recuerdo bien, y una falda que terminaba en un acabado estilo short. Por encima de esta salían los tirantes de su ropa interior; una especie de tanga de encaje blanco. No podría haberme puesto más caliente. La chica se notaba chica fácil de inmediato. Hasta un discapacitado antisocial y misántropo como yo podía deducirlo.

De pronto un niño moreno con corte de pelo en forma de hongo se le acercó para preguntarle por qué arrancaba hierba y zacate. Ella le contestó que tenía un conejo y le conseguía de comer. “A verlo” dijo el niño entusiasmado, para luego responder un llamado de una voz lejana, de mujer, que lo hizo regresar de donde había venido. Todo esto sobre mi banqueta sin pavimentar y frente a mi ventana.

No creo que no haya advertido mi presencia. No creo tampoco que no estuviera consciente de lo sensual que se había vestido. La vi inclinarse y miré más de su ropa interior y su coxis. Me pareció obscena la actitud que mostraba. De lo impresionado por lo que estaba pasando, volteaba hacia todos lados para ver si alguien no lo notaba o nos observaba. Nadie lo hacía al parecer, y la calle lucía vacía esa tarde. Debí verme también, analizarme un segundo al menos. No creo que hubiera tomado esa actitud frente a un viejo asqueroso y pervertido, o alguien que no desease del todo.

Sentí por primera vez que yo podía despertar ese deseo en alguien, por lo menos en algún grado, y me puse feliz. No recuerdo si tenía una erección pero debí tenerla en su honor. Era un culo que lo ameritaba. Era un culo hermoso, no perfecto pero sí muy bello. Un culo extraño ahora que lo pienso. Tenía una rara curvatura en sus caderas, pues eran un poco sumidas hacia adentro, y una especie de tensión las jalaba hacia abajo. Sin embargo, esto no aminoraba su sensualidad. Imaginé que lo lamía por largas horas. Imaginé que la invitaba a pasar. Más bien que casi la obligaba a pasar y ella no oponía mayor resistencia. Que la llevaba de la mano hacia el interior de la casa, directo al cuarto de mi madre donde existía una cama espaciosa; su cama. Que entrábamos en cámara lenta hacia la habitación. Que ella lucía feliz, con el pelo revuelto por una ráfaga de viento que en esos instantes entraba por la puerta principal de la casa. Que yo era más

alto de lo normal y más fuerte. Que me mantenía en pie sin ningún problema. Que llegando al marco sin puerta de la habitación de mi madre, la cargaba y la arrojaba a la cama. Que una vez encima, buscaba desesperado su boca y le mordía sus labios. Que nos besábamos con tanta desesperación hasta lastimarnos las encías, entrechocar las dentaduras fuertemente y morder nuestras comisuras. Que rápido le quitaba la ropa; su blusa primero y luego la falda. Que adivinaba sus pechos escasos, que no me importaba para nada y los besaba sin parar un buen rato. Que al final la desnudaba por completo y quedaba prendido de la humedad de su vagina. Que lamía y lamía su entrepierna mojada. Que me adentraba con mi lengua en sus paredes suaves y llenas de finas briznas de lluvia o de aceite. Que sacaba con las dos manos de entre mis pantalones un miembro poderoso. Largo y ancho como el que más, y la penetraba lento pero fuerte. Que gemía encantada y pedía no dejara de meterlo más y más. Que durante horas solo decía “más”, “más”, “así”, “así”, “solo siéntelo, siéntelo”, esto último al tomar mi vigorosa verga y friccionarla contra su clítoris. Que levantaba mi cabeza mirando todo el cuarto y lo que alcanzaba de la cocina, y no divisaba silla de ruedas alguna por ningún lado. Que solo era feliz, feliz, feliz, como nadie más podía serlo, como ningún enfermo del mundo podía serlo. Como nada de lo que existe y se mantiene en pie puede serlo. Feliz, feliz, tan feliz, como todo lo que desaparece.

Mención honorífica

La cárcel de vidrio

Juan Iván González Gómez

Facultad de Contaduría y

Administración Pública

Azul. Azul, azul y más azul. Todo lo que veía era a través de un filtro azul, un mundo de color eléctrico y penetrante. El color estaba en todas partes, señalaba el límite de su celda y empañaba incluso la vista de sus manos, que se veían azules también. Y es que era el aire mismo que respiraba lo que era azul.

A veces olvidaba que el color estaba ahí, entonces dejaba de verlo. Desde poco después de nacido había estado en esa celda esférica, en cuyas paredes oblongas aparecían los contornos del mundo externo distorsionados. Lo único que podía ver en realidad era el suelo arenoso de la celda, que también se veía azul. La única razón por la que recordaba, a veces, que el aire no debería ser azul eran escenas del límite de su memoria, de su llegada en la celda antes de que lo azul llegara. Apenas le quedaban unas pocas imágenes de su vida en libertad, sombras de cielos de colores y la vaga impresión de la vida sin paredes.

En un principio le había encantado la surrealidad que lo azul trajo a su monótono cautiverio. Ese suspiro inicial pronto se convertiría en odio al color cuando por fin entendió el punto del químico que habían creado los Captores. El azul se mezclaba con el oxígeno y deterioraba los pulmones para que no pudieran funcionar sin la

presencia del extraño químico. Fue entonces cuando se rindió tratando de recordar su otra vida, porque entendió que aunque saliera moriría al instante. Esas paredes serían testigos de su muerte.

Aunque, reconocía, no se está tan mal aquí. En cuanto a cautiverios vamos seguramente han existido peores, concluyó, tratando de ser justo. Los Captoreos no eran humanos, pero eran capaces de cierta humanidad. Lo alimentaron y lo educaron con sus extrañas máquinas. Esa era la función de las dos bisagras, únicos relieves de la superficie de la prisión. Una de ellas aventaba un pedazo de carne roja informe. La otra despedía un tubo delgado, que al introducirse en la oreja proyectaba películas en su cerebro. Si no lo hubieran querido los Captoreos hubiera muerto de hambre, o hubiera vivido sin entender que estaba en una prisión, sin poder describirla. Un día, accidentalmente, se dio cuenta de que aunque sabía todas las palabras del idioma nunca había hablado con nadie.

El que sus captoreos no fueran humanos lo entendía por sus formas distorsionadas. Sus siluetas eran de figuras abstractas, demasiado alargadas e ilógicas para ser solo un ser humano visto por un espejo oscuro. También eran enormes, tan grandes como para destrozarlo entre los apéndices que tenían por dedos. Suponía que el resto de los seres humanos habían sido exterminados. Todos excepto él. Porque él no era un humano ordinario. Era la cúspide, en cierta forma, de la raza *homo sapiens*. El *übermensch*. Su superioridad mental y física le atraía un orgullo amargo: el más grande espécimen humano era también el último. A veces pensaba en lo que hubiera hecho de haber tenido contacto con su especie. Hubiera sido un líder de líderes, hubiera develado todos los misterios, hubiera traído la paz y la sabiduría. Sabía que por lo menos era inmortal, pues llevaba siglos en esa celda. Sus pies se despegaban del suelo cuando se sentaba en la forma correcta, sentía una fuerza infinita en sus manos.

Hubiera sido la guía de todos esos pueblos, si todavía vivieran, si no se hubieran esfumado. Esa era, para él, tanto la verdadera caridad como la verdadera crueldad de sus captores. Le habían enseñado al humano promedio para que pudiera entender sus bendiciones y le habían enseñado la historia humana para que soñara con las hazañas que pudiera haber tenido. Pudiera haber sido un Alejandro Magno, un Gengis Kan, un Mehmet II, un Itzcóatl. En vez de eso soñaba en una prisión azul.

Era así que su vida se deslizaba en la monotonía, y probablemente se deslizaría para siempre. Flotando siempre entre sueños y el color azul. Pero el tiempo le había brindado temores. Quizás como efecto del químico en el aire, su memoria empezaba a fallar. Quizás como castigo por las grandes bendiciones que tenía y no merecía y que no había utilizado, empezaba a perder la memoria y con ella lo poco que tenía. Lo peor de todo eran las trivialidades, los pequeños detalles que se desaparecían de su mente en cualquier momento. Un día estaba en un lado de la celda y se daba cuenta que no recordaba qué había hecho la semana entera. Los datos grandes eran más fáciles de recordar: sabía que estaba en una prisión, sabía que era el último humano, sabía que era un humano excepcional, sabía que sus captores no eran humanos. Sabía lo que comía y por qué debía comerlo, sabía cómo caminar y flotar y cómo usar el tubo de la información. Pero hacía unos trece años había pasado algo horrible: había dado una vuelta en la celda y se dio cuenta de repente que había olvidado algo GRANDE. A la fecha no sabía qué era. Presentía que era una clave de su existencia, un detalle básico que cambiaría su entendimiento del universo y su lugar en él. Algo sin lo cual estaba viviendo una gran mentira. Pero por más que intentaba, no lo podía recordar. Su mayor temor era olvidar la tierra de la que venía. Él venía del Siam. No recordaba mucho al Siam. Pero sabía que venía de ahí. El resto de las imágenes confusas

de su limitada libertad solo se unían por ese nombre: Siam. Charcos llenos de colores que no eran azul: Siam. Plantas verdes, el color verde, verde en los árboles, verde creciendo: Siam. El blanco de las nubes. El olor de la tierra. Solo le quedaba el Siam. A veces pensaba que quería morir pronto para no olvidarlo. Morir de forma heroica, orgulloso como el último de los orgullosos humanos. Tuvo su oportunidad el día que abrieron la celda. Las figuras casi líquidas de los Captores se remolineaban sobre él. Sonrió con el orgullo de morir mártir. Mordió con los dientes del último humano real el apéndice del gran captor y conoció el color rojo. Todavía el gran captor lo alzaba por los aires, pero él se liberó. Se perdió en los aires del universo con la gloria de la Batalla de las Termopilas, la caída de Constantinopla, la última defensa de Ayutthaya antes de ser quemada por los Bamar.

LABORATORIOS EXPERIMENTALES TLAXCALA. CENTRO DE EXPERIMENTACIÓN DE LA NEURO- BIOLOGÍA

REPORTE DE FINALIZACIÓN DE EXPERIMENTO POR CIRCUNSTANCIAS EXTRAORDINARIAS

A Prof. Lütken, coordinador de experimentos de LABORATORIOS EXPERIMENTALES TLAXCALA

En el presente se informa del cese, con esperanzas temporal, del Experimento Número 14 de los realizados actualmente en las instalaciones, específicamente el referido como UTILIZACIÓN DE NANOTECNOLOGÍA EN EL DESARROLLO ARTIFICIAL DE LA ACTIVIDAD NEURONAL.

Este experimento, cuyo objetivo era incrementar la capacidad mental con utilización de técnicas experimen-

tales en cuanto al estudio de las neuronas —además de observar todas las consecuencias que podría esto traer a los organismos— tendrá que ser archivado debido a la inesperada muerte del ESPÉCIMEN 29, un pez *Betta Splendens* que había sido el espécimen con el desarrollo más pronunciado de la actividad neuronal.

El espécimen, que había sido sujeto a medidas poco convencionales como la utilización experimental de una versión prototipo del PROYECTOR CEREBRAL de nuestros mismos laboratorios, por no decir de muchísimas otras atenciones de fuerte costo económico y emocional de mis compañeros debido al aparente éxito que mostraba el espécimen (conducta excusablemente anti-profesional si se toma en cuenta las implicaciones rocambolescas de un “animal pensante”), murió cuando un interno descuidadamente trató de sacarlo para unas pruebas de sangre. El espécimen mordió al interno y se resbaló entre sus manos. La caída, lamentablemente, lo mató.

Aun cuando los resultados distan mucho de ser del todo confiables, el ESPÉCIMEN 29 había mostrado comportamiento que podría sugerir cierto nivel de razonamiento, por bajo que sea. Esto que en sí mismo explica las sospechas de un siniestro, también nos obliga a rogar la discreción en cuanto al manejo de la información, temor de causar desprestigio a las instalaciones propias.

Prof. Antwhistle

Mención honorífica

El orden mínimo de las cosas

Liliana Iveth Luna Flores

Facultad de Filosofía y Letras

Despierto. Miro. Techo. Camino. Baño. Agua. Jabón.
Cabellos. Piso. Toalla. Seco. Unto. Crema. Abundante.
Miro. Cuerpo. Aguado. Vestir. Tomo. Libro. Mochila.
Encontrar. Llaves. Salir. Sol. Camión. Gente. Miseria.
Trayecto. Asco. Bajo. Camino. Centro. Trabajo. Jefe.
Enojado. Retardo. Ignoro. Compañeros. Trabajo. Ignoro.
Trabajo. Hambre. Desánimo

Salgo. Héctor. Espera. Esquina. Abrazo. Sonrisa. Des-
gano. Amor. No. Caminamos. Metro. Vagón. Cansancio.
Niños. Lloran. Hartazgo. Mano. Héctor. Besa. Pienso.
Veo. Muchacha. Faldita. Miro

Departamento. Llegamos. Cocinar. Carne. Frijoles.
Televisión. Plástica. Pelea. Razón. Pablo. Ex

Veo. Whatsapp. Pablo. Dice. Sexo. Sí. Bueno. Mañana
Héctor. Fuera. Pablo. Dentro

Sola. Cama. Laptop. Stalkear. Exnovia. Gaby. Héctor.
Facebook. Fotos. Besos. Odio. Duele

Cocina. Hambre. No. Ganas. Camino. Baño. Defeco.
Pienso. Héctor. Pienso. Pablo. Pienso. Trabajo. Pienso.
Vida. Cucaracha. Suelo. Mato. Olores. Fuera. Salgo.
Acostarse. Cama. Llorar

Noche. Insomnio. Madre. Muerta. Padre. Muerto.
Recuerdos. Inútiles. Mamá. Lloro. Recuerdo. Ignoro.
Padre. Pega. Odio. Yo. Odio. Odio

Duermo. Finalmente

Temprano. Igual. Llego. Trabajo. Tarde. Despedida. Motivo. Retardos. Tomar. Pertenencias. Fuera. Salgo. Camino. Centro. Avenida. Nublado. Anuncio. Librería. Solicita. Joven. Entro. Pregunto. Puesto. Ocupado. Ok

Salgo. Camino. Aramberri. Camino. Cantina. Beto's. Entro. Temprano. Aún. Todo. Limpio. Borrachos. No. Pido. Caguama. Miro. Pósters. Metal. Recuerdo. Papá. Metalero. Alcohólico. Antes. Miro. Solo. Mirar

Después. Borracha. Hombres. Mirándome. Ignoro. Camino. Digna. Tambaleándome. Digna. Camión. Duermo. Trayecto. Despierto. Desconozco. Lugar. Bajo. Digna. Camino. Mucho. Entonces

Departamento. Pablo. Espera. Afuera. Trae. Cerveza. Excelente. Besos. Manoseo. Rabiosamente. Hacerlo. Rápido. Sala. Amor. No. Música. Reír. Platicar. Condescendencia. Pablo. Ebrio. Recuerda. Antes. Pero. Aún. Amor. No

Vete. Digo. Vete. No. Dice. Toca. Cuerpo. Forzadamente. No. Digo. Pero. Sí. Abusa. Yo. Dejo. Así. Siempre. Terminamos

Duerme. Pablo. Abro. Laptop. Prendo. Celular. Héctor. Llama. Desesperado. Ganas. Mañana. Vernos. Sí

Día. Siguierte. Desempleada. Ir. Cantina

Estudias. No. Trabajas. No. Nini. Sí. Ja. Cantinero. Pregunto. ¿Estudia? No. ¿Trabaja? No. Felicidades. Chica. Punk. Llego. Borracha. Habla. Ignoro. Chico. Llego. Habla. Ignoro. Sola. Caguama

Celular. Vibra. Héctor. Dice. Departamento. Sexo. Sí. Mismo. Instante. Whatsapp. Pablo. Sexo. No. Ocupada

Trayecto. Miseria. Mercado. Juárez. Temor. Asco. Mueran. Todos

No. No. Sucede

Igual. Llego. Sexo. Héctor. Pasiona. Conmigo. Ama. Yo. No. Pero. Ex. No. Dice. Ella. No. Bueno. Sexo. Igual. Televisión. Veo. Laptop. Pablo. Llama. Causa. Aburrido.

Causa. Desesperado. Causa. Yo. Ah

Sola. Pues

Retrete. Sentada. Pienso. Fumo. Pienso. Autoayuda.
Héctor. No. Pablo. No. Vomito. Padres. Vomito. Ellos.
Vomito. Encima. Ropa. Autoayuda. NO

2013
Categoría Preparatoria

Primer lugar

Agua

Darío Arturo Méndez Sánchez

Centro de Investigación y Desarrollo
en Educación Bilingüe

El blanco penetrante de la arena me sabe en los ojos a medio día; delicado blanco con un beso de ocre, con una mordida amorosa. Sentado me mantengo aquí, debajo de una gran palmera, una de las más grandes que me he topado jamás, creo que a ella le hubiera encantado.

Los cuervos blancos me miran y no les ofrezco de mis galletas.

Vine solitario ahora, desde muy lejos, muy lejos, lejos; nadie, solo una, me creería si le contara. Pocos me conocen ahora, muchos me desconocen; perdido en el mapa. Azul del mar, profundo a la distancia y temible en su haber. El agua, a veces cortés, a veces con desvergüenza, a veces nos hunde, a veces nos besa, a veces nos refresca, a veces nos quema, a veces congela, a veces se pierde, a veces nos da y a veces nos quita.

Los cuervos blancos me miran y no les ofrezco de mis galletas, solamente me mantengo aquí sentado en mi palmera.

Nos recuerdo... Hace tiempo ya de esto; cuando solíamos ir a las afueras, detrás de las casas y los edificios; al punto casi más alto de la montaña. Llegábamos de tarde y nos íbamos de día. Así cada vez, el último sábado del mes. La recuerdo bien; bella y sentada, de espaldas sentada en nuestra gran piedra, mientras yo la observaba observar. Su cabello al aire, a veces frío y a veces cálido.

Los cuervos blancos me miran y no les ofrezco de mis galletas, solamente me mantengo aquí sentado en mi palmera, como un ente el más viejo entre las piedras.

El auto miraba cómo me acercaba y la abrazaba por detrás; ella alzaba la mirada y nos veíamos un instante, una chispa. Pasábamos mucho tiempo sobre esa roca, gris y carcomida por el terreno mismo; a pesar de eso, no se notaba frágil, podíamos mirar las estrellas acostados en ella, con el innecesario temor a que de un momento a otro se viniera abajo y terminara rotundamente con nuestra existencia, hacia lo profundo de los arboles abismales que yacían debajo.

Todas las noches hablábamos y veíamos la luna correr por el cielo, a veces media llena, a veces media vacía y unas cuantas veces redonda completa en su mayor esplendor. Cambiaba de tonos a lo largo del año, ella solía decirme los nombres de cada fase lunar y las múltiples constelaciones que se mostraban; no los recuerdo bien. Yo era capaz de contarle mil y tres historias acerca de mi pasado, de mi futuro, de mis escritos; le explicaba cada detalle y ella me veía con sus ojos grandes y brillantes, mientras me tomaba con fuerza de las manos. Me besaba y yo también; me miraba y yo también; me quería tanto y yo demasiado.

Los cuervos blancos me miran y no les ofrezco de mis galletas, solamente me mantengo aquí sentado en mi palmera, como un ente el más viejo entre las piedras. Me falta solo algo, esa luna blanca esa gota alborotada.

Solíamos regresar a casa con un sueño estrepitoso pero con buenos recuerdos, que recordábamos en el trayecto. De vez en cuando parábamos por un café caliente o por un helado de pistache a las ocho de mañana en épocas de verano; oh, qué si me encantaba. Muchas veces, ella recordaba imágenes que yo no, y yo unas que ella no hacía. Reíamos. No le agradaba mucho nadar, jamás aprendió bien, prefería correr o andar en bicicleta. Hacíamos todo y un poco más.

Los cuervos blancos me miran y no les ofrezco de mis galletas, solamente me mantengo aquí sentado en mi palmera, como un ente el más viejo entre las piedras. Me falta solo algo, esa luna blanca esa gota alborotada, que me saciaba la sed de arena, que me abrazaba con su alma llena.

Llegó el momento de vivir juntos. Cada quien trabajaba en áreas distintas; ella era una astrónoma novicia en un centro de investigación prestigioso, yo un simple artista que buscaba un lugar entre cuadros y novelas. Poco a poco, nos acostumbramos, pero no aburrimos uno del otro.

Los cuervos blancos me miran y no les ofrezco de mis galletas, solamente me mantengo aquí sentado en mi palmera, como un ente el más viejo entre las piedras. Me falta solo algo, esa luna blanca esa gota alborotada, que me saciaba la sed de arena, que me abrazaba con su alma llena; si pudiera volver atrás y contarle lo que no le conté y decirle lo que siempre le decía otra vez.

Llegó la noticia un martes, tras no haberla visto dos días. Fuimos el último sábado del mes a nuestra piedra. Ella viajaba a una investigación en la zona más sureña del continente, para ver la Cruz del Sur. La emoción se la comía, no paramos de hablar de su viaje y de cuántas cosas vendrían para ella en el centro y cómo regresaría siendo una investigadora de mayor nivel que antes. Me emocioné. Pensé en tantas cosas y tantos escenarios, excepto ese. Una fría caminata, de noche; la primera de sus exploraciones. Nadie esperó que el hielo fuera tan delgado en los alrededores.

Los cuervos blancos me miran y no les ofrezco de mis galletas, solamente me mantengo aquí sentado en mi palmera, como un ente el más viejo entre las piedras. Me falta solo algo, esa luna blanca esa gota alborotada, que me saciaba la sed de arena, que me abrazaba con su alma llena; si pudiera volver atrás y contarle lo que no le conté y decirle lo que siempre le decía otra vez tal vez lo haría, se lo diría porque sé, ciertamente sé que esa luz de luna por siempre me amaría.

Vine aquí, a esta playa cálida, para olvidar un poco la noche. Para poder pasar por mi mente más cosas que las estrellas y la luna; más que sus besos y caricias. Más que los recuerdos aplastados entre hielos y constelaciones. Para ver el mar y olvidar, solo el dolor del viaje. Dejé la mitad de ella bajo la piedra y traigo conmigo la otra mitad, que finalmente aprenderá a nadar y podrá ver todas las constelaciones que como ella me decía “no se alcanzan a ver desde tierra”.

Segundo lugar

Nikki

Paulina Moreno Pascual

Preparatoria No. 7 Puentes

La historia que voy a contar, no es la típica historia de final feliz que se le pueda contar a los niños antes de dormir, ni la de un amor que supera todas las dificultades que se le ponen enfrente, y mucho menos, una en la que todos los sueños se hacen realidad. Esta es una historia de tragedia, de dolor, de odio, llena de temores y rencores. Y sé que tal vez no sea el tipo de historia que a la mayoría le gustaría leer, sin embargo tenía que contarla.

Por aquel entonces yo estudiaba el tercer semestre del bachillerato, tenía diecisiete y para mí la vida no era más que estudios y diversión. Era una chica descarrilada, a la que le importaba poco lo que sucedía en el mundo y lo más importante por las mañanas era elegir qué ropa me iba a poner.

Era un viernes como cualquier otro. Una vez más la misma rutina de siempre que tanto odiaba. Me desperté, me duché, me vestí y bajé a desayunar pues tenía que ir a la escuela o me anularían los parciales por segunda vez. Ángela, la que era mi mejor amiga (sí a eso se le podía llamar amiga), y su novio me recogieron, y juntos fuimos a la escuela en su descapotable Chevy. Cuando llegamos, Al —el novio de Ángela— se estacionó, y entonces dije: —Me llevarán de regreso a casa, ¿no?

—Lo siento mucho nena, pero Al y yo vamos a un estúpido... ¿cómo dijiste que era? —preguntó dirigiéndose a Al.

—Retiro espiritual —dijo alzando sus manos y doblando sus dedos índices y medios—. Y si quieres que mis padres crean de verdad que no eres una zorra tendrás que comportarte.

—Sí, ajá —contestó poniendo los ojos en blanco—. A un retiro espiritual este fin y tenemos que irnos a casa de sus padres en cuanto salgamos.

—Zorra —fue lo único que le contesté antes de bajarme del auto y caminar hacia el edificio donde tomaba mis clases.

En ese entonces, me daban igual las clases, jamás ponía atención y pagaba a otros para que hicieran los trabajos necesarios para no reprobar las materias. Cada día inventaba algo con qué entretenerme para así no quedarme dormida y que me sacaran del salón, sin embargo, ese día pasó algo (se podría decir que un milagro) y me dieron ganas de trabajar. Al terminar el día no estaba especialmente animada, pero sí feliz por haber salido de aquel lugar al que consideraba el mismo infierno; jamás pensé que llegaría a extrañar esa maldita preparatoria.

Comencé a caminar hacia la parada del autobús, que estaba tres cuerdas por detrás de la prepa. Iba despreocupada, sin poner atención, escuchando Paramore. Solo faltaban unos pasos y me podría sentar a esperar el autobús, cuando, a pesar de traer los audífonos puestos al máximo volumen, escuché un frenón detrás de mí, seguido de eso sentí como una mano me tapaba la boca con un paño húmedo, mientras otras dos me separaban del pavimento con una facilidad increíble y me metían a una camioneta. Antes de que pudiera oponer resistencia, sentí como mis párpados se volvían pesados y mi conciencia se esfumaba; me estaba desmayando.

Cuando desperté, lo hice sobre un colchón viejo y que apestaba a vómito y sangre, en una especie de habitación sucia y maltrecha. De inmediato supe que algo iba realmente mal: yo no era la única en esa habitación; en ella había otros nueve colchones que rodeaban al mío, en los que se encontraban sentadas y en silencio nueve chicas, sucias y muy demacradas, vestidas con minifaldas, tops y vestidos que dejaban al descubierto casi todo su cuerpo, tacones tan altos que dudaba que pudieran dar siquiera un paso con ellos sin caerse o doblarse los pies, e iban maquilladas con maquillaje barato y corrido.

—¿Qué está pasando? —pregunté lo suficientemente alto como para que me escucharan—. ¿Dónde estoy? —nadie respondía así que comencé a gritar—. ¡¿Por qué demonios no me contestan?! ¡¿Dónde estoy, maldita sea?!

De repente se escucharon unos golpes en el techo y una voz de acento extraño que decía que dejáramos de hacer ruido. Una de las chicas alzó la cabeza, volteó a verme y dijo:

—Déjate ya de tanto escándalo —decía con una voz sin emoción—; me fastidias.

—¿Qué? —pregunté desconcertada.

—Dije que te calles la maldita boca, porque me fastidias.

—¿Qué demonios sucede? ¿Quién eres y donde fregados estamos?

—¿Eres sorda? ¿O muy estúpida tal vez? ¿O quizás tienes algún tipo de retraso mental?

—Mira, no estoy para juegos, estás empezando a asustarme...

Después de eso ella simplemente me ignoró y regresó al lugar de su mente del que había salido. En esos momentos comenzaba a alterarme realmente, empecé a inquietarme hasta que comencé a llorar de la desesperación y como nadie me prestaba atención, seguí llorando hasta quedar dormida.

Cuando desperté, lo hice con la esperanza de que todo hubiera sido un sueño, pero no fue así. Me incorporé en el colchón, me tallé los ojos e hice lo mismo que todas las demás: me quedé callada esperando a que sucediera algo.

Después de lo que debieron ser tres horas, un hombre con aspecto de sicario bajó con una bandeja con nueve platos, que entregó a cada una de las chicas, menos a mí.

—¿Y yo? —pregunté. A pesar de que no me gustaba nada ese lugar, me estaba muriendo de hambre y habría agradecido enormemente un poco de comida.

—Tú comerás arriba, con el jefe. Quiere hablar contigo y evaluarte. Sígueme.

Le seguí a través del cuarto hasta la puerta, sacó unas llaves y la abrió. Detrás de ésta había unas escaleras que conducían al piso de arriba. Seguí al tipo al que llamaban “Tunas” mientras subíamos dos pisos arriba. Salimos a un pasillo y me condujo al fondo de éste, abrió una puerta, me hizo pasar y después la cerró.

—¡Vaya, vaya, vaya! Mis chicos supieron elegir bien esta vez —dijo un tipo alto (un metro noventa aproximadamente), delgado pero fuerte, de pelo castaño claro, ondulado y un poco largo, ojos negros como la noche, una dentadura blanca como perlas y bien alineada, y que iba vestido con *jeans*, suéter de cuello de tortuga, chaqueta de cuero y zapatos de vestir, todos ellos negros.

Me encontraba en una especie de oficina, bastante amplia, con un escritorio de madera, sillas acolchadas, sillones, una televisión LED de unas cincuenta pulgadas; toda ella decorada con motivos animales y que olía a hierba y tabaco recién fumados.

El hombre se paró de la silla que había detrás del escritorio y caminó hacia mí.

—Muy bien. Veamos qué tenemos aquí —dijo mientras comenzaba a caminar en círculos, observando hasta el más mínimo detalle de mi cuerpo—. ¡OK! Pelirroja, facciones finas pero atractivas, ojos grises, labios carnosos,

tetas tan grandes y hermosas como las de mi madre, trasero de buen tamaño y bien formado, piernas de muerte... Eres perfecta. Pagarán un buen precio por coger contigo.

—¿Qué acaba de decir? ¿Y qué fue todo eso?

—Lo que escuchaste, querida. Y “eso”, fue lo que me gusta llamar evaluación —dijo con calma y tomándose su tiempo—, y por tu cara creo que no estás entendiendo nada, pero deja que te explique. Has sido seleccionada de entre todas las jovencitas de tu preparatoria para formar parte de mi prostíbulo. A partir de hoy trabajas para mí como puta. Así que bienvenida. Llámame Brad.

Me quedé en *shock*. Esas palabras hicieron que todo tuviera sentido: había sido secuestrada por tratantes de blancas para convertirme en uno más de los instrumentos que les proporcionarían lo único que deseaban: dinero y con él, poder.

—¡Y qué cojones te hace pensar que aceptaré?! —le grité.

—Creo que no entiendes, querida —comenzó a decir con tono amenazador—. Te conocemos, sabemos dónde vives, quiénes son tu familia, a qué se dedican, a qué escuela asisten tus hermanos, y si no cooperas, les puede suceder un feo, feo accidente no tan accidental. Así que tú decides. ¿Cooperarás con nosotros o te harás la difícil?

No me quedaba otra opción. Tenía que cooperar o ellos, él, matarían a mi familia. Yo no quería ser una más “de sus putas”, pero deseaba todavía menos que lastimaran a mi familia. A pesar de que no siempre todo era miel sobre hojuelas, yo los amaba, y no podía permitir que los dañaran, aun si eso significaba dejar que me violaran una y otra vez. Lo único que pude decir, con la voz trabada y entre lágrimas fue:

—Lo haré.

—Muy bien. ¡Tunas! —Después de que gritó, el hombre que me condujo hasta ahí entró, y le dijo mientras me miraba—: Lleva a nuestro nuevo elemento a arreglarse y

asegúrate de que quede hermosa, después de todo, hoy es su primera noche.

Empecé a caminar hacia la puerta cuando añadió:

—Se me olvidaba. Eres virgen, ¿no es cierto?

—No —contesté dándole la espalda.

—Bueno, pues buenas noticias —dijo sarcásticamente—, acabas de recuperar tu virginidad solo por hoy.

Después de esa escena todo lo que hice a continuación, lo hice casi sistematizadamente. Estaba en *shock*, pero a pesar de ello, mi mente y cuerpo hacían que cumpliera las órdenes que me daban. Después de esa escena lo único que recuerdo es estar en lo que al parecer era la planta baja del prostíbulo, lista para cumplir los deseos de algún cliente ansioso de aliviar sus ganas de sexo.

La primera noche fue la peor. Me violaron al menos diez veces de maneras distintas. Había tenido que cumplir todas sus fantasías hasta dejarlos satisfechos. Estaba traumatizada, pero el fondo sabía que todo eso valdría la pena si podía mantener a salvo a mi familia, y también tenía esperanza de que lo que estaba haciendo sería recompensado con que me salvaran, con que me sacaran de ese maldito lugar y me llevaran a casa.

Una semana después, colapsé. Era tanto mi trauma físico y mental, que mi cuerpo no respondía a las órdenes que me daban. Me drogaron con estimulantes, me gritaron, golpearon, patearon e incluso me dieron de latigazos para que reaccionara y volviera al “trabajo”, pero nada funcionó. Al final, terminé toda machacada, tirada en mi colchón del sótano, sollozando y sin otro pensamiento en la mente más que la muerte.

Antes de eso, para mí, el sexo era la cosa más genial y adictiva que podía haber sobre la tierra. El solo sentir cómo me acariciaban provocaba en mí un placer inmenso, y cada que tenía un orgasmo, me sentía la mujer más complacida del planeta. Pero después de ser penetrada contra mi voluntad por tipos que no me atraían ni en lo

más mínimo, al menos noventa veces en una semana, el sexo se convirtió en el peor castigo que me pudiesen dar.

—Oye —dijo una voz detrás de mí—. Te daré un consejo: no lo sientas. Si lo que quieres es sobrevivir a este lugar, la clave es no sentir. Simplemente olvídate de que hay un tipo (o tipa) sobre ti que quiere cogerte e imagina que estás en el lugar que más amas en este mundo.

Subconscientemente, me di la vuelta en el colchón, la miré a los ojos y le dije:

—¿Por qué me dices eso? ¿Por lástima? ¿Por compasión? Por mí puedes irte al carajo.

—Ahí estoy cariño, y tú estás conmigo, por si no te has dado cuenta.

—¿Qué pretendes?

—Solo ayudar.

—¿Por qué?

—Porque me recuerdas a mí misma.

—¿Cómo sabes que funcionará?

—Porque lo he estado haciendo durante nueve años.

—¿Llevas todo ese tiempo aquí?

—No, pero digamos que mi tío no era muy distinto de los clientes que frecuentan este sitio.

Después de eso se dio la vuelta y se dirigió a la puerta, pero antes de que saliera le pregunté:

—¿Quién eres?

—Eso no te interesa en lo más mínimo; pero puedes llamarme Nikki.

Y después se fue.

Al día siguiente, Brad decidió que me había dejado descansar lo suficiente y que era hora de ponerme a trabajar, o mi hermano menor podría sufrir un pequeño accidente. Eso me recordó el porqué estaba haciendo lo que hacía: tenía que proteger a mi familia a toda costa. Esa noche decidí poner en práctica el consejo de Nikki, y funcionó. Las primeras veces fue difícil hacer como que nada estaba pasando, pero después de tres días, todo fue

sencillo. Gracias a lo que me dijo Nikki, había encontrado una manera de pasar por alto lo que me sucedía, había encontrado un arma para sobrevivir. Y tenía que agradecerle de alguna forma.

Había pasado una semana desde que hablé con Nikki y aún no le había agradecido lo que hizo por mí. Pero esa noche, por obra del destino, cerraron el lugar, pues la policía empezaba a sospechar; así que nos encerraron a todas en el sótano y nos dejaron ahí dos días, por lo que pude hablar con Nikki.

—Nikki —le dije, y ella se volvió hacia mí—. Quiero agradecerte por lo de la otra vez. Si no hubiera sido por ti, tal vez estaría loca o muerta ahora.

—No me agradezcas —contestó ella casi indiferentemente.

—¿Por qué lo hiciste?

—Te lo dije; porque me recuerdas a mí misma, pero eso, de nuevo, no te interesa.

—Está bien, si no quieres decirme por qué, al menos dime en dónde diablos estamos.

—¿No te has dado cuenta ya? Estamos en Medellín, Colombia.

Esa información me aplastó como un yunque de mil kilogramos a un pequeño ratón.

—¿Es en serio lo que me estás diciendo?

—¿Te parece que estoy de broma?

Lo único que me quedó en ese momento fue tirarme en el colchón a llorar. Se me habían esfumado las esperanzas de algún día regresar a mi hogar, en Monterrey, México. Nikki se quedó observándome hasta que logró decir:

—¡Hey! No es tan grave como piensas, he estado espionando al Tunas y a Brad, y dicen que lo más seguro es que nos mudemos a Monterrey, México, pues es más fácil el negocio allá y pagarán mejor por nosotras.

—¿Me lo juras? —logré preguntar entre sollozos.

—Lo juro.

—¿Cuándo?

—Dijeron que dentro de un mes, en noviembre, que es cuando el negocio pega más.

Con esas palabras bastó para que las esperanzas de que me encontrasen regresaran y con más fuerza incluso. Desde entonces contaba los días que faltaban para regresar a mi amado Monterrey, ni siquiera me importaba que pudieran tardar meses en encontrarme estando ahí, me bastaba con saber que volvería a estar cerca de casa.

Durante el mes que siguió me hice amiga de Nikki. A pesar de que los clientes que me asignaban eran cada vez más grotescos y pervertidos, valía la pena sufrir, y Nikki fue el más grande apoyo que puede recibir estando encerrada ahí.

Una noche sin clientela nos dejaron quedarnos en el sótano y Nikki decidió contarme su historia. Me dijo que ella era de Belmopán, Belice. Ella siempre había vivido en un ambiente familiar pésimo: su padre era alcohólico y drogadicto, su madre los había abandonado cuando ella tenía tres años y tenían que vivir con el hermano de su padre pues éste solo deseaba gastar su dinero en bebida y drogas. Me contó que desde pequeña ella había deseado estudiar y superarse, sin embargo estos deseos se vieron derrumbados cuando tenía diez años, pues su tío comenzó a violarla. También me contó que después de eso se unió a su padre en sus adicciones; abandonó la escuela para traficar y de ahí poder pagar su propia droga y siguió así durante seis años. Cuando cumplió los dieciséis su padre la entregó a su proveedor a modo de pago por todas sus deudas y que éste la había vendido a Brad hacía ya tres años. Desde entonces se autonombró Nikki, pues su nombre era el de su madre, y ella la odiaba, ya que si la hubiera llevado consigo, nada de lo que acabo de contar hubiera pasado. A pesar que yo sí le dije mi nombre verdadero (Miriam) y le dije que podía llamarme

así en lugar de Tiffany (que es el “nombre de puta” que me dio Brad), ella jamás me dijo su verdadero nombre.

Había transcurrido el mes, y estaba todo listo para irnos a Monterrey.

El viaje fue toda una tortura: tuvimos que viajar como ilegales, pues Brad no tenía ni la más mínima intención de gastar su dinero en conseguirnos pasaportes falsos.

Primero tuvimos que viajar escondidas en un tráiler de Medellín a un puerto que está en La Malaza. Una vez en el puerto, nos escondieron en un buque de carga, dentro de un contenedor, en el que pasamos más de cinco días sin agua ni alimento. Ese contenedor nos llevó hasta Tampico, México. Allí nos recogieron en varias camionetas para llevarnos hasta Monterrey. El nuevo “local” estaba sobre la avenida Revolución. Vaya cliché.

Los días siguientes fueron los más duros de todos. Estar tan cerca de casa y tener que quedarme en ese maldito lugar abandonado por Dios, complaciendo sexualmente a cientos de hombres (e incluso mujeres), me destrozó por completo.

Nikki fue el único apoyo que tuve durante todo ese tiempo. Siempre me animó a que siguiera adelante, me insistía en que no me podía rendir y menos ahora que estaba tan cerca de casa. Así pasaron 6 meses, sin ninguna señal de que estuvieran a punto de rescatarnos. Pensé más de una vez en suicidarme e incluso lo intenté, pero no lo logré. Me sentía la persona más desdichada del mundo.

Pero las cosas cambiaron. Justo estaba planeando cómo suicidarme sin que Nikki se diera cuenta de mis intenciones, cuando me asignaron un cliente.

Era la primera vez que entraba a las habitaciones para el servicio VIP. No eran pedidas muy a menudo, ya que eran mucho más caras por el hecho de que las paredes eran más gruesas, logrando que no se escucharan los gritos de placer de otros clientes, además de que los muebles eran más cómodos.

Cuando entramos en la habitación, pasó algo poco común: quiso conversar conmigo.

—Hola, ¿qué tal? —dijo en cuanto cerró la puerta.

—¿Podemos darnos prisa?

—Lo siento... es solo que me siento un poco nervioso.

—¿Y quieres conversar para calmar los nervios?

—Si no es mucha molestia...

—Como quieras. A final de cuentas tú pagas.

—Gracias. Este... dime... ¿qué tal te tratan?

—¿Debo contestar con la verdad?

—No le diré a nadie.

—Pues, no está mal dormir en el sótano, mi colchón no está tan viejo, y las comidas, ¡ah, las comidas! Las vísceras de pollo pasadas son deliciosas.

—¿Es en serio? Por lo menos te pagan bien, ¿no?

—¡Ja! Fui secuestrada y obligada a prostituirme hace casi un año.

Ya no contestó nada. Simplemente se quedó viéndome, me dio las gracias y se fue.

Una semana después, pasó algo lo que me cambió la vida. Nikki se suicidó.

Ese día desperté y cuando intenté salir del sótano, la puerta estaba cerrada. Estábamos todas en la habitación, excepto Nikki. Me acerqué a la puerta y empecé a gritar para que me hicieran caso, pocos minutos después apareció “El Tunas” con mirada de advertencia.

—¿Qué sucede? ¿Por qué no podemos salir?

—Limítate a callarte y que las demás hagan lo mismo.

—¿Por qué? ¿Qué pasa?

—La perra de Nikki se suicidó. La policía está afuera. Así que ahora cállate y estate quieta o en cuanto se vayan te meto un jodido balazo entre ceja y ceja.

“La perra de Nikki se suicidó”. Esas palabras resonaron sobre mi cabeza durante varios minutos. No lo podía creer. No podía creer que la persona que tanto me insistió en que tenía que sobrevivir me hubiera abandonado en ese agujero de ratas, sin ninguna explicación.

Cuando al fin reaccioné, comencé a caminar hacia mi colchón, con una profunda tristeza que crecía en mi corazón. Me senté dejando caer mi trasero en el colchón, mirando hacia el techo y preguntándome: ¿ahora qué haré? ¿Siquiera vale la pena seguir viviendo sin nadie que me ayude a enfrentar este infierno? ¿Hay una posibilidad de que esto sea una broma? Mientras me preguntaba esto, unas lágrimas negras empezaban a resbalar por mis mejillas, pintadas por el maquillaje —ahora corrido— de la noche anterior. En mi corazón solo sentía vacío. Un vacío enorme que se tragaba lo que quedaba de mi alma y del resto de mi ser. Ya nada valía la pena. Bajé la cabeza para ponerme en posición fetal y así estar sola con mi sufrimiento. Entonces la vi. Una hoja maltrecha de papel, doblada por la mitad, y aplastada por mi colchón. Estiré mi brazo para tomarlo, lo abrí y comencé a leer:

Querida Miriam:

Lo siento, de verdad que lo siento. Sé que no tengo excusa que valga por lo que estoy a punto de hacer, pero ya no podía vivir así. La verdad es que aunque intentaba parecer fuerte, siempre fui débil. Me odio a mí misma por dejar que los demás me convirtieran en lo que soy y todavía más por no hacer algo para evitarlo. Sé que no tengo el derecho a decirlo, pero aun así lo haré: TE AMO, MIRIAM. No de la forma en la que tal vez estés pensando, pero esa es la verdad. Eres la única persona que de verdad se interesó por conocerme y no en utilizarme y eso te lo agradezco de todo corazón. Lo único que me resta decirte es sé fuerte, no hagas lo mismo que yo y te rindas sin luchar, porque si lo haces juro que te perseguiré por todo el infierno recordándote tu cobardía. Sé más valiente que yo y enfréntate al mundo.

Te quiere, tu amiga
LUCÍA.

Estaba tan ensimismada que no me di cuenta de lo que sucedía a mi alrededor. La policía había encontrado una nota en el cuerpo de Nikki en el que daba toda la información necesaria para que nos rescataran.

Mientras yo leía la carta, la policía cateó el lugar y siguiendo las instrucciones de Nikki de cómo encontrarnos, bajaron al sótano y nos liberaron.

Después de que declaráramos ante el ministerio público, comenzaron los arreglos para regresarnos a nuestros hogares. Me interrogaron acerca de lo sucedido durante los diez meses que estuve secuestrada. Empezaron las averiguaciones y, con los datos personales que les concedí, lograron localizar a mi familia.

Resultó que mis papás se habían divorciado. Mi hermano, que ahora tenía catorce años, se había hundido en las drogas y estaba internado en una clínica de rehabilitación. Mi hermana de ahora nueve se había quedado con mi papá, pues mi mamá se dedicó en cuerpo y alma a tratar de encontrarme. Nunca dejó de buscarme y cuando les dieron la noticia de que había sido encontrada, creyeron que estaban de broma, hasta que me vieron con sus propios ojos.

La alegría que sentí al poder reunirme de nuevo con mi familia, no apagaba el dolor que sentía por la muerte de Nikki. ¿Por qué lo había hecho? Al principio no lo entendía, pero cuando abracé a mi familia y ellos me recibieron, lo supe.

Supe por qué lo había hecho. Me di cuenta porque justo en ese momento sentí lo que probablemente pudo haber sentido antes de tomar la decisión de matarse. Me di cuenta de que tenía miedo. Miedo de enfrentarse a los procesos que vendrían después. Miedo a tener que regresar a vivir con su padre. Miedo al desprecio por parte de la sociedad. Miedo a no poder ser normal después de todo lo sucedido. Miedo a las críticas. *Miedo a vivir en el mundo real.*

Justo cuando estaba a punto de colapsar por tantas emociones, recordé la última frase de la carta de Nikki: *Sé más valiente que yo y enfréntate al mundo*. Y recordé todo su esfuerzo de intentar que yo estuviera bien. Tenía que ser valiente, tenía que hacerlo por mí. Tenía que hacerlo por Nikki.

Tercer lugar

La pluma negra
Juan Osvaldo Pérez Mireles
Escuela Industrial y Preparatoria
Técnica “Pablo Livas”

Era la sexta década de la formación de la Mesa Redonda en un extraño reino, donde la magia y criaturas de todo calibre son más que un simple cuento. La noche era estrellada, cubierta por un delgado manto de nubes e iluminada por la luna llena. En el centro del Bosque Carmesí se lograba vislumbrar una columna de humo. Era el Clan de la Pluma, los Feather.

Los rayos de la luna llena eran el reflector perfecto que iluminaba el rojo escarlata característico de la vegetación del bosque. Sentados alrededor de la fogata, los chicos y no tan chicos escuchaban las leyendas de sus antepasados. La Gran Anciana relataba el legado de los antiguos héroes del clan:

—Y así mis niños, fue como el gran Yandro salvó el bosque de los kelpies con la ayuda de la Pluma Negra.

—Abuela, ¿y dónde se encuentra la Pluma Negra ahora?

—Esa es una buena pregunta, mi niño. Se dice que los ancianos de ese entonces la sellaron en las profundidades de la montaña Pico de Cuervo a las afueras nórdicas de este mismo bosque. ¡Pero sería totalmente imprudente que alguien fuera a buscarla!

—¡Wow! ¿Escuchaste, Jean? Es donde tu padre se hizo amigo de ese pegaso.

—Ya, pero... ¿Oz, no estarás pensando en...?

—¡Claro que no! Ya escuchaste a la abuela, es imprudente ir allí. Bueno, me iré a dormir. ¡Y es mejor que tú también!

Aquella noche, Jean sabía que su mejor amigo tramaba algo, sin embargo, tras la advertencia de la Gran Anciana, le parecía ridículo que él intentara ir a buscar la Pluma Negra. Por otro lado, el joven pero valiente Oz ya estaba haciendo los preparativos para partir a la mañana siguiente en aquella búsqueda peligrosa.

Espero encontrar esa pluma, según la abuela, el que la posea, despertará la criatura alada más fantástica de todas. ¡Ya quiero encontrar esa pluma!

Horas después, en el apogeo del amanecer. Oz estaba a punto de partir al hogar de Jean, pero...

—¡iOswald Feather!! ¡A dónde crees que vas, jovencito!

—¡Ahhh! Yo... voy (*¡piensa rápido!*)... ¡A acampar con Jean!

—...

Oh, no... parece que no me cree.

—Bien, pero tengan cuidado y no regresen muy tarde. *¡Fuuu! Picó el anzuelo.*

—¡Hasta luego, mamá!

Oz trabajó su mentira para engañar a la madre de Jean, y entonces los dos partieron hacia su día de “campamento”. Apenas se adentraron en el bosque, Jean notó la dirección que estaban tomando.

—¡A mí no me engañas, Oz! Sabía que querías ir a buscar la Pluma Negra. Ya olvidaste lo que dijo la abuela. Esto es peligroso y estúpido.

—No lo olvidé. ¿Y si es peligroso y estúpido, por qué viniste si ya lo sabías?

—... yo...

—También quieres ver la pluma ¿o me equivoco?

—Está bien, pero seremos cuidadosos y si no encontramos nada al llegar el ocaso, regresamos a casa sin peros.

—¡Esa es la Jean que conozco! Bien, ¿qué tal una carrera? Tres... dos... uno... ¡Ya!

Los chicos estaban por llegar a la montaña, pero una fuerte explosión llamó su atención. ¡Era el pueblo de los Feather! Una horda de dragones estaba atacando el bosque entero. Aunque algunos aldeanos podían utilizar magia, la resistencia parecía ser casi nula. Los dragones iban ganando terreno.

—¡No! ¡Qué vamos a hacer! ¡Esos dragones no van a irse por las buenas!

—¡Jean!

—¡Tenemos que ir!

—¡Cálmate! Aunque vayamos, no habrá diferencia.

—Pero ¿no estás viendo que esos dragones no están teniendo piedad?!

—Lo sé. En este punto, solo podemos hacer una cosa.

—¿Estás hablando de la pluma? ¡Y qué pasa si no la encontramos!

—La encontraremos.

Sabiendo que los dragones destruían el bosque, los chicos se pusieron serios en cuanto a su búsqueda por la Pluma Negra. Una vez allí, se dieron cuenta que si la pluma se llegase a encontrar en lo más alto de la montaña, les sería imposible escalarla.

—¿Qué haremos? No podemos escalarla, y aunque lo hiciéramos, sería una misión suicida.

—¿Acaso piensas que vine sin un plan?

—Siendo tú, es obvio pensar eso. Pero ¿qué tienes en mente?

—O mejor dicho, ¿qué es lo que tengo en mi mochila? ¡Mira esto!

—Aquí dice... la Pluma del Cuervo... es la letra de... ¡le robaste este libro a la Gran Anciana!

—Lo tomé prestado anoche cuando todos dormían. Además, si todo sale bien, este libro nos ayudará a salvar al clan.

—Pero allí dice que es la Pluma del Cuervo, no la Pluma Negra.

—Al principio me confundió también, pero si prestas atención, las plumas de los cuervos son negras. Y toda la historia coincide con lo que nos contó anoche la abuela. Bueno, excepto por algo que no es legible, es sobre la bestia alada.

—Espero que esas líneas no sean algo importante para invocar a la bestia.

—Como sea, aquí pone cómo llegar al lugar donde... ¡Ahhh! ¡Corre hacia la cueva!

—¿Por qué me llevas así a la cueva?! Los d-dragones... se extendieron por todo el bosque hasta llegar aquí. ¡Esto está mal, si nos encuentran allá afuera!

—Shhh... No lo harán, según el libro, esta cueva es nuestra primera parada. La pluma está más adelante.

Los dragones no tuvieron suficiente arrasando con el clan Feather. El Bosque Carmesí junto a sus alrededores estaba pagando el precio por ello. Oz y Jean tenían que apresurarse a encontrar la pluma, pero cada sala en la cueva representaba un desafío, con pasadizos estrechos, puentes viejos en acantilados con profundidades escalofrantes, escaleras interminables y criaturas diminutas pero peligrosas como murciélagos, cíclopes, gusanos rojos del infierno, serpientes de tres cabezas y fantasmas sombríos.

Los chicos apenas logran llegar a su destino a salvo, gracias a la magia defensiva que Jean pudo aprender de su padre. La última sala de la cueva mantenía sellos y jeroglíficos en lenguas extrañas por todas partes. En el centro se encontraba un altar iluminado por fuego azulado, allí se mantenía resguardada la Pluma Negra.

—Este lugar es impresionante. Se puede sentir la magia en el aire.

—¡Espera, Oz! Aún no vayas a acercarte al altar, no sabemos qué clase de hechizo fue el que se usó para pro-

teger la pluma. Como tú no sabes usar magia, es mejor que yo haga esto.

—Ya, pero no presumas.

—Si no fueras tan perezoso ya hubieses aprendido a usar encantamientos básicos. Bien, por la descripción del libro, no parece ser complejo, pero... es bastante poderoso... Es un hechizo de sellado de cuatro cadenas. Aunque hay una parte ilegible que me preocupa.

—¿Y qué significa eso de cuatro cadenas?

—Significa que tengo que romper el eslabón en el punto donde se cierra el sello, y si fallo, se hará más fuerte con cada intento.

—¿Crees que puedas hacerlo sin la parte ilegible?

—Puede ser una condición tan simple como dar todo mi poder mágico restante, o bastante radical como dar la vida para romper el sello. ¡Pero tengo que hacerlo! Todos... todos están...

—No llores, ellos están bien gracias a la magia defensiva de tu familia, pero no será por siempre. Pase lo que pase con este sello, estaré a tu lado, el dúo Jeanoz es inseparable.

—A veces eres tan cursi que me entran ganas de vomitar, jajaja. Pero basta de eso. ¡Es ahora o nunca!

—¿Yo cursi? ¡Ja, ja y ja! Pues comencemos, el clan nos espera.

—Ahora diré el conjuro para abrir el sello, después todo dependerá de nuestra determinación y concentración, ¿estás listo?

—¡Por supuesto!

—*Bwummon The Wlack Teather Fo Bake The Singed Ieast.*

Los jóvenes tuvieron suerte eliminando el sello que protegía la Pluma Negra, aunque les llevó alrededor de una hora completar el proceso. Una vez con la pluma en sus manos, la bestia debería despertar de su letargo.

—¡La bestia ya debería despertar! Jean, hicimos todo bien, ¿o no?

—T-tal vez... e-está fuera de la c-cueva...

—¡Jean!! ¡Responde! Vamos, despierta... N-no... su corazón... ¡Jean!!

Jean no fue capaz de leer en la descripción del hechizo, que la condición para liberar la Pluma Negra era dar la vida del mago y otorgársela a la bestia alada, para que ésta pudiese vivir. Dejando el cuerpo de su amiga en el altar, Oz se fue a buscar, enfurecido, a la bestia. Una vez que logró salir de la cueva, pudo observar con dificultad, gracias a la niebla, a un unicornio negro esperándolo, dejando en duda si era o no la bestia que él esperaba ver. La bestia al notar su duda, despliega un par de enormes alas que dejan casi sin palabras al chico.

—¿A-así que tú eres la bestia alada que invoca la pluma negra?!

Mi nombre es Fetha, y estás en lo correcto, joven Oswald.

—¡T-tu voz resuena en mi cabeza! ¡¿Y cómo sabes mi nombre?!

Te hablo por medio de la telepatía, y tu nombre lo sé gracias a tu amiga.

—¡Oz!

—¡Jean! ¿Dónde estás?

—Aquí, con Fetha, mi alma es su alma... Me entristece saber que no volveré cuando todo esto acabe. ¡Pero está bien! Ya que es para poder salvar y proteger al clan y al bosque. ¡Así que no perdamos tiempo y vayamos a salvarlos!

—¡Sí!

En el camino, Fetha le explicó a Oz, que mientras él viva, Jean también vivirá. Y que en la leyenda donde él aparece con el héroe, Yandro, este último dio su vida para despertarle y acabar con la amenaza, y que su espíritu murió hace más de veinte años, por lo tanto él tuvo que volver a su sueño profundo, al menos hasta que alguien volviese a llamarle con la Pluma Negra.

—Fetha...

¿Qué ocurre?

—En un libro aparece una descripción tuya, pero está ilegible, es sobre tu especie.

Podemos decir que no soy una especie, sino una quimera.

—¿Qué es una quimera?

Una combinación de distintas especies. Como pudiste darte cuenta, soy parte unicornio, pegaso, kelpie y también poseo la habilidad de tomar formas humanas.

—Increíble.

Hemos llegado al centro del Bosque Carmesí... comenzaré a descender y llevaré a los dragones a otra parte.

—¿C-cómo?

Abriré portales que los enviarán directo a sus tierras lejanas y allí los mantendré sellados hasta que se calmen.

—¡Te lo encargo mucho, Fetha! G-gracias...

Fetha dejó al muchacho en el pueblo, que apenas podía resistir un ataque más de los dragones, pues los magos protectores ya estaban agotados. Oz les explicó que esa era la bestia alada de la leyenda, y que se llevaría a los dragones a sus tierras.

Fue la madrugada más violenta en el Bosque Carmesí desde el ataque de los cíclopes en generaciones pasadas. Fetha no se hizo esperar y lanzó su poderoso hechizo de portales espacio-temporales y uno a uno, el número de los dragones se redujo a cero.

Oz, ahora pueden tranquilizarse, todos los dragones fueron llevados a sus tierras y no saldrán hasta dentro de unas décadas, pues su furia es legendaria y no se va de la mañana a la noche.

—¿Y qué pasará con Jean?

Lamentablemente no puedo hacer nada más por ella, que tratar de conservar su vida lo máximo posible.

—Y-ya veo. Jean no volverá. ¿Y qué harás ahora que eres libre?

No soy libre, mi deber es acabar con las amenazas del reino, tal y como lo decretó mi creador, el rey Arturo. Pero no estás triste, como te mencioné, puedo tomar la forma de cualquier ser

humano, cuando sientas que las fuerzas de la Pluma Negra se vuelven inestables, seré yo...

—... visitándote para estar a tu lado, Oswald.

—¡Jean! Gracias, Fetha. Cuida de Jean por mí.

Con el Bosque Carmesí de vuelta a la normalidad gracias a la magia de Fetha, el clan pudo regresar a su vida cotidiana.

—¡iOswald Feather!!

—¡Ahhh! ¡Los dragones ya se fueron!

—¡Muchachito! Anoche tomaste algo que me pertenece sin mi permiso.

—¡Gran Anciana! Pero si anoche después de que Fetha dejara el bosque regresé directo a casa. ¡Le juro que no tomé nada suyo!

—¿Ah, no? Y entonces ¿por qué está *La Pluma del Cuervo* en tu mochila?

—No me culpe, gracias a ese libro, Jean y yo logramos invocar a Fetha y salvarlos a todos del ataque de los dragones.

—¿Fetha y dragones? Mi niño, tuviste una pesadilla, nada de eso que dices es real.

—Pero si...

—¡Hey, Oz! Ya te has despertado. Me dijiste anoche que me fuera a dormir temprano, así que supuse que querías ir a alguna parte. ¡Pero mírate! Parece que viste un fantasma.

—¡Jean! ¡iEstás viva!!

—¿De qué estás hablando, Oz?

—¡Ahh! ¡Y la abuela! ¿A dónde fue?

—Estás muy raro, la Gran Anciana está en la plaza mayor enseñando magia. Deberías ir, holgazán, jajaja.

—Olvídalo, al menos tú estás bien. ¿Qué tal si vamos al lago?

—¿Al lago? Está bien, pero antes vamos con la Gran Anciana, tengo que dejarle un libro de magia que me prestó.

Sinceramente no la quiero ver hoy, después de que me despertara de esa forma. Aun así, no entiendo lo que está pasando, tal vez Fetha sí pudo regresar el alma de Jean.

Ya preparados para salir al lago, los chicos fueron con la Gran Anciana a devolver el libro de magia que ella le prestó a Jean.

—Gran Anciana, aquí le traigo el libro que me prestó. Aprendí mucho sobre magia de sellado, muchas gracias.

—No hay de qué, mi niña. Oh, ven aquí, Oswald. Acércate muchacho, tengo un secreto que contarte.

—Vamos Oz, no cualquiera tiene la dicha de escuchar un secreto de parte de ella.

—Lo que tú digas, Jean. Lo que tú digas...

—La próxima vez que tomes uno de mis libros sin permiso, usaré mi magia para crear una pesadilla aun peor que la que te hice tener hoy. ¡Listo! Ya pueden irse mis niños.

—¡¡Todo fue un sueño!!

Mención honorífica

En otra vida

César Julián Camarillo Pérez
Preparatoria No. 7 Puentes

Esta es mi singular historia, aquí la redacto desde esta triste y lúgubre prisión. ¿Criminal yo? Claro que no, ni homicida ni ilegal ni nada, un simple individuo que se dejó llevar por una trampa, que en su novatez y debido a su falta de experiencia, cayó en las redes de una mentira.

¿Cómo es mi historia? Bueno, todo comienza de una manera común y monótona, donde no había espacio para las sorpresas; todo ordinario y regido bajo el sistema de lo normal y lo de siempre. Crecí como cualquier otro adolescente estadounidense. Oriundo de Tennessee, fui uno de esos alumnos que destacan en su generación y en su esquema, es notable entre la multitud. Yo no era como aquellos jóvenes que sin sentido racional iban a fiestas donde la perdición se huele y el autocontrol es intangible. Podré haber sido burla de mis compañeros, tal vez y sí lo fui, pero no me importa. Sufrí de mucho maltrato de aquellos que, solo por seguir el compás del muchacho tonto influenciado por clichés todavía más tontos, hacían lo posible para que mi vida fuera un tormento, pero como lo dije previamente, todas esas burlas fueron para mí un simple obstáculo por el que sin dificultad avancé. Aquel tipo que llamaban *nerd* y demás calificativos tenía sueños y metas, entre los que figuraba principalmente el sueño de estudiar en Harvard. Me esmeré desde chico, mis calificaciones eran excelentes, no quitaba el dedo del renglón de la fantasía que había labrado.

Al final, Harvard me aceptó. Qué felicidad, todavía recuerdo a mi familia y la expresión que hicieron cuando les dije la buena nueva, parecía que ellos eran los admitidos, tan extasiados que les fue inevitable derramar una lágrima de la emoción. Entré a Harvard en la carrera de psicología; siempre me apasionaron aquellos caminos donde la mente y la razón humana conducen. Mi familia me apoyó por completo en la decisión que tomaba sobre mi futuro vocacional, me dieron la suma libertad de desarrollarme en lo que yo quería.

Durante mi estancia en la universidad las cosas parecían darse de una manera tan perfecta, que uno pensaría que todo era manejado por una conspiración. Y es que sin exagerar pero, realmente todo se ponía a mi merced para adentrarme en el éxito, y tal como siempre lo estaba haciendo, otra vez destacué en toda la universidad. Era la futura promesa de la psicología en ese entonces en Harvard; ningún alumno me daba competencia, a excepción de una muchacha, rubia como el trigo matutino, casi igual o solo un poco menos inteligente que yo. Era una carrera por tener el primer puesto y cada uno de nosotros daba lo mejor de sí para poder alcanzar aquella tan anhelada cima.

Parece que he dado muchos detalles de mi vida de joven, pero es aquí donde suscita el *Big Bang* de este universo tan raro y burlesco. Estaba en clase, como siempre yo poniendo atención a lo que nos explicaba el profesor, pero espontáneamente fue interrumpido por una secretaria, que le solicitó se acercara a ella para comentarle algo. El maestro se acercó y después de un diálogo breve, abrochó su saco y gritó mi nombre. Por cierto, mi nombre es Jim Benson, y bueno, espero que todavía siga siendo ese.

—Jim, hijo, te buscan allá afuera —me dijo, y de inmediato me dirigí hacia la salida—, con tu mochila y demás pertenencias, ya te tienes que ir.

—Pero, ¿y la clase? ¿Y el proyecto que encargará?

—No te preocupes, después hablamos sobre eso. Ahora lo importante es que vayas allá y resuelvas ese asunto. Pon en alto el nombre de la universidad. Suerte, hijo.

¿Y ese discurso sacado de película, como de *Karate Kid*? No entendía por qué me dijo esas palabras, ni tampoco comprendía la índole de la situación, solo caminaba sin pensar a ciencia cierta qué sería de mí. La secretaria me señaló a un hombre de aspecto sobrio y serio, vestido en traje y me dijo que con él fuera, que era del gobierno de la Casa Blanca.

Apenas me le iba acercando a aquel tipo cuando de repente veo llegar a mi máxima competencia, aquella rubia que siempre me disputaba los primeros peldaños.

—¿Qué haces aquí? —le dije, a lo que me contestó—: Lo mismo te iba a preguntar. No entiendo para qué nos llamaría el gran gobierno americano a unos simples jóvenes que aún no terminan su carrera.

—Tal vez es porque somos los más inteligentes.

—Si te entiendo, pero, ¿seremos espías? ¿Iremos a una guerra como soldados? Apenas sabremos para qué nos requieren —me dijo.

Saludamos a aquel tipo, nos pidió no hacer preguntas hasta que llegáramos al recinto a donde nos conduciría el chofer personalizado, solo nos dio la instrucción de entrar al auto para dirigirnos hacia allá.

Las dudas revoloteaban en mi cabeza como mariposas en un bosque. De repente de tanto pensar llegamos a aquel lugar, era la mismísima Casa Blanca. Nos indicó permanecer en un lugar, una especie de sala de juntas presidencial; era más que extraña esa situación, pero no nos quedaba más que esperar. Llegó un hombre de casi igual aspecto al anterior.

—Hola, soy Ryan Johnson, Secretario General de los Estados Unidos. El presidente llegará en cualquier momento, pero quiero empezar a generar este diálogo entre ustedes. Mi equipo viene en camino, un equipo especializado en esta situación. Tal vez se preguntarán

qué hacen aquí, por qué los fuimos a buscar, para qué los queremos. Bueno, primeramente quisiera felicitarlos por sus excelentes notas, son unos verdaderos eruditos, de los más inteligentes de su generación. Me da gusto y alegría que América siga siendo la cuna de estos genios contemporáneos. Y por aquí empiezo. Unos científicos (claro, estadounidenses) acaban de hacer un gran avance a la ciencia de nuestro país y que repercute en nosotros. Este descubrimiento está allegado al proyecto Arca de Noé. No sé si han escuchado sobre este proyecto, pero se los explicaré brevemente. Últimamente se han extinto demasiados animales en nuestro planeta, y unas decenas de miles corren el riesgo de desaparecer por completo de la faz de nuestro mundo. Según dice la Biblia, en la verdadera Arca de Noé se introdujo una pareja de cada especie de animal para evitar su extinción en el gran diluvio. El nombre de nuestro proyecto obedece a que intentamos hacer lo mismo, pero de una manera genética. Hemos congelado tejido de especies de animales extintas o en vías de extinción para conservar sus células y en un futuro poder clonaras. Esto no es nada nuevo, hemos hecho eso desde antes de la Segunda Guerra Mundial, esperando que algún día en el futuro se pueda generar este milagro. Hoy es ese día y los científicos de los que les comenté han podido permitir este milagro. Se han hecho pruebas con todos los animales, y satisfactoriamente, todos han vuelto a nacer, inclusive el *homo habilis*. Lo sé, parece de una película de ciencia ficción, pero realmente ocurre.

—Y bueno, ¿qué tiene que ver esto con nosotros? Somos psicólogos, no científicos —le dijo mi compañera a aquel hombre.

—Sí, claro que sabemos eso, pero no me dejaste terminar. Hace tiempo nació un genio, con un IQ más grande que Albert Einstein, y para fortuna de nosotros, era americano. Aquel gran muchacho estaba a nada de crear una especie de energía nuclear que jamás podría acabarse,

que no contaminaba, y que también tenía dimensiones de acabar casi con un país con un simple artefacto, una especie de bomba. Ambas utilidades le interesaron al gobierno de Estados Unidos, así que financiamos su investigación con propósitos de generar esa chispa de la nueva vida, como así le decía él a su invento. Trágicamente, en su laboratorio fue asesinado brutalmente, creemos por soldados norcoreanos. No sé si estaban celosos por aquel invento, o tenían miedo de aquella súper bomba, pero el punto es que murió. Nosotros nos encargamos de que la prensa no supiera de aquel hecho y decidimos congelarlo para que en un futuro volviera a nacer. Hoy es ese día. El chico crecerá en un vientre de alquiler y ustedes serán sus padres.

—¿¡Qué?! No entiendo la situación —le dije en un tono de desesperación al no comprender para qué nos solicitaban.

—Miren, es sencillo, vimos su expediente, son unos genios y están fuera de casa, sus padres no sabrán de esto. Les ofrecemos ganancias astronómicas para su perfil con cheques millonarios, pero lo más importante, servir al gobierno de EU. Tendrán casi los mismos honores que un soldado o que un policía que salvó civiles de un ataque. Entiendan que realmente ocupamos acabar esos trabajos inconclusos, que inclusive nadie ha podido finalizar. La crisis del petróleo está en su apogeo y se calcula menos de veinte años de petróleo para la industria del país. Ocupamos de esa energía infinita, además de que un proyectil de esas dimensiones y de tanta destrucción haría desaparecer el terrorismo bajo el respeto a la nación. Ustedes actuarán como sus padres, aunque no lo sean, porque sabrán cómo adecuar su mente hacia su destino predeterminado. El niño nacerá en los próximos días, así que, ¿están dispuestos a afrontar la oportunidad de sus vidas?

Justo cuando apenas iba a comentarle algo, mi compañera agarró el bolígrafo y firmó aceptando ejercer lo

que se le decía. Me le quedé mirando en tono perplejo, como preguntándole con la mirada por qué había tomado esa decisión.

—Entonces, ¿tú aceptarás? Tu compañera ya lo hizo —me dijo aquel hombre. Volví a mirarla y ella me vio con un gesto de reto, así que sin temor cogí el bolígrafo y también firmé.

—Genial. Desde este momento se hospedarán en la Casa Blanca y no podrán tener contacto con la sociedad. Es un proyecto secreto en el que hemos trabajado por muchísimo tiempo, no nos gustaría que se estropeará en su mejor momento, así que queda prohibido comentar a alguien, a quien sea, ni a sus padres, dónde están, dónde estarán ni más comentarios al respecto. El bebé tal vez nazca mañana, y cuando nazca irán a otra junta para dialogar al respecto algunos elementos. No pierdan el tiempo.

Me fui a mi habitación y mejor decidí ver televisión, esperando a que la situación se suscitara por completo. Me bañé, cené y me fui temprano a mi cama.

Desperté y escuché que alguien tocaba mi cama, era aquel Ryan Johnson, le abrí la puerta, entró a mi habitación y me dijo:

—Buenas noticias, el bebé nació y está sano y en perfectas condiciones. A las 16:00 habrá una junta en la misma sala donde estuvimos ayer. Llega puntual, por favor. Iré a decirle a Michelle.

—¿Michelle? ¿Quién es Michelle? —le dije, a lo que me comentó:

—Tu compañera, con la que viniste. Espero y esa falta de sociabilidad con la gente sea una consecuencia por tu alto desempeño académico. Bueno, me tengo que ir, nos vemos a la hora indicada.

Se llegó la hora. Entré a la sala y estaba llena de personas, la mayoría de ellas hombres, me imaginé que ejercían puestos importantes presidenciales. Empezó la conferencia. Hablaron del bebé, que había nacido sin problemas,

que sería cuidado por los mejores doctores y tendría a las mejores niñeras, y que tendría otro nombre. Entonces hizo una breve pauta y se dirigió a nosotros. Dijo:

—Ustedes dos, a pesar de que el niño tendrá niñeras que tratarán de educarlo, necesitamos que se familiarice con sus caras. Recuerden, ahora son sus padres, él será su vida. Jim, eres el menos brillante de los dos y al ser hombre te tocará fingir que vas a tu trabajo, y tu compañera Michelle se encargará de educarlo bajo la psicología y siguiendo un contexto como aquel en que educaron al joven. Sabemos que en eso se especializa más que tú, lo siento. El gobierno ya les tiene su residencia, les daremos dinero cada mes, una fuerte suma para que lo puedan mantener. Jim, vendrás cada día aquí para asesorías de grandes psicólogos, solo una pequeña ayuda para que se alineen en el sistema. Ahora, conforme a su interacción con el mundo, tendrán otro nombre y su estado en Harvard es como dado de baja.

Con lo último dicho, Michelle y yo nos alteramos. Pensábamos seguir en Harvard, a lo que Ryan nos dice:

—Lo lamento, chicos, ustedes firmaron un contrato que no pueden alterar, tenemos su firma y se tienen que hacer responsables de esto. Si sus padres les llaman, les dirán que ya tienen trabajo en un importante centro de investigación, como nosotros ya se lo comentamos, solo para que reafirmen lo que les dijimos. Así será la situación, muchachos. Tienen en sus brazos el trabajo de muchos años de un equipo especializado y no olviden, el de un genio.

Michelle y yo seguimos en la Casa Blanca. De repente llegó un tipo rodeado de guardaespaldas, tal como si viniera el presidente: traía al pequeño.

—Aquí tienen —nos dijo— convivan con él. Es fundamental que él grabe sus rostros y empiece a verlos como mamá y papá.

Lo vimos tan infante, de repente una incógnita rodeó mi cabeza: ¿Estoy preparado para ser padre? Pero real-

mente no sería un padre, sería más un psicólogo educador, que solo prevé que el niño se mantenga en la línea de genio que en su otra vida fue. No habría problema en eso, el verdadero problema sería poder relacionarme con Michelle cuando jamás le había hablado—inclusive, me caía mal— pero ahora sería su pareja en este gran proyecto.

Ella tenía al niño acurrucándolo en sus brazos, después de haber sido alimentado por una nodriza, me le acerqué y le dije:

—¿Sabes? No estoy muy convencido de llevar esta situación, pero no puedo dar vuelta atrás. Acepté llevar este caso porque vi que tú lo aceptaste sin temor y no me podía quedar atrás. Nunca pensé en las consecuencias que podría tener aceptar esto.

—No te preocupes, yo también acepté sin pensar bien en el futuro, firmé sin pensar en nada, solamente con la intención de que vieras que yo sí aceptaba y que no temía a nada. Solo fue para que vieras un falso complejo de superioridad hacia a ti. Creo que deberíamos llevarnos mejor, tenemos que colaborar perfectamente. Este niño crecerá siendo el genio que la nación ocupa. Un error y nos matarán, tenlo por seguro. Sé que siempre nos llevamos mal pero este es el momento indicado para dejar todo atrás y reiniciar esta relación, al fin que al cabo estaremos juntos un buen tiempo, ¿entendido? —me dijo. Yo solo le sonreí y seguí viendo al niño.

Pasó el tiempo, el niño vivió sus primeros meses en la Casa Blanca, bajo el cuidado de infinidad de doctores. Cuando la amenaza de cualquier peligro latente terminó, por fin nos fuimos a vivir a aquella residencia que personalmente nos había otorgado el gobierno.

Aquel niño lo llamamos John y tuvo mi apellido, Benson. Aunque vivíamos bajo el marco que el gobierno nos indicó, siendo psicólogos, fue inevitable encariñarme con el niño, y lo quise como si fuera mi verdadero

hijo. Constantemente Michelle me indicaba los errores que cometía y cuando no iba de acuerdo al plan que se tenía, a menudo recibía llamadas de atención del equipo de asesoría psicológica del gobierno estadounidense. A todos los veía con un poco de frecuencia, pero no había vuelto a ver a Ryan: solo esperaba que no nos dejara solos en esta situación.

Los días, los meses, los años se consumieron y John crecía cada vez más. Trataba de darle cariño y amor tal como si fuera su verdadero padre; era esencial que se sintiera querido y amado. A veces no me importaba seguir el contexto de sus verdaderos padres, de cómo lo educaron y cómo lo trataron, yo le daba lo que yo quería darle. Convencí a Michelle que también lo viera como su hijo y no como una rata de laboratorio que examinamos que crezca en óptimas condiciones, y aunque se amparara del cobijo de su psicología, era imposible que no se relacionara de manera afectiva con el pequeño, y especialmente conmigo. Nos relacionamos tal como si fuéramos esposo y esposa. Tal vez nos dejamos llevar por la situación, como todos unos novatos jóvenes.

El niño creció y ya había entrado al jardín de niños, a uno diferente al que el verdadero genio había entrado. En esos mismos tiempos nos solicitaron ir a una junta a Michelle y a mí. Fue en la misma sala donde todo comenzó, y casualmente volvimos a ver a Ryan Johnson. Nos saludó cariñosamente, me imagino que estaba muy feliz al ver que el caso iba por buen camino. Nos dio un balance de cuatro años, nos dijo:

—Muy bien, muchachos. El balance comparado con aquel genio, que por cierto se llamaba Tim Thompson, va casi igual, por no decir exactamente igual. El muchacho fue interrogado por personal de nuestros departamentos en el jardín de niños. Su hijo John tiene un IQ más alto que el de Tim y muestra las mismas habilidades, incluso más desarrolladas, y sigue conservando las mismas

preferencias y gustos en estudio. No me queda más que felicitarlos por su gran participación en el caso, obviamente aún queda mucho camino por trazar, aún falta su adolescencia y que entre a la universidad. Ahí serán libres. Conforme a nuestro entusiasmo al notar lo bien que va al proyecto, el gobierno americano les invita un breve desayuno, que espero y asistan.

Apenas íbamos a salir de la sala, felices y alegres, cuando Ryan me dice:

—Jim, detente un momento. Vamos a brindar entre compañeros y amigos. Más tarde vamos al desayuno. Adelántate, Michelle, más tarde te acompañaremos —le dijo.

Sacó de su vitrina un whisky, se hizo un trago para él, yo le dije:

—¿Y yo? ¿Qué no íbamos a brindar?

—Jim, estás muy bien en el caso, actuando como todo un genio y supervisando que el pequeño siga en la línea en la que siempre debió haber estado. Pero tengo un pendiente, noto un lazo muy fuerte entre ti y el niño. Recuerda, eres un simple psicólogo que imita a los padres de Tim. Por desgracia, los viejos ya fallecieron hace tiempo, y además no estaban dispuestos en participar ni que se dejara realizar este proyecto. Por eso los buscamos, una especie de combinación de actor y psicólogo, y lo más importante, sin sentimientos. Veo que ya te relacionas con Michelle como si fuera tú esposa. ¿Acaso no recuerdas que ni siquiera sabías su nombre, y que antes de venir hacia mí hiciste miles de muecas de desagrado al saber que participaría contigo? Te busqué por ser un hombre sereno, que no se deja llevar por sus emociones, que piensa con su razonamiento, que utiliza su psicología, no un actor barato de Hollywood. Recuerda, solo catorce años más y podrás ser aquel científico exitoso. Yo mismo te financio tu laboratorio y lo que quieras, pero no te dejes llevar por las emociones, ¿sí? Confío en ti, hijo —me dijo y nos dirigimos hacia donde estaba Michelle.

Me puse a pensar mucho en lo que Ryan me dijo, quizás y sí decía la verdad. Yo solo sigo un sueño y no tengo manos para labrar otro, en el que tenga que ver familia o una esposa. Michelle me notó raro, sabía que algo extraño en mí ocurría, y aunque infinidad de veces me cuestionó qué me pasaba, yo jamás le dije la realidad.

Pasó el tiempo, mejor dicho, corrió el tiempo, con un complejo de súper velocista que no se cansa. Se fue tan rápido que ni se sintió. El punto es que Jim ya era todo un joven, tenía quince años, y bajo la terapia que nosotros mismos le dimos, nunca cayó en la sospecha de quién realmente era, ni nunca sintió una experiencia de repetición. Nuestro trabajo iba en buenos pasos. Jim era todo un genio y lo dejó demostrado cuando adelantaba semestres. Apenas con quince años ya iba a entrar a la universidad; sin duda alguna, a Harvard. Por sus excelentes notas académicas y bajo el financiamiento económico del gobierno pudo ingresar sin dificultad.

El día que se despidió de nosotros fue muy triste, quise no llorar pero fue inevitable. Se tenía que ir. Regresamos a nuestra residencia y ahí estaba Ryan. Él ya no era Secretario General, pero seguía trabajando en la Casa Blanca como titular del proyecto. Nos esperaba afuera, nos dijo:

—Felicidades, la nación está orgullosa de ustedes. El muchacho recibirá una clase de física cuántica dada por el mismo profesor que le dio esa clase. Se jubiló pero por unos miles ha vuelto para que ahí despierte el interés en ese rubro y genere su investigación sobre el dispositivo que deseamos acabe. Hasta aquí está su trabajo, recibirán grandes sueldos como lo prometimos; solo es cuestión de esperar a que su genio termine su investigación y de ahí generar ganancias astronómicas. Seguirán teniendo el subsidio que les otorgamos y la casa queda en su nombre. Podrán ver a su familia pero sin comentar lo que pasó. Pueden usar sus identificaciones con sus nombres originales para no levantar interrogatorios. Sin más por

el momento me retiro, agradeciéndoles su cooperación. Estamos en contacto.

Ryan se fue y nos dejó solos. Entramos a la casa. Le pregunté a Michelle:

—¿Y ahora qué? ¿Seguiremos juntos?

—Claro, yo realmente te amo y tú eres como mi alma gemela, fuimos colegas en este asunto pero tenemos que seguir juntos, pasamos muchos momentos con John que no podemos tirarlos como basura. Tú y yo, la vida nos espera.

Pasaron los años y terminé siendo su pareja. Claro que extrañaba a John, para mí era como un hijo que adopté. Un día la nostalgia me ganó e hice caso omiso a lo que me dijo Ryan y fui a Harvard, pregunté donde trabajaba mi muchacho, me indicaron dónde, me aventuré y fui. Lo encontré afuera de su laboratorio, lo vi, lloré y lo abracé, me dijo:

—¿Qué haces aquí, padre?

—Solo quería verte, hijo —le dije. Platicamos, me decía lo feliz que estaba en su nuevo trabajo y me comentó de su invento. Claro que sabía de su invento pero me hacía el despistado y me ponía como sorprendido cuando me platicaba todo. Después de tanto charlar ya era hora de que me fuera. Cuando me iba recordé que había dejado mi abrigo en su laboratorio, entré y vi sus notas, obviamente no le entendí nada, pero vi unos papeles y notas de física cuántica; concordaban con el tema que me había dicho Ryan, con las bombas, apenas seguía hojeando y de repente una mano me detiene, era la de Ryan, me dice:

—Siempre tan débil, sabía que ibas a estar por aquí.

—Estos papeles son de bombas, no será el dispositivo de energía infinita.

—Y a ti, ¿qué te importa?

—No vas a poner en riesgo la vida de mi hijo —le dije, pero él me dijo en un tono furioso:

—Mira, ni siquiera es tu hijo, tal vez sea tu amigo, pero tu hijo no. Eres tan débil al crear lazos afectivos con quien

no debías hacerlo. Michelle me dijo que irías a Harvard y deduje que aquí vendrías. Ella y yo hemos colaborado por mucho tiempo para manipularte, no fue tan difícil, ahora tú tienes un contrato donde tu trabajo ya quedó finalizado y no puedes participar más. El muchacho nos dará el dispositivo, yo tendré mi puesto asegurado como Secretario General de Justicia del próximo presidente, o tal vez hasta yo sea presidente. Qué triste, pero no puedes irle a decir la verdad porque no se la creerá. ¿Qué le dirás? Hijo, fuiste congelado y luego te resucitaron, te eduqué pero nunca fui tu padre, claro que te creerá. Mejor vete, por favor.

Me retiraba del laboratorio y se acercaba John.

—¿Qué pasa, padre? —me dijo. Me quedé callado por un momento y brevemente le dije:

—John, hijo, estás en peligro de morir, soldados norcoreanos te van a asesinar. Lo que estás creando lo quieren utilizar como bomba, solo te están utilizando.

De repente salió Ryan y empezó a disparar. Una bala fue dirigida hacia nosotros y aunque intenté tapar a John, llegó a incrustarse en una zona del cuello, cayó abatido, aunque aún con vida. Llegaron los policías que acordonan el área y me arrestaron. A pesar de demostrar mi inocencia, me inventaron cargos por un intento de asesinato que jamás hice. Terminé siendo culpable en esta celda donde escribo esto.

Justamente ayer me puse a pensar en John y en Michelle. Estaba en la sala de actividades que nos ponen a los reclusos. Otra vez, como aquella vez que fueron a buscar a aquel joven psicólogo, yo era el mejor de la clase, ahora destacaba por mi comportamiento, no por mis habilidades. De repente recibí una visita. Era Michelle.

—¿Por qué? —le pregunté.

—Es cierto que colaboraba con Ryan desde un principio, después de la primer junta se acercó conmigo, me dijo personalmente que yo era más inteligente que tú, que poseía más inteligencia emocional que tú, que eso

realmente ocupaba, no un gran genio que sepa todo. Acordamos amoldarte, que te relacionaras conmigo como tu esposa, y por mucho tiempo te miraba a ti como un simple colega y a John como el producto de mi investigación. Pero el ver que tú lo querías y que me amabas hizo que me enamorara de ti, que los viera como mi familia. Ryan me solicitó darle información de lo que hacías o harías y si no lo hacía me asesinaría, en serio, lo siento.

Pero de repente se acerca Ryan. Me dieron ganas de ahorcarlo con mis propias manos, pero tenía esposas y no podría hacer eso. Se acerca conmigo y me dice:

—Michelle, siempre tan débil, los dos tenían esa gran cualidad en común. John está bien, solo le dio un pequeño grado de amnesia, pero tememos que no pueda recordar quién es y qué realmente hace. Ocupamos de tu cooperación para poder que vuelva en sí.

Vi a Michelle, recordé su traición y engaño, vi a Ryan y les dije:

—Al final, ni tú eres mi esposa, ni tú eres mi amigo y nunca John fue mi hijo.

Me fui otra vez a mi celda. Me dicen mis compañeros que vendrán todos los días a verme para solicitar volver al caso, pero ya no encuentro motivos para seguir en un caso donde me perdí a mí mismo. No sé si lo que me dijo Michelle era verdad, no sé si Ryan la amenazó de muerte, en fin, no sabía nada. Tal vez mañana que vuelvan a venir acepte retomar el caso, tal vez no. Todo se lo dejaré al destino, que al cabo él es el que mejor planea, no uno.

Mención honorífica

N(x)

Darío Arturo Méndez Sánchez

Centro de Investigación y Desarrollo
en Educación Bilingüe

Yo como tú también he escuchado esos rumores. Esos rumores de que antes el mundo era unido y uno podía salir a las calles, trabajar e ir a la escuela sin temor alguno. Esos rumores que, dicen, quedaron guardados con la quema de libros y el cambio de poderes. Cuando vivíamos en un país dividido por regiones nombradas (por mi parte no soy familiar con ninguna) y emplazadas en papeles con formas, caminos, montañas, planicies, desiertos y mares.

Nací aquí, en la ciudad 91N, bajo el cuidado de una madre primeriza y un padre al que apenas puedo nombrar así. Fue hace tiempo ya, calculo unos diecisiete años; dicen que lo único que prevalece del viejo mundo es el calendario, las estaciones y la lengua. ¡Jamás he salido de aquí! He entablado una conversación, exagerando números, con unas veinte... o tal vez treinta personas, incluyendo a mis padres, hermanos, unos cuantos vecinos y los ineptos contadores. No podemos hablar en los deberes, lo sabes.

Pobres nosotros, que tenemos que soportar este conteo rutinario. Todos y cada uno de las mañanas, hombres de cara lastimada y puños necios cuentan una por una las casas del barrial. ¡Contadores! Tocan bruscamente a la puerta, y decenas de ellos abarrotan las calles. Nuestras huellas digitales, en tinta roja sobre las libretas de cue-

ro industrializado. Muchas veces a gritos y golpes, nos sacan y exhiben, bien sabes. ¡Maldiciones se tragan mis tímpanos, sus dientes quebrados entre puños y las armas bañadas de hambre sin piedad, dadas a sangre! Armas cansadas de tanto soplar y desfigurar.

Los hombres en las productoras; alimentos, prendas y utensilios. Las mujeres como burros de carga y las más jóvenes, son arrancadas de nuestros pobres hogares en el conteo 5904; unas al trabajo y otras a parir. Por fortuna... ¡yo no nací del conteo!

Las casas no tienen color, para mantenernos al margen, como perros; yo ya estoy en la edad de trabajo completo, desde las 6 a. m. hasta las 2 p. m. sin comer, armando calibres a punta de otros; doblando en la cigarrera o arando en el campo; cada tres meses rotando. Las mujeres, separadas de los hombres en el trabajo, hacen las prendas o cosechan alimentos, casi todos se quedan en la torre. ¡Pobre de nuestra tierra, que con el paso de los años se ha vuelto más seca y sedienta!

Casi no llueve, hace más de tres trimestres que no. El polvo me quema los ojos, como a todos, y me empaña la piel. Mi piel se estría y reseca a solo un baño por semana. Yo largo los jueves, antes de la labor. 4:30 a. m. para conseguir “buen” lugar bajo la gran explanada de cemento, con techo agujerado y helado, donde nos postran en hileras de cincuenta, una al lado de otra; he calculado que somos entre 1400 y 2200 hermanos por sesión. El agua cae de un gran jarrón metálico, sobre el techo y nos estremecemos con el agua quemándonos de frío. ¡Así cinco endemoniados minutos! Nadie puede salir hasta que todo deje de fluir; deje de fluir, como llanto, de las madres sin hijos, vacías del vientre de tanto cargar y sangrar.

La primera vez me azotaron. Los contadores (las bestias), están debajo de Dante y nos hacen seguir las reglas. Todos conocemos las nueve reglas:

1. Nunca cuestionarás al Dante.
2. Nunca cuestionarás al contador.
3. Nunca cuestiones los métodos.
4. Nunca te resistas al azote.
5. Nunca salgas pasada la luz de día.
6. Nunca faltes a tu deber.
7. Nunca llores, mejor olvida.
8. Nunca pienses escapar.
9. Nunca olvides las reglas.

¡A los contadores les fascina azotar! No saben de piedad; algunos con cadenas, otros con liana y los menos con púas. Las púas son frías, ¡yo sé! ¡Y muchos también lo saben! Se entierran dentro, muy dentro, en tan poco tiempo; la espalda se deshebra y llora. Aquí las edades no importan; seas joven o viejo, te azotan, te demacran, te desnudan el alma. En estos años he visto morir a tantos ancianos por azotes, un joven perdió el brazo derecho por una infección tras el látigo; sigue aquí, lo veo, en las filas de trabajo.

Nosotros en las afueras de la ciudad, con los altos, viejos y conocidos muros.

¡Se levantan grandes, se levantan fuertes!

Estamos encerrados en un triángulo, tres puntas a la misma distancia una de otra; puestos de vigilancia cada medio kilómetro, y los cables con energía enredados sobre el muro, casi invisibles para quien intenta escapar. ¡Se sofrien... o les disparan! A veces les deforman el rostro, la espalda, los pies, frente a nosotros, ¡para acallar más nuestro silencio!

Al centro de la ciudad se encuentra la “gran” Torre del Dante, epítome de la ciudad, y dicen todo puede observarse desde ahí. Tiene vidrios oscuros, pero se dice que nos señalan. Ahí se llevan las actas, conteos y bienes; todo manejado especialmente por el Dante. Debajo de la torre, hay un cuartel de armas y es el punto de reunión de los contadores. Hay una barda circular con torretas

que divide la zona del Dante y la zona del hombre. Jamás hemos visto la cara del tal Dante; solo su vaga y senil voz. Entre los altavoces, en cada calle, cada muelle, cada hogar, cada oído y cada cerebro; lavándonos poco a poco. Una grabación de las nueve reglas con la voz del Dante, cuatro veces al día, para recordarnos nuestra calidad de ratas.

¡Como las ratas viviendo entre heces! ¡Como las ratas los comeremos!

¡Preferiría vivir en otros lugares, ver los mares, grandes e infinitos, donde no hay sequía! ¡Cuántas veces no he soñado por ir a otra ciudad, saber cómo es 92N, 93N! ¡O incluso 99N!

Mi madre soñaba también; antes de ser arrebatada de mí. Mi madre, justo antes de poder entrar, interceptada; salí, era tarde, dos contadores la cuestionaban a gritos.

—¡Estúpida mujer, que piensas escapar! ¡¿No?! ¡Y dejarme como un pusilánime ante Dante! ¡Como un cobarde!

Primer azote, segundo azote, tercer azote, cuarto azote, quinto azote, un puño, dos puños, sexto azote, dos patadas, cuatro patadas, un garrote, dos puños, tres azotes, mil gritos y mucha sangre... Cabeza... *Boom...*

¡Me prometí no olvidar, como dicen las reglas, escapar y devolvernos a lo que somos! Un pueblo, no unas bestias; ellos son las bestias. ¡Ahora, todos! ¡Tomen consigo cada pala, cada piedra, que nos ha sido quitada incluso, que cargamos día a día, bajo la lumbre de esos animales! ¡De estas bestias!

Gritó así sobre la plaza del baño. ¿No? Nuestro supuesto fundador, salvador con alma de revolución; con sed de vivir y consignar; pero claro, ahora que N93 está en los suelos, todo esto ha olvidado. Todos sabemos la gran historia, que en verdad no sabemos, no sabemos si

fue verdad, si no fue verdad completa, si fue mentira o mentira incompleta, pero lo que sí sabemos es que no se ha respetado ese pacto. Esas palabras son papel, simplemente, no son sentimiento ahora, solo un nostálgico recuerdo de un presente.

Nuestra libertad ha crecido, sé, pero en cambio nuestras almas siguen reducidas, como un pueblo oprimido, insolado de carencias, a mano forzada, bajo unos azotes, ahora invisibles. El oprimido que se vuelve opresor, el hijo que se vuelve padre, el soldado que se vuelve rey. Y díganme qué nos ha dado además de vivir sin un muro visible, sino con uno invisible. Nadie abandona, nadie deserta, porque no puede; desde el primer día de guerra, de revolución, esa fue la única regla: muerte a los cobardes.

Pero no todos somos cobardes, otros solo tenemos hambre; verdadera hambre, no sed; hambre de un país verdadero y nuestro, justo y sin normas autocráticas. No niego que estamos en nuestra patria, la herencia de nuestros abuelos, padres y fantasmas; de las llagas en la espalda, de los callos sangrantes, de las heridas punzantes y los estómagos ardidados por tanto ayunar. Díganme ahora, de qué nos sirve tener ciudades hermanas, si todas somos hijas de un solo padrastro, puesto por la locura y la exaltación; de la furia y la desolación.

Respóndanme ustedes, ¿quién es su jefe? El Modesto, no tan modesto si me puede contestar. ¡¿Quiénes somos?! No merecemos vivir a base de una vieja revolución, construida en las falsas esperanzas de una patria equitativa, endulzada con los gritos encarnecidos de una madre ficticia, de unos azotes falaces y de una fantasía impuesta a todos nosotros. Lo que nos pasó, les prometo, no pasará jamás. Si hemos de luchar solos contra un país de falsos, por un país verdadero, esto es lo que haremos; acabaremos con la farsa de un “albedrío” e impondremos el libre albedrío. Somos hijos de la república, no de la revolución, aunque la tomemos como medio. ¡Sabremos

confrontar lo que venga! ¡La N93 se levantará de sus vestigios, de dos vestigios, del malo y del pésimo, del viejo y del anciano, del cuadrado y del triangular, del antes y del pretérito, seremos un hoy y un mañana, un bueno, un joven, un círculo!

Corazones no faltan en este pueblo, pero puñales clavados sobran sobre ellos... todos con la fría mano del Modesto. ¡Bien que tomemos las plazas, los monumentos y la Torre Modesta que nos quita la luz, que nos susurra y sangramos! ¡Viva el N100! ¡Viva la república! ¡Viva la sangre de nuestras palabras!

Sol

La N100, la 101, 102, 103, 104 o 105, no; los hombres somos el peligro; los hombres somos la angustia, la frialdad, la mano se convierte en garra y pezuñas, pútridas desde adentro. La capital ha presenciado muchas artimañas, muchos gritos, mucha sangre y muchas balas.

No soy un hombre de largas palabras, pero he recordado todos los gritos en la memoria; ambos discursos, ambos tiranos. Muchas palabras, insinuándose, convenciéndonos, pero no. Seré breve.

Les prometo no caer en los juegos, en las mañas ni en los artificios.

Arturo

Así acabamos aquí. Viendo una ciudad destruida por manos y fantasmas. Vámonos, que el silencio no es tiempo perdido.

*Hiñeron, F. J. (D12M8S1)
Diario de J.F.M. (pp. 15-22)*

2014
Categoría Facultad

Primer lugar

Estamos en duelo

Liliana Iveth Luna Flores

Facultad de Filosofía y Letras

Mi perro se suicidó cuando cumplí 24 años, un día antes me quedé en casa de mi novia y nos pasamos toda la noche teniendo relaciones. pensé que el siguiente sería un gran día pero lo primero que vi al entrar a mi casa fue al perro colgando en el patio, balanceándose por el viento. se había ahorcado con un tendedero suelto que pendía en vertical. a él le encantaba jugar con las cuerdas y cables, seguramente intentó morderlo dando brincos hasta que en una de esas se enredó con el tendedero y se asfixió.

traumático.

lloré toda la mañana.

mi novia vino pero en lugar de consolarme terminamos peleando.

—es un perro nada más, no pasa nada

—cómo que no pasa nada, cabrona

—pues sí: nada, luego compras otro

—no, cuál otro; yo quiero a mi perro

—ya está muerto

—sí, eso ya lo sé, no tienes que recordármelo

—...

—y, ¿lo vas a dejar ahí colgado?

—pues es que no sé

—bueno, allá tú

salió de mi cuarto y escuché que encendía la televisión de la sala. subió el volumen hasta que se volvió insoportable.

—no mames alejandra, bájale a la pinche tele —grité

—uy, qué delicado

me enojé, salí —a partirle su madre, pensé— pero solo tomé el control y apagué la tele.

—estamos en duelo —dije

ella me miró con los ojos muy abiertos y luego se rió.

—¡ESTAMOS EN DUELO! —gritó burlonamente, puso cara seria pero no pudo aguantarse más y comenzó a bailar como tonta mientras improvisaba una canción llamada “estamos en duelo por el perro de mi novio”, luego se fue de la casa, la alcancé a mitad de la calle; ella empezó a correr alrededor de los carros estacionados: seguía burlándose de mí, sabe que por mi peso no puedo correr mucho. solo alcancé a gritarle con mi último suspiro de gordo:

—iya no somos novios, alejandra!

no me contestó.

ni siquiera volteó a verme.

me sentí en quinto de primaria; siempre quise cortar a alguien así, infantilmente. regresé a la casa sudando y en el patio mi perro suicida. me senté en el suelo a un lado suyo. su cuerpo se balanceaba mientras hablaba con él.

—por qué te mataste cabrón, por qué... si yo te quería, cabrón tú no me querías o qué, eh... yo te daba de comer siempre, yo me pude haber quedado cogiendo con mi vieja, con esa pinche... pero no, me regresé a darte de comer, y te matas cabrón, te matas... por qué me haces esto, ¡contéstame! —cuando grité esto le di un manotazo al cuerpo inerte que se balanceó todavía con más fuerza.

—ya llegué —dijo mi mamá

—¿qué pasó? —siguió diciendo

—pues mira —dije, señalando al bulto colgante

—¿lo mataste?

—¿cómo lo voy a matar, jefa? ¿quién me cree o qué?
—bueno —(mi mamá no quería a mi perro)
—me voy a mi cuarto —dije mientras me sonaba la nariz.

—¿y el perro qué? ¿ahí lo vas a dejar?
—ahorita bajo a tirarlo al pinche monte
me encerré, me cambié y luego salí sin avisar; fui a buscar a alejandra. seguro estaba en casa de sus padres mirando televisión. es lo único que hace los domingos. toqué la puerta, me abrió su mamá, buenos días arturo, mijo, buenos días, señora. pásale. pasé. me invitaron a la mesa, todos comían mientras veían el final de en familia con chabelo; todos, excepto alejandra, entonces sí estaba encabronada porque ver televisión y comer son las únicas dos cosas que hace los domingos.

—¿cómo te va en la escuela, mijo?
platicamos un rato, subo el volumen de mi voz y de mi risa a propósito, no tarda en aparecer.

—de qué hablan, eh —alejandra entra a la cocina
—pues de ti —le digo mientras me como el último taco
—¿qué haces aquí? —me dice a mí, luego a su mamá—
¿qué hace él aquí? —luego a mí otra vez— vete de mi casa
—pero mija
—usted cállese; vete de mi casa, arturo
me disculpo amablemente de la señora, me despido de mano y de beso y salgo muy tranquilo, deseándole buen día. en la calle saco un cigarro y me lo fumo, sentado en la banqueta.

—¡eh!, ¿qué haces ahí? lárgate de una buena vez —me dice alejandra desde adentro del barandal, sujetando los barrotes con las manos me recuerda a un simio.

—¿no me puedo sentar en la banqueta? uy, qué delicada

—síguele Arturito

—le sigo

—pues sí

—bueno

—...

—¿y tu pinche perro? ¿ya se pudrió?

—icalmada eh! déjalo en paz

—descanse en paz, verdad

—sí, a huevo, que descanse en paz

—¿ya lo enterraste? ¿o lo tiraste a la basura o algo?

—sí, ya

—qué bueno, eh

me acabé el cigarro, tiré la colilla.

me levanto, me limpio las nalgas y sin voltear a verla digo mientras camino:

—te veo el miércoles

—¿qué?

—el miércoles, al cine pues

no me contesta nada, sé que me está mirando espera que regrese para darle un beso decirle perdón te amo vuelve conmigo no tengo que decírselo no dejamos de estar juntos no la amo no quiero besarla quiero que sea miércoles para ir al cine y luego coger toda la noche.

regreso a casa y mi perro sigue ahí, mi madre me sermonea.

—ve a tirarlo ya, se va a llenar de moscas, yo no voy a hacer tu trabajo.

le digo tranquilícese, está bien ya voy, subo a cambiarme. ella se va a sus clases de yoga, bajo al comedor y en la mesa hay un pastel que dice FELIZ CUMPLEAÑOS ARTURITO, puedo distinguir que el pan del que está hecho es integral. mi madre cuida mi sobrepeso.

salgo al patio, me siento frente a mi perro. por cierto se llama greñas. se llamaba.

no lo quiero tirar. desato el tendedero de la pared y con el perro aún colgado subo a mi cuarto. cierro la puerta.

luego bajo por el pastel. subo a mi cuarto. cierro la puerta.

Segundo lugar

El canto de las cigarras

José Carlos Martínez Alanís

Facultad de Ciencias de la
Comunicación

Prepáralo. Colócalo bien. Sí. Así. No le prestes atención a cómo tiembla. Ahora muévelo un poco hacia la derecha. Lentamente. No tan rápido. Un poquito más. Dale, dale, dale, dale... ahí. Detente. Respira hondo. Concéntrate. Mantenlo fijo. Espera... espera... dispara.

Vi cómo cayeron al precipicio los caballos relinchaban al caer el sonido de sus huesos cuando chocaban contra las piedras el carruaje se rompió en mil pedazos como mis compañeros la madera estallaba giraba se perdía en la noche fuego fuego sobre la colina gritaban los niños del pueblo los ruidos del fusil y el ganado que empezó a esparcirse a quemarse muuu muuu las vacas entre la lumbre las mujeres escapaban los hombres combatían los disparos que destrozaban el pavimento y sus cuerpos y sus huesos todo era un amasijo de gritos de confusión de ruido llanto furia por aquí por aquí los soldados gritaban por aquí por aquí las mujeres repetían no hay tiempo de rescatar tus muñecas corre corre no hay tiempo de tener tiempo muévete no hay tiempo no hay tiempo el humo sobre los techos de paja cubría los cerros salimos a medianoche lo único que se escuchaba era el canto de las cigarras y el crujido de los pies sobre las hojas secas agachados entre los árboles la oscuridad sobre la tierra el corazón que se salía del pecho o por la boca estaban

dormidos era una victoria segura los mataríamos mientras dormían robaríamos las municiones la comida y quemaríamos lo demás primero quemaríamos el campamento militar luego el pueblo reaccionaron más pronto de lo que esperábamos maldita sea maldita sea por qué por qué nos atacaron por los lados nos dispersamos ellos ya nos estaban esperando vi a González morir frente a mis ojos mientras él intentaba detener la sangre que salía de sus costillas a Ramírez le volaron la cabeza pero yo me agaché una vez había visto algo así fue cuando mi primo Juan le dio un martillazo a una calabaza las calabazas de su madre las ricas calabazas de mi tía por despecho por no querer ser regañado le metí una buena cantidad de plomo a tres que venían por la orilla del río al cuarto que me salió le di con la culata del rifle y lo dejé inmóvil en el río rojo miré hacia arriba y mis compañeros le habían prendido fuego a la colina olía a muerte teníamos que agarrar veinte prisioneros pero lo más importante era atacar y ganar seguí agachado entre los árboles la niebla empezaba a oscurecer mi vista vi que en una caseta escondida estaba Ibáñez con un comandante enemigo el muy traidor imbécil nos delató nos tendieron una emboscada cómo se reían cómo se reían el muy descarado y el otro también pero no nos detuvieron a tiempo si hay algo que detesto son los traidores disparé mi rifle primero al general y luego me cargué a ese puerco de Ibáñez con mis manos primero quiso agarrar su pistola no lo dejé hacerlo le di con la cara cayó sobre la mesa le quité la pistola la arrojé lejos empecé a golpearlo con mis nudillos en la cara en la mandíbula en la boca cómo disfruté cada golpe le desfiguré la cara de bebé que tenía hice una sopa con ella me reí mientras lo hacía pero bueno ese puerco ya está muerto pronto yo lo voy a estar la verdad nunca hay tiempo para nada los del pueblo no tuvieron tiempo nosotros no tuvimos tiempo yo no tuve tiempo nadie tiene tiempo en verdad cuando me llegaron por atrás cuando

se dan cuenta de cómo usarlo ya se ha ido el mundo no es más que el reconocimiento de una tumba cómo lloré el día en que tuve que dejar mi pueblo yo hubiera preferido tener familia o una hacienda como la de don Jaime pero me vine aquí primero fue por la fuerza ahora ya ni me importa ya no me importa el futuro solo soy un simple soldado un simple trabajador no poseo nada solo mi rifle solo mis pensamientos que van hacia ningún lado pero me lo quitaron me quitaron el rifle no sé dónde está ya no me importa nada solo quiero que acabe todo de una vez y dejar de pensar no quiero pensar unos no tuvieron tiempo yo no tuve tiempo no hay tiempo no hay tiempo no nunca hay tiempo la pared aún huele a plomo todavía está caliente maldita venda me pica la frente esos hijos de la chingada maldito escuincle malditos soldados qué clase de degenerados son morir en manos de ya no importa ya no importa se tardan demasiado y estas pinches cigarras que no se callan solo me ponen más nerv

Hoy es mi cumpleaños. Espero que mi papá me dé algo o hagamos algo divertido. Todo es muy aburrido porque no me deja estar con los soldados. Cuando sea grande quiero ser un soldado. Golpear a los malos, explotar cosas, disparar armas... ¡ojalá que me enseñe a disparar su carabina! Pero bueno, tendré que conformarme con una comida que detesto o estar con mis tías viejas y arrugadas como todos los años.

Tercer lugar

Maté a una persona y no
puedo vivir con la culpa

Juan Alfredo Salazar Marroquín

Facultad de Filosofía y Letras

Un vaso grande de Coca-Cola y unas papas con chingo de salsa. No existe mejor acompañamiento para una noche de series en Netflix. Recién bañado para contrarrestar el estupor seco del verano en el noreste. Puerta cerrada, aire lavado encendido. Televisión Full-HD a 12 meses sin intereses. Clase media, pura vida. Comodidad al alcance de 48 horas/semana de trabajo, salario de recién egresado de la Facultad de Psicología. *Breaking Bad*, la serie de la época. De una época. De una mini-época: puesto que ahora nada se mantiene en popularidad, o así parece. Como si las modas fueran cada vez más pasajeras, las tendencias se sienten barajadas cada que damos *click* a Inicio en Facebook. Como si ese botón virtual, que despliega ese muro virtual de acontecimientos, lo borrara todo y nos obligara a volver a empezar, con otras ideas, nuevos chistes y crítica diferente. A veces puedo ver cinco episodios seguidos sin aburrirme, a veces dejo uno pausado en algún lugar común entre las escenas de la serie y salgo a fumar un cigarrillo. Paz mental de fin de semana. Así me imagino un sábado perfecto. Un sábado como el de hoy. Una noche perfecta: cálido afuera, pero fresco en mi habitación. Series, y porquería para distraer el hambre. Cuando un taconazo en la sien, que me deja la oreja caliente como camisa recién planchada me espabila,

o mejor dicho, me borra a la chingada la añoranza del confort casero. 120 kilómetros por hora en la carretera a China, Nuevo León. Ojos llorosos y aire apestado de tabaco.

—Abre la pinche ventana para sacar las patas.

La puta que me dio el tacón es demasiado alta para caber bien entre las cinco personas que, junto con ella, conformamos los pasajeros del asiento de atrás del carro de mi hermano. La ventana de mi lado se abre con la magia del control remoto y un par de piernas de una blancura más bien sucia se posa sobre el regazo de las otras dos mujeres que nos acompañan. El escenario del exterior se ve como una cinta verde de estampados aleatorios. El tacón descolorido se mece frente mi cara. Voltear al interior de auto es participar en una película que no te gusta. Mi hermano, vista al frente, abre y cierra los puños sin soltar el volante. Bufo. Se ríe de los chistes de sus amigos y de las prostitutas. Su risa se termina un segundo antes que la de los demás, y su concentración vuelve cien por ciento a la carretera. Tengo mayor temor a que nos detenga la policía a que nos matemos. “Mueren cinco muchachos y tres señoritas en Carretera Nacional” es un encabezado que jamás voy a leer y relacionar conmigo. Porque nunca ocurrirá. O porque, efectivamente, estaré muerto. De todas formas el encabezado sería algo como: **IBAN A EXCESO DE VELOCIDAD EN LA NACIONAL Y SE MATAN**. Así con mayúsculas para que, si no escuchó a la señora gritona de la estación Cuauhtémoc del metro berreando la noticia, alcance a ver el encabezado de reojo y le genere suficiente morbo para comprarlo, aun cuando las prisas y el cansancio del trabajo le minimicen a uno el interés por cosas superfluas como esas. Aunque muy elevada, la tasa de accidentes automovilísticos en la carretera no es para nada alarmante entre los ciudadanos, y eso que me refiero solo a los que ocurren en la cercanía; Montemorelos-Monterrey y Montemorelos-Linares. Por el camino a China, con destino a Reynosa, no tengo idea.

Y siendo ejemplo de lo mismo que acabo de criticar, me uno a la cifra de los que les importa un carajo.

Pero añorar no sirve para nada. Ya sabía que esta noche valdría madres cuando mi hermano se fue un rato de la fiesta y regresó más animado, ojos inyectados en sangre. En su ausencia traté de embriagarme para pasar el rato. Digo “traté” porque el alcohol me da asco antes de que lo consiga. La fiesta era de Pedro, un tío nuestro que salió del fango de la economía inestable y se colocó en la elite de China negociando ganado. Habrá cumplido cincuenta y tantos ese día. Hieleras rebosantes de cerveza como cofres piratas. Tequila y limones en la barra. Una botella de Buchanan’s 12 en cada mesa, como si fuera boda de gente que se cree rica. El cabrito empalado en equis y los trozos de res siseando en la parrilla.

—Usted empédese si quiere, sobrino, que ya está grande.

No sé si mi tío Pedro dijo eso porque quería humillarme frente a sus compadres o porque me vio vacilando la misma lata de Tecate. En todo caso sonreí y apuré mi cerveza. Ya me da igual si vomito, voy a seguir tomando. No veo otra forma de soportar la noche si no es embriagándome hasta que amanezca: mi hermano se fue a no sé dónde en el carro, solo quedan mi tío y sus compadres, a quienes muy apenas conozco, estoy un rancho perdido en no sé qué parte de la carretera y no hay camas en la única casucha que más bien la hace de bodega. Resta esperar a que se vayan todos y me lleven a la civilización o llegue mi hermano. Uno de los invitados de mi tío, un señor con barriga de sapo cubierta con una camisa de oficinista, se sienta a un lado mío al regresar del baño.

—Y tú, ¿tienes novia? —pregunta, saltándose cualquier tipo de presentación. Le digo que no y a continuación me cuenta una historia de su más reciente lío amoroso. Mi indiferencia estaba adormecida por el alcohol y el aburrimiento, así que lo escuché.

—Andaba quedando con una muchacha —comenzó su relato—, Anita. Veintiún años. ¡Pero no te creas! Si ya saben lo que hacen, las condenadas. Es una vecinita de nosotros, que siempre va a la casa a ayudarle a mi esposa con el quehacer. Parece que está mensita, pero sí sabe. Sus papás la metieron a una escuela especial, pero n'ombre, yo les digo que pa' qué, que mejor se vaya conmigo de secretaria a la oficina, que vaya haciendo dinero de una vez.

En ese momento me entró una duda, pero no me atreví a preguntar. ¿Estaba hablando de una mujer con retraso? Sin notar que me ponía inquieto con el relato, continuó:

—Y pues, bueno, en una de esas que mi vieja se fue al mercado, que llega la Anita. La invito a pasar. Al ver que no está mi mujer como que se quiere ir, pero no la deajo. Le digo: oye, Anita, qué guapa andas hoy. Se pone toda roja, la condenada. Sí está guapa, eh; güera, ojos verdes. Siempre anda medio despeinada, pero no hay falla. Igual está... —Se muerde el labio, contrae su barriga de sapo—. Ya tenía unos días haciéndole ojitos. Le sonreía y me devolvía la sonrisa, así que aproveché la oportunidad ahora que estábamos solos.

Había una naturalidad en el tono de este señor (del cual no supe su nombre). Un tono que convertía su depravación en una aventura que, en ese momento ignoraba el porqué, pensó que yo tomaría como algo perfectamente normal.

—La convencí de que se sentara conmigo en el sillón. Era domingo y me estaba tomando unas cheves. Le invité una pero no quiso. Le paso la mano por el hombro, despacio para no asustarla. Le acaricio el bracito con intención de pasarme a las tetas. Anita nomás estaba viendo el piso. Cuando le paso la mano por el abdomen, tiembla toda. Me voltea a ver. Se me queda viendo y yo la veo a los ojos también, sin dejar de tocarla. Cuando mi mano sube un poco más, pela los ojos y se pone en pie de un salto. Me tiró la cerveza a la chingada. Se fue

corriendo y aunque le llamé, no me hizo caso. Ya tiene varios días sin venir a la casa. Apenas y saluda a mi vieja cuando cruzan miradas frente a la casa. Obviamente ella no sabe nada, y parece que los papás de Anita tampoco, porque no han armado bronca. ¿Cómo ves, compadrito? ¿Qué le debería decir a la Anita para que me haga caso?

No sabía qué decir. Este señor se sienta a un lado mío, después de haber orinado en una esquina del patio, devorando a tragos su botella de cerveza sin haberse lavado las manos, me cuenta la historia de cómo no logró tirarse a su vecina con retraso mental mientras su esposa estaba fuera de casa. Y encima me pide que le dé un consejo. ¿Qué chingados? Me le hubiera pegado a mi hermano cuando lo vi salir. Me revienta este lugar. Me revienta esta música ranchera con sus acordeones y sus vocalistas que suenan más ebrios de lo que estoy yo. Todos me doblan la edad y no saben preguntar más que en dónde trabajo, y dónde está mi hermano. A mí también me gustaría saberlo, joder. Ah, y este pendejo que me pregunta si tengo novia. No le digo nada al respecto. Me pongo de pie, me disculpo y voy a orinar a la misma esquina que parece fue orinada por todos los invitados. No hay una llave de agua cerca para lavarme las manos. Abro una hielera y me las lavo con el agua fría. Cuando volteo a mi asiento, veo que no está el señor con barriga de sapo, que se unió a las carcajadas en la mesa de mi tío. En cambio, un individuo tambaleante en reflejos, pero seguro al caminar viene cruzando el patio. Se para a un lado mío, saca una cerveza de la hielera donde me lavé las manos y engulle la mitad de un trago. Mi hermano trae los ojos hinchados y rojos, pero la vista igual de fija. Siempre fija al frente.

En ese momento pensé que cualquier situación sería mejor que en la que estaba, es decir, que cualquier otro lugar, a otra hora, bajo otro estado anímico, con otra compañía, etcétera, hubiera sido menos aburrido y pa-

tético. No podría estar más en lo cierto con lo primero; no volví a aburrirme en el resto de la noche. Bastó una pequeña invitación a largarnos de ahí, unos cuantos toques de marihuana... y a rodar. Mi hermano iba al volante, como siempre hace, un amigo suyo de copiloto. Atrás, dos compadres de mi tío, los más jóvenes, uno de ellos su mano derecha en el negocio, y yo. Cinco cabrones con distintas ideas sobre lo que estábamos haciendo ahí metidos. El vehículo: un fantasma de media noche a máxima velocidad. Destino: un prostíbulo. Objetivo: embriagarse. Objetivo real: embriagarse y coger con prostitutas. El tipo que era la mano derecha de mi tío dijo que no habría problema con la lana. El tipo que no era la mano derecha de mi tío comenzó a parlotear algo sobre petróleo y Tabasco e ingeniería, que por su parte, tampoco habría problema con la lana. Yo no tenía un peso en el bolsillo, ni la intención de presumir al respecto.

Llegamos a El Diablo. Un pequeño edificio en medio de la nada. Habían pasado cinco minutos desde que entramos hasta que nos atendió alguien. Cinco minutos de estar parados en la entrada viendo el transcurrir de la acción. Mujeres guapas bailando con hombres feos. Mujeres feas bailando con hombres todavía más feos. Más música de rancho, más cervezas; todos con cerveza en mano. La persona que nos atendió era el dueño de El Diablo, un señor cuarentón vestido totalmente de seda rosa y amarilla, reloj y cadenas de oro. Nos condujo a un área con asientos para los cinco. Sus movimientos eran más delicados que los de la mayoría de las mujeres de la pista.

—¿Traen dinero? —dijo.

—Una cubeta de cerveza y unas muchachas para platicar —respondió el tipo que era la mano derecha de mi tío.

El señor vestido de seda desapareció entre el humo de cigarro. De entre ese mismo humo aparecieron tres mujeres. Una traía la cerveza. Se sentaron con nosotros

y el grupo empezó a parlotear estupideces. En un instante se vació la cubeta de cervezas. Ni el petrolero, ni la mano derecha de mi tío, ni mi hermano, ni el amigo de mi hermano quisieron pagar otra ronda. Alguien hizo la sugerencia de salir de ahí e irnos todos a un motel, a seguirle. Las chicas preguntaron si traíamos dinero. La misma persona que sugirió el motel dijo que sí. Ya estábamos por salir cuando nos interceptó el dueño. Apenas y era la una de la madrugada, no podían irse tres de sus muchachas. Con un billete de quinientos pesos cambió todo. Pásele. Vuelva pronto. Algunas indicaciones a las prostitutas de parte del señor vestido de seda, con cadenas y reloj de oro. Una de las mujeres dijo: “Yo quiero al güerito”. Todos rieron, yo no. La vi de arriba abajo y pensé: *why not?* Todos encaramados en el carro de mi hermano. La que pidió al güerito se sentó en las piernas del güerito. Ella estaba muy pesada, yo excitado e incómodo.

—Vamos para el California —dijo la prostituta más alta de las tres, mientras trataba de acomodar sus largas piernas tras el asiento del conductor.

A nadie le pareció interesante el nombre del motel. Sonreí en la soledad de quien es el único que entiende la ironía. Y si nadie la entiende a excepción de una persona, ésta se anula. No dije nada. El aburrimiento de la fiesta del tío Pedro quedó en el pasado. Ahora había mujeres, marihuana y velocidad; nuestra propia fiesta cliché. Sin cabrito empalado o señores que intentan seducir jovencitas con discapacidades mentales. Encendí un cigarrillo. Las ventanas traseras del carro iban abiertas solo unos centímetros, suficiente para que entrara aire fresco, pero no para que saliera el impregnado por el humo. Estaba mareado y excitado por el roce de las piernas de la mujer que tenía encima. Por un minuto no quise estar ahí. Pensé que sería más cómodo estar en mi casa, descansando. Fumando ese cigarrillo en el porche o viendo una serie cómoda en mi habitación. Pero estaba en medio de la

nada, medio drogado, apretado en un carro entre un montón de gente ebria o drogada o ebria y drogada, o no sé. La consciencia de lo que me rodeaba volvió a mí de un taconazo en la cabeza. Cuando estamos en una situación incómoda o fuera de nuestro control pensamos: “Mañana (o pasado) va a ser lunes y mi vida va a continuar normalmente. Esto no va a durar para siempre. El próximo fin de semana seguro lo uso para descansar y nada más”. En la recepción del Motel California me sentí mejor. Caminé un poco para estirar las piernas. Cuando me di cuenta, ya no estaban ni mi hermano, ni su amigo, ni el tipo que no era la mano derecha de mi tío. Por eliminación se sabe que me quedé con la mano derecha. Los otros ya estaban en algún cuarto, dormidos o qué sé. Dos de las prostitutas se quedaron con nosotros. Una para ti y una para mí, no te preocupes por la lana; el tipo que era la mano derecha de mi tío era agradable. Rentamos una habitación con dos camas. Nunca había tenido relaciones con una prostituta. Nunca había tenido relaciones a un lado de otra pareja que está teniendo relaciones. Pero no había marcha atrás. Seguía excitado. La misma mujer que quería al güerito estaba con el güerito, besuqueándolo en el cuello y acariciándole el miembro por sobre el pantalón.

—Oye, pero cobro, ¿sabes? —Me dejó de acariciar al soltar la frase, y como si el tipo que era la mano derecha de mi tío fuera solo nuestro espectador alzó la voz al escuchar eso.

—¿Cuánto?

—Quinientos —respondió mi compañía.

—¿Por las dos?

—Quinientos cada una.

—Quinientos por las dos —ofertó el tipo que era la mano derecha de mi tío.

—Cada una.

Yo posaba la mirada en uno y luego en el otro, según

iban hablando. Estaba a la expectativa de lo que pasaría. Y justo pasó lo que no esperaba. El tipo que era la mano derecha de mi tío se volteó hacia la pared, y sin voltear a ver a las mujeres o a mí dijo: “No. Váyanse, mejor. No queremos nada”. Las prostitutas, obviamente indignadas se levantaron, tomaron sus cosas y salieron por la puerta con la cabeza en alto. La mujer que quería quedarse al güerito no miró al güerito al irse. El güerito ya no estaba ahí, ya no le importaba. Estaba perplejo. En contraste con la fiesta de mi tío, sentía que todo iba demasiado rápido. Fui al baño a vomitar. Al volver a la habitación el que era la mano... bueno, Carlos, estaba sentado en el borde de una de las camas.

—Tu tío nos contó que estudiaste psicología —dijo—. ¿Te importa si te cuento algo que me pasó?

Supuse que no tenía opción, que de todas formas nos quedaríamos ahí a pasar la noche. Pensé en el señor con barriga de sapo que me abordó en la fiesta. Probablemente buscaba alguna especie de consejo profesional de mi parte. Lo cual, aun cuando yo tuviese la disposición de hacerlo, no estábamos en el medio adecuado. Acepté la petición de Carlos, explicándole que lo escucharía, mas que probablemente no podría hacer mucho por él sin estar en una terapia formal. Carlos comenzó su historia.

—Un jueves en la noche me fui a la cantina, como hago casi todos los jueves. Me tomé unas cervezas y jugué dominó con los parroquianos de siempre. Al día siguiente tenía trabajo con tu tío, y pues ya estaba por salir a eso de las diez y media de la noche. Esa vez tomé más de la cuenta. Me temblaban las piernas y no enfocaba del todo bien. A pesar de eso decidí manejar a la casa. Todo bien hasta el momento. Después de un tramo de carretera, entré en la colonia donde vivo. Al doblar en una esquina, apenas un par de calles antes de mi casa, me llevo de encuentro a una pareja que va cruzando de la calle con su hija. Iban de la mano los tres, la hija en medio. Era una niña. Nueve

años apenas... —en esta parte del relato Carlos no se puede contener y llora. Después de una noche de andar en la carretera, tomando cerveza y fumando, riendo y a punto de pagar por sexo en un motel, uno no piensa que tu compañero de juerga ha matado a una persona, aun en un accidente. Uno piensa que es una noche cualquiera, en la que te estás perdiendo de ver series o descansar en casa, que el lunes volvemos a la normalidad, que la vida sigue ilesa de tragedias.

Carlos continúa entre sollozos:

—Me llevé a la familia completa de encuentro. Los padres, que son jóvenes, sufrieron heridas no demasiado graves. La niña... la pobrecita quedó debajo de la llanta derecha. No se pudo hacer nada por salvarla. Cubrí los gastos del hospital. Pagué la fianza y salí sin pasar mucho tiempo en el bote. No pude pagar los servicios funerarios. La familia no me lo permitió. No me quieren ver, ni aceptan mis llamadas por teléfono. No sé qué hacer. Le arrebaté la vida a una criatura que tenía mucho por delante. Le arrebaté una hija a unos padres, una nieta a unos abuelos, una hermanita a... ¿Qué hago? Ya no puedo con la culpa. Paso un rato sin pensar en eso, pero cuando estoy solo, o cuando veo a una niña en el parque o cruzando la calle, pienso en la pobre chiquilla que atropellé... en la que quedó destrozada bajo las llantas.

Me miró un momento con ojos de cachorro, buscando una respuesta.

No tiene que seguir viviendo con la culpa, Carlos, puede superar esto. Le recomiendo que entre a terapia profesional. Yo ya conviví con usted fuera de ese ámbito y no puedo servirle sin hacer un juicio con algún grado de subjetividad. Puedo darle información de psicólogos que pueden atender su caso. En eso sí puedo ayudarle... Eso pensaba decirle, pero mientras me miraba buscando respuesta a sus preguntas o solución a su problema, sonó su teléfono celular. Contestó. Escuchó con atención. “Tú tío Pedro”, me susurró sin dejar de escuchar.

—Sí, aquí está... ¿Se lo paso? *Okay*... Sí... Bueno. Oye, pregunta tu tío que por qué no contestas tu teléfono celular —me dijo mientras tapaba la bocina de su teléfono.

Busqué en mi bolsillo y entre las sábanas. Busqué en el suelo de la habitación y revisé en el baño. Mi celular no estaba. ¡La muy cabrona! La prostituta que quería al güerito le robó el teléfono celular al güerito. Mientras Carlos trataba de contentar a mi tío.

—Sí, Pedro... No, Pedro, no tiene el teléfono. Se... le... perdió en algún lado... Bueno, Pedro, ya vamos para allá. No te preocupes... Sí, yo lo cuido bien. *Bye*.

Mientras Carlos, el tipo que era la mano derecha de mi tío estaba discutiendo por teléfono, recordé que *Breaking Bad* se había quedado muy bueno. Me recosté sobre la cama y cerré los ojos. El lunes me compraré otro teléfono, quizá un iPhone.

Mención honorífica

Hospitalidad malagradecida

Martín Alejandro Morales Garza

Facultad de Filosofía y Letras

Independientemente de si la madama de las cartas prohibidas por Dios tuvo la razón o si el sacrificio de mi primo no fue en vano, las únicas culpables de todo aquello que pasó fuimos nosotras: las que le dimos asilo a la fría y calculadora pieza del malévolo rompecabezas.

Aquella noche no lograba conciliar el sueño, no supe si se debió en parte por el resultado de mi examen médico en el que sentenciaba con frialdad que la tiroides se encontraba en mi sistema inmunológico o porque estaba en ese lapso que aparece al mes y lo que intensificó aún más ese impedimento, fue la presencia de “una intrusa”, es decir, la amiga de mi abuela dormía en la cama seguida de la mía y dicha representación, lejos de causarme molestia, sencillamente me incomodaba.

En ese instante, jamás sospeché que me rendiría ante Morfeo y el escenario lúgubre de mi habitación adornada con imágenes católicas, se tornó en un pantano del que deseaba escapar, porque una vez dentro de esas aguas lodosas, mis brazos y piernas se atiriciaban a tal grado de anhelar hundirme, pero en la orilla, un pequeño niño me pedía que lo rescatara; pude notar rasguños en su tórax y un rastro de llanto en su cara angelical. De pronto, una húngara lo cargó y señaló: “Aerosol de pintura negra”.

Me levanté lo más rápido posible mientras esa indicación resonaba en mi mente. Sin encender la luz

de mi cuarto ni de la sala, corrí hacia el estante debajo del fregadero y ahí estaban los dos aerosoles que había comprado hace siete meses. Por un instante, la noche tranquila se vio perturbada por el aplaudido quedito de algo. Salí y en pleno patio estaba ese árbol que siempre ha formado parte de la casa, el cual se supone protege el segundo piso, que es donde Claudia —mi hermana— y su familia —esposo e hijo— habitan.

En dirección a la morada de mi hermana, vi como Alfredo —mi cuñado— intentaba sin éxito despertar a Claudia mientras ella parecía estar profundamente dormida, el terror fue aún mayor al presenciar cómo mi sobrinito convulsionaba dentro su cuna. No estaba pasando eso, no lograba concebirlo como algo lógico y el suceso giró de tal modo que no pude creer lo que estaba por contemplar: cuatro lechuzas estaban reposadas en una esquina cantando y alzando pacíficamente sus alas.

Le di un coscorrón a Alfredo, me prestó atención y sin hacer ningún ruido, captó que debía de hacer lo que le indicara con la mirada o en efecto, con lo que yo traía en mis manos. Agarró un aerosol y al mismo tiempo que vociferábamos palabras altisonantes rociamos pintura negra en el rostro de las criaturas. Huyeron despavoridas.

Cargué cuidadosamente al pequeño César, bajé lo más rápido posible y al recorrer la cocina, sala y recibidor, fui gritando que se levantaran, que el niño y Claudia necesitaban ser trasladados a la clínica. Una vez fuera de la casa, olvidé que no traía llaves, pero Alfredo no tardó tanto en aparecer con las llaves y mi hermana en sus brazos.

Lo importante no fue lo que ocurrió inmediatamente fuera de la casa, sino lo que pasó a la semana. No solamente la amiga de mi abuela se había marchado de la casa alegando que ella veía muy anticristiano lo acontecido con las criaturas aladas, sino que antes de marcharse dejó una nota en la que agradecía nuestra hospitalidad, pero que ella fue la responsable de tal suceso paranormal con mi sobrinito como objetivo y de manera críptica dejó un

mensaje, el cual Pedro —mi primo— descifró y resultaron ser una serie de coordenadas.

Junto con Alfredo, dimos con el lugar, armados con el hacha de mi abuelo, dos rosarios y dos aspersores con agua bendita, nos adentramos en una de las casas emblemáticas del área metropolitana. Basta decir que está rodeada de leyendas urbanas y un homicidio que la marcó con la etiqueta de “casa maldita”.

Al concluir el recorrido en las habitaciones y de haber sentido una terrible pesadez en el ambiente, hallamos los motivos de esta misión: las brujas.

Mi cuñado enterró el hacha en la cabeza de una de ellas, las demás se despertaron con violencia e intentaron escapar, pero les rocié agua bendita y cayeron convulsionando mientras que sus alas se agitaban tan rápido que eran imperceptibles. Recordé lo que la húngara me había contado hace unos meses, que rezara las doce verdades del mundo y lo hice... Al término de la oración, Alfredo ya había asesinado a dos de las cuatro lechuzas, abrió desesperadamente el disparador del recipiente con líquido bendecido y empapó los restos de las criaturas. Una del par que quedaba, se incorporó y antes de que protagonizase uno de los momentos más aterradores de mi vida, emitió un sonido desgarrador y melancólico, para dar inicio al acto de transformación en el que una mezcla de crujidos y rompimiento de huesos dejó como resultado una mujer mayor con físico voluptuoso y con restos de suciedad en la totalidad del cuerpo. Nos dio la cara y notamos el chisguete de pintura negra en su rostro, pero eso no fue todo. Su versión humana resultó ser la hermana de la señora que acogimos en mi hogar.

La apóstata suplicó por perdón, incluso, nos ofreció todo lo que quisiéramos, desde lingotes de oro hasta dinero en efectivo, todo eso en un abrir y cerrar de ojos, lo cual Alfredo aceptó sin titubear.

Ella cumplió con el soborno, pero mi cuñado no iba a quedarse con los brazos cruzados y estampó el rostro

de la anciana en una pared que contaba con un inmenso fierro. La cuarta lechuza intentó huir, la seguí con la meta de asesinarla, pero chocó y se descalabró. Busqué a Alfredo y lo encontré desmembrando a la bruja, me miró con agresividad, se quitó el saco e introdujo el botín de la vieja.

No nos perdonaríamos por lo que sucedió después. Donamos el dinero a varias instituciones, las cuales todas sufrieron acontecimientos funestos y angustiosos, como el de los huérfanos, que sufrieron quemaduras por un accidente que no cuenta con una explicación coherente sobre su origen; el de las jóvenes embarazadas que padecieron terribles malestares guiados hacia el aborto y por último, pero no menos escabroso... El del asilo de ancianos: Un grupo de narcos se refugió en dicho lugar, los tomaron por rehenes y la pésima táctica por parte de las autoridades provocó que la gente mayor en su totalidad muriera debido a la tortura por parte de los delincuentes y por la impresión del hecho en sí.

Los lingotes trajeron tales penurias, que decidimos enterrar el oro en un lugar que no revelaré en este testimonio, sobre todo porque es imposible acceder a dicha vivienda debido a la vigilancia permanente y sobrenatural que ahora impera en dicho territorio.

Tres años han pasado. En ese tiempo, nos enteramos que esos seres se hacen llamar chorcas, que no debimos asesinarlas debido al mal augurio que deja como mancha permanente en el victimario por tal escabroso suceso. Claudia no recuerda lo sucedido, pero eso no influyó a favor de Alfredo, que días antes de morir en un accidente automovilístico, abandonó sin explicación a su familia.

Yo, pues... Dejo esta extensa carta con la excusa de no añadirle locura, depresión o melancolía a mi deceso. Es por miedo a la tortura en vida, por la que he decidido marcharme de la manera más patética, pero al mismo tiempo, liberadora del maleficio de las apóstatas.

Mención honorífica

Un cuento

Darío Arturo Méndez Sánchez

Facultad de Ingeniería Mecánica y
Eléctrica

¿Dónde encontraré la inspiración? ¿Dónde en este día cuando la tierra es de otro color? Si ya no hay más de donde sacar vacíos existentes, ni matices para los infelices, ¿sobre qué escribo? Si las ramas de los árboles son las mismas manos que hace un año. Si los poemas son copias con palabras rotas. Si “Triste canción de amor” suena como una balada melosa y las luces amarillas enmarcan los rostros cansados en la abisal vida de tufo ancestral. Piensa. Escribe.

Toma nota: Son las 10:07 en París, pero no hay ningún hombre lobo para tragarse tus locuras. La luna no está llena nunca, y las rosas se secan sin que lo notes. Hace frío y no las has de arrancar. Aun así lo haces y te rasgas con tres espinas, dos en el dedo índice y una en el dedo medio. Recuerdas tu enfermedad de sangre azul y te preocupas porque nadie ha de saber que has salido a ver a tu amante ocasional. Una francesa del sur que dice *Je t'aime* con tal sensualidad, que jamás se acostaría contigo si supiera de tu enfermedad.

No, no, no: Es mediodía en la pirámide de Cholula. Estás paseándote de aquí para allá con tu amiga de la infancia. Luego de besarse un poco, vas buscando un cuarzo rojo, uno azul y dos verdes para poner en tu colección. Encuentras una cabeza de Quetzalcóatl en barro rojo, la

compras y salen a la plaza por una nieve. Te preguntas si alguien pensará en tí a quinientos kilómetros de distancia. Casualmente, en ese momento nadie lo hace.

No... Mejor ésta: Te bajas del autobús, agitas tu cabello al aire pero ni siquiera se mueve. Estás deseosa de llegar a la entrevista porque sabes que tienes una verdadera oportunidad para el puesto de gerente ejecutiva. Caminas tres cuadras con esos altísimos tacones que esconden tu bajísima autoestima. Entrás. Subes. Saludas. Esperas. Entrás de nuevo. Y ahí está, el gerente corporativo de la multinacional oftalmológica más grande de la región. Te ve muy ajustada mientras te pide tus datos, tu edad y casi hasta tu talla de sostén. La plástica se hace más extraña, un tanto desviada y te preocupas porque nadie toca la puerta. La incomodidad crece, sube por tus dedos a tus pantorrillas, llega hasta las rodillas, aterriza en tus suaves muslos, te sostiene la ancha cadera, agarra tu liviana cintura, sigue creciendo y se clava hasta el pecho, camina por el cuello, hasta cosquillearte las orejas, por entre las muescas del deseo y te llenas toda de una sensación exci... extenuante.

No me convence... Y si: Te paras en la orilla del trampolín. Estás ante varios cientos de espectadores, en una alberca olímpica internacional. El sol cae ruborizado en el horizonte de República Dominicana. Entre los gritos y el silencio irresistible sientes cada músculo entrelazado por tus tendones. Estás listo. Practicaste varios años para esto, nadie puede cambiar eso. Recuerdas, justo antes de saltar, cómo llegaste a este lugar. Un niño, hijo de mexicanos indocumentados en Los Ángeles. Tu hermano muerto en una riña de pandillas en la 28 Street, y tu padre asesinado a golpes por dos policías gringos. Te resbalas un milímetro, que se vuelve un centímetro, y luego un metro, y diez y varios más. Caes y...

Ah... Muy predecible. Mejor dos personajes: Entran el señor y la señora McFarland de su pequeño departamento

en el centro de Seattle. La señora McFarland tiene treinta y dos años de casada con el señor McFarland. La mujer, adicta a las compras por internet, intenta hacer un pedido de tres almohadas (completamente inservibles) por un excelente precio de 45 dólares. El señor McFarland se niega a seguir gastando su pensión de veterano en esas tonterías. La señora McFarland entra en un ataque de cólera, que se suma a la reciente dosis de medicamento que ha tomado. Una mezcla realmente peligrosa. La señora McFarland va perdiendo la discusión, lanza el sartén que cae al suelo a plomo, después de rajarle la frente al irrecuperable señor McFarland.

No, ese no... ¡Ya sé! Una nota...

(Recuérdate quitar los paréntesis) Esta es la historia de un hombre que dejó de serlo para verse convertido en un “orate”, vulgarmente (*cambiar por: normalmente; quizá*) conocido como “loco” y en los barrios de mala muerte dícenle (*revisar la conjugación del verbo decir*) “desorden de esquizofrenia tipo paranoide de etapa dos con posible daño neuronal”. Vaya mierda de gente (*¿personas? No creo*).

Había llegado hacía tres años creo, menos o más, más o menos, menos, si no me equivoco; yo (*yo, yo, yo y yo, y/o yo, y o, o yo, o tú, o yu, o yo*) creí conocerlo bien (*un poco*), pero ahora solo, solo, solo no sé. Parecía un buen tipo, sí; pero su locura no lo hace (*¿sigue vivo? No sé aún*) malo, pienso; pero en verdad que no sé. Decía, solía, decir, contaba y solía contar, cómo es que devoraba personas, sí, personas. En sus sueños o tal vez seguía despierto, ni siquiera él lo sabía. Había comido ya alrededor de 15 personas, (*¿15? ¿O me faltó contar a los que ahogaba en la ducha, para hacer sopa? ¿O me faltó un cero en mi cuenta?*) ya no sé si era realmente un caníbal o soñaba serlo; o si yo soñaba que lo era (*¿yo era?*). A pesar de todo,

contaba con tanta ternura y pasión, cómo es que la médula humana tiene un olor sumamente peculiar, y un sabor extraordinariamente vulgar; al principio tocó repetidas veces a mi puerta para invitarme a cenar (*acepté muchas veces, tiempo después*) pero nunca acepté. No tenía miedo, pero prefería alejarme del asunto mientras pudiera; al principio lo evitaba cada vez en la escalera; yo saludaba discretamente e intentaba no hablar demasiado con él aunque quisiera; solía llevar muchas mujeres a su (*alacena*) departamento; siempre hacía mucho ruido con ellas (*aquí las paredes no comen los ecos, los hombres comen sus ecos*). Parecía tener un gran trabajo, un sueldo suficiente como para mantenerse, e incluso a una familia (*nota: no entiendo por qué vivía en ese departamento. nota: borrar nota.*).

Topé con él ese día: miércoles 24 de abril de 1991; recuerdo bien la mañana, entregué la última pieza de papel en el mostrador de la editorial (*qué mísera novela que jamás pensé en releer*), después seguí rumbo a casa, unas cuantas cuadras solamente, era lo mejor de trabajar con aquella (*ahora no existe, ¿como él?*) nueva editorial. Olvidé las llaves, seguramente por la emoción, y en ese momento, salió este hombre, que parecía estar en un día de descanso, me reconoció y abrió rápidamente la puerta, en bata, con un café tibio a mediación y una mordida de galleta o quizá pan en la mandíbula. Me invitó a pasar a su cómodo hogar (*tenía hambre tal vez, pero no me devoró, tal vez porque era un vecino y no lo llenaba de aquella emoción, no sé*) y acepté discretamente. Hablamos por varias horas gracias a su facilidad de lenguaje, me agradó aquel hombre; cada viernes o jueves o miércoles o martes o lunes o domingo o sábado o viernes o jueves o miércoles o martes o lunes o domingo o lunes o martes o miércoles

o jueves o viernes o sábado o domingo o lunes o martes o miércoles o jueves o viernes o sábado o domingo o sábado o viernes o jueves o miércoles o martes o lunes o miércoles o viernes o martes o jueves o sábado, él me invitaba a comer o a ver los partidos del equipo local (*acepté cada viernes o jueves o miércoles o martes o lunes o domingo o sábado o viernes o jueves o miércoles o martes o lunes o domingo o lunes o martes o miércoles o jueves o viernes o sábado o domingo o lunes o martes o viernes o jueves o miércoles o martes o lunes o miércoles o viernes o lunes o miércoles o viernes o martes o jueves o sábado, su invitación*). Pasamos así, de hablar de fútbol a hablar de mujeres, a hablar de cervezas, a hablar de mis novelas, a charlar de sus inversiones cuasimillonarias, a referir de cómo me faltaba para sobrevivir y a concluir de cómo él AMABA comer personas. Me contó y supe que era verdad, pero perdí la noción del mundo primeramente al ver la cabeza congelada en el segundo refrigerador (*comimos un poco con vino francés*), alarmado salí a mi apartamento, pero volví otro día y comimos un poco con vino francés. Es difícil rasurar la cabeza antes de meterla al horno (*no te gustaría que la gente oliera el cabello quemado por los pasillos y comenzara a preguntar cosas extrañas, que a ellos nada incumbe*) y también retirar de las cuencas los ojos, para prepararlos como huevos tibios o de separar el esternón con simples herramientas de cocina. Tenía al paso de dos años, un colchón de cabellos humanos, mucho mejores que las plumas de ganso o los soportes ergonómicos para la espalda (*tenía todos los aromas concentrados, jugosos y penetrantes durante la noche*). Empecé a cuidar más mi imagen (*nadie podría así sospechar de mí... nosotros*). Empecé a conocer nuevas

personas (*muchas, demasiadas, muchísimas, realmente un inmenso número*), de esas que solo van por la vida buscando diversión momentánea, son las más suaves (*claro que sí*), no se estremecen tanto cuando las golpeas o las serruchas, les gusta la adrenalina y lo saben.

Uno se vuelve adicto (*a la carne, a los huesos, a los tendones, a los cartílagos, a desmenuzar, a cortar, a separar, a freír, a sofreír, a rostizar, a empanizar, a marinar, a suavizar, a saborear, a masticar, a tragar, a desayunar, a comer, a cenar, a matar*). Había probado ya a blancos, a negros, a jóvenes, a viejos, a hombres, a mujeres, locales y foráneos. Había probado incluso a mi persona (*un par de dedos no le faltarán a nadie*); pero siempre queremos más, y más y más y + y más. Solo quedaba uno a quien probar, el mejor sueño de un come hombres (*yo*) es probar a un caníbal (*él*).

Tanto me haría falta (*sí que lo haría*), lo sé, mi maestro, guía en mis malos momentos; quien me quitara la sangre del rostro y que me ayudara a separar los tendones del hueso. Aun así, estaba loco (*me contradigo*). Debía probarlo, probar a un loco, un caníbal, un loco (*pero jamás malo, no un loco malo, existen de locos a locos claro está*). Tan fácil como a los demás, cayó él; uno jamás se espera este tipo de cosas; una cacerola de agua hirviendo en el rostro tira a cualquier hombre (*incluso cuando la sostuve*). En el piso no podía hacer nada, y él lo sabía, estaba ciego, jamás podría recobrar la vista, ni tal vez el olfato (*si es que salía de esta ["claro que no saldría", pensé]*), me dolía eso, no lo quería ver sufrir más, tomé su gran mesa de vidrio (*sí, la que importó de Praga*) y la tumbé sobre su pecho tembloroso (*qué desastre, pero no murió*) y seguía respirando y no podía dejar de jadear y decidí y empecé y lo tomé y la bañera y la entibí.

Ve la fecha. Hoy hace cinco años ya que lo conocí (*nos extraño*); un miércoles como hoy (miércoles 24 de abril de 1996). No lo pude saborear, tuve miedo, miedo hasta los huesos, hasta el tuétano; preferí dejarlo a su suerte y hui; hace unos dos años que no tengo el mismo nombre, ni el mismo apellido, ni el mismo color de cabellos ni el mismo número de ellos. Lo mejor fue borrar algo de ese quien que me llamé alguna vez, ese alguien ser que fui algún momento y que seré algún instante próximo (*mucho muy próximo*). El doctor me pidió quedarme en este recinto, luego de intentar comerme su mano (*muy grande muy jugosa*); solo iba a un chequeo rutinario, pero bueno, hay mucha carne fresca por los alrededores; hoy me llaman con un número, y el gobierno paga por mi estadía aquí, es extraño, nadie quiere que vuelva a salir, incluso cuando nadie sabe mi pasado (*solo nosotros tres*) solo piensan que estoy —enfermo— o algo por el estilo, pero yo sé que no lo estoy. El blanco de mis prendas me dice que no lo estoy, yo puedo imaginar cualquier prenda que quiera, un pantalón, un smoking, una playera de playa, un traje de buzo, un paracaídas, todo y nada; también tengo cualquier corte que quiera, puedo ponerme cabello rubio, castaño oscuro (*corto y largo también*); me gusta imaginarme con la ropa de mis amigos, esos que llevaba a mi apartamento para cenar, justo cómo en aquel momento: usar sus cabellos, verme en sus rostros, ponerme sus ropas, sus narices, sus pieles, sonreír y mirarme al espejo. El blanco de mis paredes me dice que no lo estoy (*—enfermo—*), yo puedo imaginar cualquier pared que quiera, mi pared de hace 6 años con papeles y escritos basura en el techo, o la de hace 3 años, con bellos y regocijantes meñiques izquierdos entablados gracias a mi bello martillo y todos los colores

de ojos en mi jarrón de flores, o la de ahora blanca como las nubes, bellas nubes, todo y nada.

Como dije al inicio, dejé de ser hombre y me han llamado de múltiples maneras; todas incorrectas, todas absurdas. Solo me queda esperar, aquí escribiendo, debajo del escritorio del “Doctorcito”, esperándolo (*ya lo estoy masticando, saboreando su débil cuerpo, crudo, sin alma, sin corazón porque ya me lo he comido todo*).

Pronto vendrán a buscarme, espero que puedas leer esto viejo querido amigo (*espero que alguien te busque, o yo lo haga, y que nos veamos de nuevo*) pero tal vez lo lea alguna estúpida mujer de este absurdo hospital, o un inepto hombre en traje de policía; nadie jamás comprenderá, lo que es no dormir por las noches, gracias el temor a ser devorado, pero yo sí.

Dedicado para él (mi viejo mejor amigo), el caníbal.

Robert
14-IV-1996

Me gusta así.

Mención honorífica

OXXO I love you

Liliana Iveth Luna Flores

Facultad de Filosofía y Letras

Tomar. No tomar. Un poco de dinero del cajón. No se va a dar cuenta. Él está en el hospital. Muriendo de cáncer. Yo quiero ir al OXXO. Comprar cerveza. Qué hijo de puta. Literalmente. Bueno. Mi madre no es una puta. Pero es como si lo fuera. Y él está tirado. En esa pinche cama. No he ido a visitarlo. Porque soy un puto cobarde. Laura ya me lo dijo. Mi exnovia. *Eres un puto cobarde. Te la pasas embriagándote como el mocoso que eres. Tus amigos ricos te pagan el pedo. Ni tienes que salir de casa. Cabrón.* Laura me dejó hace mucho tiempo. Se dio cuenta que yo no era un escritor. Solo soy un adolescente de mierda. Me gusta leer. Coger. Ponerme pedo. La mayoría de los días. Un *poser*.

Es evidente. Después de haberla decepcionado. Se fue con su mejor amigo. El poeta. El que escribe versitos. Y gana becas. Becas y premios que pagan el pedo a la puta de Laura. Bueno. Basta de putear a las personas. Solo tengo que ir a la habitación de mi padre. Abrir el cajón. Tomar un sorjuana. Y chinguesumadre. Él tiene cáncer. Yo no. Llevo dos semanas sin ponerme pedo. No mamen.

Salgo al patio. Allí está Nacho. Busca no sé qué madres en el pasto. El que hace unas semanas mi padre me pagó por adelantado para que lo cortara. No lo corté. Nacho viene. Se para en dos. Casi me tumba. Le digo *hazte a la verga*. El puñetas no entiende. Cómo va a entender. Todos

los perros son unos pendejos. Subo a la banca. Enciendo un cigarro. Imagino a Laura en esa pared. Sonriéndome. Sus nalgas. Oh sí. Luego imagino cómo me acerco por detrás. La toco. Ella sigue sonriendo. Dice *subamos a tu recámara*. Pero. Recuerdo. Nunca. Cuando fuimos novios. Nunca quiso subir a mi recámara. Después. Presente. Debo ir al OXXO. Mierda.

Hace dos semanas que no tomo por Laura. Me retó a que no tomara. Según tampoco ella lo haría. Me lo escribió en un correo. Le creí. Hasta fui a la facu sobrio. Entonces empecé a correr en las noches. Tanta pinche cerveza había dejado en mí a un panzón. No el esbelto que era. Un cabronazo que no podía competir con el nuevo novio de Laura. Después de correr comencé a sentirme mejor. Saludable. Guapo. Buena persona. Como a ella antes le gustaba. Noble. Pensé que tal vez volvería a excitarla. Volvería conmigo. Dejaríamos de sostener una cerveza en la mano cada vez que nos viéramos. Haríamos el amor. Delicadamente. Me diría *te amo*. *Tú eres mi niño*. Pero. Eso nunca me lo dijo. No era su niño. Nunca lo hicimos delicadamente. No volvería a mi lado.

Aun así.

Fui fuerte.

Pero hoy.

Hago un recuento. Hace unos días que mi padre orinó sangre. Lo llevaron al Doctors Hospital. Diagnosticaron cáncer de pito. Ajá. Todos fueron a verlo. Yo no. Ni madres. Me quedé en mi cuarto. Queriendo hablar con alguien. Con Laura por ejemplo.

Antier la vi en la facu. Le dije *Laura*. *Ya no puedo venir a clases*. *Mi padre tiene cáncer*. Se asustó. Me abrazó. No le importó que nos vieran. La tomé de la mano. Quise llorar. Bueno. Solo quería un poco de su lástima. Soy un pendejo. Como un perro. Hablamos. Hablamos de mi padre. Habló de que ella también llevaba días sin pistear. Me dijo que no fuera a caer otra vez en las pedas. Fui a

casa. Me encerré en el cuarto. Nacho ladraba. Le arrojé un libro por la ventana. El Quijote en edición de lujo. No le atiné.

Y hoy. Hace rato. Puta madre. Entré a su Twitter. Vi que escribió que se sentía mal. Por los que tienen cáncer. Que nunca había pensado en ellos. Su último tweet decía *¡SALUD!*

Entonces pensé en ir al OXXO. Mi segunda casa. Todo se arruinó cuando me di cuenta que no tenía dinero. Me gasté el dinero del pasto. En las dos semanas. En comprar cigarros. Y powerades. En ponerle saldo a mi celular. Para hablar con Laura. La puta de Laura. La madre Teresa de los que tienen cáncer.

Veo a Nacho otra vez en el patio. Salta. Veo la recámara de mi padre. Antes no tenía cáncer. Un día le dije que tendría cáncer. Por sus putos enojos. Y ahora lo tiene. Mañana quizás no. Cuando vuelva. Le diré *he tomado un poco de tu lana. Padre*. Escribiré un correo a Laura.

No.

Pongo la correa a Nacho. Babeamos. Salimos a pasear. En el parque intenta huir detrás de un gato. Le quito la correa. Yo también quisiera largarme. Lo dejo.

Vuelvo. La casa está sola. No hay nadie aquí que tenga cáncer. Ya mero es la una. No hay nadie aquí pendejo como un perro.

Voy a la recámara de mi padre. Abro el cajón. Un sorjuana. Mejor dos. Después de la una ya no venden cerveza en el OXXO. Recuerdo. Después de la una ya no hay pacientes con cáncer despiertos en los hospitales.

2014
Categoría Preparatoria

Primer lugar

Surcando las alas
Angela Nadine Huerta Alemán
Preparatoria No. 9

Una mente surrealista es lo último que se necesita para entender las complejidades de la real inimaginable; enciende tu mente y apaga los ojos, porque lo único visible a tu alrededor es la nada.

La mañana era fría como una roca y mis pantalones de mezclilla estaban perfectamente bien ajustados a mis piernas, el viento soplaba lento y seguro entre mi cabello —sus intenciones de despeinarme eran claras. Tomo un pequeño mechón de pelo entre mis dedos índice y medio y lo coloco desesperadamente detrás de mí oreja izquierda. El camino al trabajo se estaba haciendo más largo de lo usual.

“Si no llegas en media hora, ya no habrá tiempo de tomar café, Wanda”, pensé, regañándome a mí misma.

Crucé una gruesa avenida y por fin, después de diez cuadras llegué a la parada de autobús, miré hacia abajo antes de sentarme en la banca para verificar si no había alguna clase de suciedad en ella. *Nope*, dije en mi mente al ver que en efecto, el asiento público estaba manchado de lodo fresco; parecía como si alguien hubiese pisado fango y después se hubiera limpiado la suela de los zapatos con esa pobre banca. Por un instante me sorprendí en mis pensamientos maldiciendo a las lluvias recientes de este mes, pero después arrepentí mi conciencia dando

gracias por ellas, ya que sin el agua “limpia” que cae del cielo, las plantas silvestres no sobrevivirían.

Minutos después llegó el camión que pasa por mi trabajo, subí en él, le pagué el cobro al conductor y pasé a sentarme a un asiento vacío. La ventaja de mi horario de trabajo es que es dos horas después que la mayoría de las demás personas, así que el autobús estaba parcialmente vacío, lo cual me dejó escoger un buen asiento del lado de la ventana; además, no habría tanto tráfico y en veinte minutos como mínimo llegaría a mi trabajo.

Me coloqué un audífono en la oreja derecha y puse una deliciosa canción para pasar el rato. Mientras “Sunrise” de Slaptop sonaba en mi cabeza, observaba mi hermosa y descuidada ciudad pasar por la ventana del autobús: un edificio por aquí, un centro comercial por allá, personas caminando tranquilamente y otras apuradas, el pequeño cadáver de un gato atropellado al otro lado de la calle he creído ver. “No puedo creer lo dormidos que estamos creyendo lo contrario”, pensé de repente. Moví la cabeza hacia el frente y observé las nuca de cinco personas delante de mí, incluyendo al conductor del autobús, giré hacia mi derecha y vi a un chico de mi edad o un poco mayor quizá, sentado al otro lado del pasillo del camión, sumido en sus propios pensamientos; no pude evitar notar que él —como yo— traía audífonos.

“¿Qué música estará escuchando?”, me pregunté, “¿y quién dice que escucha música? Quizá está oyendo a alguien hablando”, corregí.

El chico al que estaba estudiando, de pronto volteó como si hubiese sentido mi mirada fija en él; y como la gran persona discreta que soy, hice un rápido movimiento de cuello y volteé a ver de nuevo la ventana. Mis mejillas estaban ardiendo y deberían haber estado rojas como las puntas de mi cabello teñido, ya que me había puesto nerviosa y mi corazón se empezó a acelerar. No pude más con los nervios y me bajé del autobús en la parada próxima.

Di un par de pasos hasta llegar a la seguridad de la acera; “qué vergonzoso ha sido eso”, pensé. Por suerte, no faltaba mucho para llegar a mi trabajo, solo un par de cuadras más y estaré entrando al lobby del edificio. Este era mi décimo mes trabajando para esta compañía y no podía quedar mal con mi jefe a estas alturas.

Seguí caminando, pensando en la nada y observando los altos edificios que se alzaban a mi alrededor como gigantes; de pronto, el recuerdo de hace unos minutos asaltó mi memoria, el pálido rostro de aquel chico, con sus ojos café claro y cabello castaño, estaba en mi cabeza. Por más que intentaba quitarme su mirada de encima, no podía; entonces una estúpida risita nerviosa se escapó de mis labios y maldecí mi torpeza anterior. Tardé unos segundos en darme cuenta que había hablado en voz alta y que aún sonreía como tonta en medio de la calle. Batallé un poco pero al llegar frente al edificio de ventanas negras de diseño un tanto futurístico, logré borrar la sonrisa de mi rostro y empezar una jornada de trabajo.

Al pasar por las puertas eléctricas corredizas, saqué mi tarjeta de identificación y se la mostré al guardia de la entrada, quien automáticamente dejó que pasara hacia un pasillo que dirigía a unas escaleras eléctricas. Subí al segundo piso y fui directamente hacia el área de los elevadores, presioné el botón de subir y esperé unos minutos hasta que las puertas del ascensor de en medio se abrieron, entré a este y una vez adentro las puertas se cerraron, cuando esto ocurrió, una voz masculina y robotizada habló.

—¡Wanda! —exclamó—, es un placer verte de nuevo, ¿al piso de siempre?

—Sí Kip, por favor —el elevador empezó a ascender— y gracias, es un placer verte también.

“Aunque en realidad nunca te he visto”, pensé.

—¿Deseas alguna canción en especial mientras el ascensor sube?

—Lo que se está reproduciendo ahora en mi iPod, si no es mucha molestia.

—Nunca lo es, Wanda.

Mientras música alternativa sonaba de fondo en el ascensor, revisaba con determinación los correos recibidos en la pequeña pantalla táctil de mi celular, solo había cinco nuevos mensajes y tres de ellos eran del trabajo.

—Mi vida social está en descenso —dije en un tono de voz decepcionante.

—Tu físico actual es considerado una gran belleza por la mayoría de los hombres de tu edad y mayores en tres continentes del planeta.

—Gracias, eso me hace sentir mejor —respondí sarcásticamente.

—Noté un tono de sarcasmo en tu comentario, ¿el dato que te acabo de ofrecer no es de tu agrado?

—No es que no lo aprecie, Kip —expliqué—. Simplemente no me hace sentir mejor.

Aquello fue lo último que se escuchó entre las cuatro brillantes paredes del elevador, las cuales estaban hechas de alguna clase de espejo ya que no importaba hacia qué lado volteaba la mirada, mi reflejo se observaba en todos lados. Después de varios largos y desesperantes minutos el ascensor se detuvo, las puertas se abrieron y antes de pasar a través de éstas, Kip me deseó un buen día y añadió que me vería más tarde en el trabajo.

Esta clase de “ayudante” era muy útil cuando se trataba de hacer bien algún proyecto o trabajo importantes, pero como acompañante, era un tanto molesto y a veces, la frialdad con la que decía las cosas me hacía perder internamente los estribos, simplemente prefería estar sola que mantener una conversación de sociología con aquel robot parlante.

Caminé por un pasillo hasta llegar a la sala principal, había níveos sillones alrededor de una mesita transparente para el café. Varias personas aguardaban sentados cómodamente en una nube, con una taza frente a ellos

y sus dispositivos electrónicos portátiles en la palma de su mano.

—Perdona la tardanza, Jim —me disculpé con el recepcionista.

—Tranquila, que aún te quedan cinco minutos —contestó el apuesto y alto hombre de faz aperlada y cabello dorado.

Pasé la pequeña estancia y llegué al otro lado de la sala, donde Jim presionó su dedo sobre un lector de huella digital y dos finas puertas de cristal se abrieron frente a mí. Seguí por un largo y callado pasillo, había puertas corredizas por ambos lados del corredor con números digitales.

Cuando al fin llegué a la que tenía el número 156, posé mi mano sobre la puerta y un lector en ella reconoció mis huellas. Mi nombre y una foto mía aparecieron frente a mí e instantáneamente se corrió la puerta hacia mi lado derecho. Entré y lo primero que hice fue sentarme en mi cómoda silla de trabajo, di media vuelta en ella y observé el paisaje que aguardaba a mis espaldas: una persiana digital mostraba un callado y pacífico bosque; estiré el brazo izquierdo hacia el mueble de ese lado y suavemente puse mi dedo índice sobre este. Automáticamente el cajón se abrió, metí la mano y saqué el control remoto de las cortinas. Conforme movía mi dedo pulgar en forma de círculo sobre la pantalla del control, el paisaje de las persianas iba cambiando, de un bosque de coníferas a un desierto, de este a un mar y así sucesivamente, hasta que llegué al que quería ver: el espacio.

Los planetas se veían tan hermosamente perfectos desde mi visión, aunque fuesen solo una clase de holograma; casi podía sentir el olor del polvo estelar en mis orificios nasales. El espacio siempre ha sido lo que más he temido, y lo que más he admirado en toda mi vida. Cada vez que veo paisajes como los que mis ojos presenciaban en aquellos momentos, pienso en la fantasía de vivir algún día en algún planeta desierto, algún planeta tan

llo de vida como el universo mismo en el que pueda ser feliz y morir en paz.

Lamentablemente, el llamado del deber me despertó de mi momento zen y me regresó a una realidad aburrida. Ni me di cuenta de cuánto tiempo llevaba Kip hablándome a través de la transparente pantalla de mi monitor.

—Wanda, tienes trabajo que realizar, el lujo de un descanso como el que estabas tomando es inapropiado en estos momentos, en tu hora libre podrás hacer cualquier cosa que se te plazca hacer.

—Kip, no necesitas decirme lo que ya sé —contesté seriamente.

—Si ese fuera el caso, esta discusión no se estaría llevando a cabo.

Hice caso omiso del anterior comentario y me dispuse a trabajar como debería hacer.

Sentía que habían pasado horas para cuando Kip me volvió a hablar.

—Has trabajado durante una hora y cuarenta y siete minutos sin alguna clase de distracción. ¿Estás enojada?

—Kip —esperé una clase de señal que me hiciera saber que estaba escuchando, lo cual era una acción ilógica ya que obviamente estaba escuchando fuerte y claro con sus detectores de sonido—, ¿dónde vives? —pregunté.

Esperé durante dos largos minutos de silencio antes de que Kip me respondiera.

—No estoy autorizado para darte esa información.

—¿Quién te da las órdenes?

—Centro de Embarcaciones Estelares MAJIK y sus trabajadores principales.

—¿Quiénes son sus trabajadores principales?

No sabía exactamente a dónde quería llegar con estas preguntas, pero me parecía interesante saber sobre este robot que me ha estado ayudando durante casi un año.

—No estoy autorizado para darte esa información —respondió finalmente.

—Oye, Kip...

—Sí, Wanda

—¿Qué hay en las oficinas subterráneas?

—...

—¿Kip?

No hubo respuesta durante varios minutos; incluso ya había regresado al trabajo cuando Kip volvió a hablar, pero esta vez solo para recordarme el tiempo que me restaba para completar mi trabajo. Le agradecí por el recordatorio y continué con mi trabajo, no le volví a preguntar nada más.

Ya pasada la tarde, recibí un mensaje en mi celular, de un número desconocido: “Nos vemos en la terraza en tu hora libre”.

Lo que decía fue lo que menos me desconcertó cuando vi al final la firma con la que venía el mensaje: “Kip”.

“¿Es esto una clase de broma?”, pensé

Me hizo pensar si Kip era en realidad una persona de carne y hueso y no una computadora personalizada como yo siempre había pensado.

Ya llegando mi hora libre, otro mensaje del mismo número llegó a mi celular.

“Usa las escaleras”, decía.

Y al final, el mismo nombre como firma.

Tomé mi bolsa y caminé hasta la puerta del final del pasillo, que a diferencia de las demás, se abría hacia afuera y no formaba parte de la gran inteligencia artificial que es todo el edificio completo.

Subí cuatro pisos más para llegar hacia la terraza. Nunca había estado en este lugar, parecía un pequeño jardín japonés perdido en una gran ciudad. Había árboles de varias especies híbridas que no supe distinguir, una fuente de piedra al igual que el barandal que aseguraba el borde del techo del edificio.

Pasé sobre un camino de piedra y me senté en la orilla de la fuente. Miré hacia abajo y observé con atención

la verdosa agua que yacía en el pequeño estanque, con lindos peces koi nadando felices.

—Son preciosos, ¿no crees? —dijo una voz masculina desde atrás.

Volteé en redondo y vi un hombre joven, vestido con un traje formal negro, corbata roja y playera blanca; su faz era pálida y la capucha de su gabardina negra ocultaba su rostro.

—No te asustes, por favor —exclamó levantando ambas manos con las palmas hacia delante—. Perdona si te he asustado.

Debió asumir que me asusté, ya que en el momento en el que habló por primera vez mi corazón se aceleró y dejé caer mi bolsa al suelo.

En cuanto el desconocido se empezó a acercar a mí, subió sus manos a la altura de su cabeza y se despojó de la capucha que escondía su identidad, y cuando esto pasó, no pude evitar notar que tenía un gran atractivo, su rostro de mandíbula cuadrada, labios delgados, una nariz perfecta y ojos azules me habían engatusado.

—Soy Wanda —dije extendiendo mi brazo torpemente.

—Lo sé —admitió mientras estrechaba mi mano con firmeza—, fui yo quien te envió los mensajes.

—¿Pero Kip no era un...? —intenté preguntar, confundida.

—¿Robot? —dijo completando mi oración—. No, pero casi. Sígueme, te mostraré algo.

Aquel hombre que decía ser Kip, me dirigió hacia uno de los árboles que se encontraban en la terraza, al más grande de hecho. Cuando estuvimos frente a este, sacó una clase de dispositivo electrónico de su abrigo y presionando varias veces la pantalla, hizo que el árbol se partiera en dos, como si de un pasadizo secreto se tratara.

Me dijo que entrara, y yo obedecí como una perrita entrenada. El piso redondo se movió un poco hacia abajo

en el momento en el que puse todo mi peso en él, lo cual era señal de que se trataba de alguna clase de mecanismo de suspensión magnética.

—Cuando llegues abajo, no hagas nada ni te dirijas a ningún lado —me ordenó “Kip”—, sé paciente y pronto estaré de nuevo contigo para explicártelo todo.

Yo simplemente fui capaz de asentir con la cabeza, y en cuanto las compuertas se cerraron varias lucecitas se encendieron en el interior de la cámara y el disco sobre el que estaba parada empezó a descender.

Minutos después, llegué a una clase de oficina, parecida a la mía pero más oscura, no había ventana alguna y la mayoría del inmueble era de hace ya varias décadas, a pesar de que el edificio se construyó hace menos de diez años.

Cuando por fin llegó “Kip”, la plática y las dudas empezaron a surgir.

Me explicó que la compañía había empezado contratando a quienes iban a ayudar a los que sí daban la cara por la empresa, como lo éramos yo y todos los empleados de mi piso; que nosotros somos los Trabajadores Principales y que todos los que nos ayudaban trabajan escondidos debajo del edificio, para evitar distracciones. Dijo también, que el chico que yo había visto esta mañana en el autobús, había sido él, pero que los “audífonos” que traía, en realidad eran un dispositivo portátil que creaba una imagen holográfica en el rostro del portador para ocultar su identidad.

—No sabes cuánto tiempo llevo esperando para un momento como este, Wanda —confesó Kip—. Por fin puedo verte frente a frente.

—Sí, bueno yo también tenía mis dudas sobre ti —admití—, todo este tiempo había creído que eras alguna clase de robot personalizado, una herramienta como un celular o una computadora.

Kip se quedó callado un largo momento, pensando.

—Quiero escapar, Wanda —dijo al fin.

—¿Escapar? —dije confundida.

—Sí, de este planeta; quizáirme de polizón en alguna embarcación hacia Urano o a algún planeta más exótico como Kepler 22b.

—¿Y por qué? —pregunté.

—Solo para vivir un sueño.

Me estuvo contando sobre su deseo de ir en el espacio y surcar las olas del universo en una nave espacial, vivir en un hermoso planeta virgen y morir en paz, recordando todo lo que dejó atrás en la Tierra.

No sé por qué, pero no pude confesar que yo así como él, compartía el mismo sueño. Creo que sin importar quién fuese, sentía algo de egocentrismo al pensar que ese sueño era solo mío y de nadie más, ni siquiera aquel hombre tan atractivo y bueno que se me había dado la oportunidad de conocer. Puede que sea el hombre con el que pueda vivir una eternidad, aquél del que me enamoraré profundamente y que me ayudará a alcanzar las estrellas sin necesidad de llevarme al frío espacio.

Dijo que ejecutaría su plan de escape dentro de las próximas tres semanas, y que si así lo deseaba, podría acompañarlo en su aventura por el universo conocido y tal vez, por el desconocido también.

Antes de dejarme ir, me advirtió sobre las consecuencias de hablar de este tema dentro del canal de comunicación del edificio, ya que existen otras personas que monitorean las conversaciones dadas entre los Trabajadores Principales y sus ayudantes. Personas que no dudarían en cazarlos en cuanto se enteraran de lo que estaban planeando.

—Esta empresa se toma muy en serio a sus trabajadores —había dicho Kip—, en especial a los principales y sus ayudantes, ten cuidado.

Regresé a la terraza por el mismo modo en el que bajé, y regresé a mi lugar en cuestión de minutos y seguí con el trabajo.

Durante dos semanas, mi rutina no tenía el sentido o el significado de antes, simplemente era demasiado igual todos los días, solo tenía uno que otro momento de diversión con mi compañera Jenny, y a veces salía a cenar con mi hermana, pero prácticamente lo único que hacía era trabajar para que nadie sospechara de mi encuentro personal con mi ayudante.

Una noche, antes de dormir me llegó un mensaje de Kip a mi celular.

“Mañana en la noche me iré, deséame suerte. P.D.: Si lo deseas, puedes verme a las cinco de la mañana frente a tu restaurante favorito”.

Kip se había esmerado demasiado en crear su sueño y hacerlo realidad, había comprado cosas que le ayudarían a sobrevivir en diferentes presiones espaciales, incluso había comprado raciones dobles por si a mí se me ocurría ir.

No podía dejarlo ir solo, pero tampoco podía dejar todos mis veintitrés años de vida atrás, como si no me hubiera esforzado en llegar a donde estoy ahora. Estaba en un dilema y no podía tardarme mucho en tomar una decisión final.

Lo cierto era que en cierto sentido estaba enamorada de Kip desde hace ya varios meses, su forma de ser me agradaba y su voz —aunque a través de las bocinas se escuchaba algo electrónica— era especialmente cálida, a pesar de las frías palabras que siempre decía. Kip había sido mi amor platónico, mi más grande fantasía amorosa ya que le veía como un robot, y no como un humano. Quizás aquella parte robot seguía oculta en él. Después de todo, es un ciborg.

Después de varias horas Kip se fue. Sin mí. A hacer mi más grande sueño y pesadilla, realidad.

A veces subo hasta la azotea de mi edificio de departamentos y observo con atención las estrellas. Y sueño con mi amado Kip. Nunca tuve la oportunidad de decirle lo que en realidad siento por él, pero espero que el universo se lo cuente.

Segundo lugar

En la búsqueda de la nada

Luis Muñiz Patiño

Centro de Investigación y Desarrollo
en Educación Bilingüe

Él sabía que estaba cerca, podía sentirlo. Después de tantos días de arduo trabajo, al fin sentía la esperanza de llegar al final del pequeño conducto con dirección al pozo. La tierra húmeda hacía cada vez más difícil el llegar hacia algún punto dentro del túnel. Todos habían acordado que las noches lluviosas no eran aptas para seguir el trabajo, pero él los convenció de que esa noche siguieran rascando la tierra, que ya estaba tan cerca de la salida que era incluso posible que esa misma noche pudieran escapar hacia la libertad, como ya lo habían soñado muchos de sus compañeros tiempo atrás. Otros le decían que en verdad, la libertad era relativa. Que el estar dentro era como estar afuera. Si salía tendría que seguir las reglas de una sociedad que cada vez se volvía más en contra de la gente como ellos; no daban trabajo ni comida a ese tipo de gente, cuando menos adentro tenía tres comidas al día y una cama en donde dormir, afuera no tendría la oportunidad de salir adelante, sobre todo si sabían su pasado. Le dijeron que estaba en la búsqueda de una ilusión, en búsqueda de la nada. A él en realidad no le importaba eso, él prefería vivir de forma paupérrima pero con el conocimiento de que podía ir a donde quisiera, que no habría nadie para decirle que no se acercara tanto a la reja. Y por eso la idea de la libertad lo había emocionado.

El imaginarse viendo el cielo azul que acobijaba aquellos campos a los que iba de niño, el experimentar de nuevo el calor que los rayos del sol hacían caer sobre su piel, el sentir cómo el agua fresca del lago le acariciaba su rostro y le revoloteaba su cabello al nadar; todo esto lo había tentado a seguir adelante con la osadía que llevaba a cabo esa madrugada lluviosa, una osadía que había recibido el apoyo de todos, pero al final solo había logrado que llegaran tres de sus compañeros de trabajo. No era mucho, pero era suficiente para seguir.

Antes de entrar, oyó las duras gotas caer sobre el techo, fue lo único que pudo escuchar antes de adentrarse más a la oscuridad de aquel túnel tan odiado por él, pero que al final le iba a dar como premio la recompensa más alta que valoraría por el resto de su vida.

Avanzó los varios metros que ya habían escarbado las noches de los meses anteriores, para poder llegar al punto en el que habían dejado la pequeña pala que habían estado usando y que habían metido de contrabando en una de las cajas de comida que traían desde el exterior. El conductor del camión era amigo del cocinero, les dejó la pala después de la insistencia de su amigo, a pesar de que le podía traer problemas. Siempre le preguntaban cómo era la vida estando fuera; después de todo, eran unos pobres infelices que por estar tantos años viviendo en el interior lo único que querían era saber sobre el exterior.

Tomó la pala y siguió rascando, soñando con que en algún punto sentiría la brisa del aire en su rostro una vez más. Llegó lo más lejos que pudo hasta que sus brazos empezaban a temblar del cansancio extremo que sentía. Él era el único que se ofrecía todas las noches a trabajar, era el que más ambición y desesperación tenía por salir de aquel lugar que apestaba a rayos y en donde se vivía como miserable. Todas esas noches repercutían en él, ya que le causaban un excesivo cansancio con el que despertaba, pero sabía que valdría la pena.

Ya no podía cargar sus propios brazos, tenía en mente que ya era tiempo de regresar, pero prefirió seguir adelante. Sus ganas de probar el dulce sabor de la libertad eran más grandes que cualquier obstáculo que se le presentaba, y lo eran más pensando en que en verdad estaba cerca de la salida.

Ya no podía más con el intenso color negro del fondo del túnel, tan intenso como el silencio de la soledad ahí abajo. Empezó a sentir un terror inexplicable adentro, sabía que estaba tan profundo que el riesgo del encierro crecía conforme iba avanzando, pero no le importó, trató de soportarlo, sabía que estaba cada vez más cerca, se lo seguía repitiendo una y otra vez en voz alta, esto ayudaba a callar el silencio que había dentro. Sentía que el hoyo se hacía cada vez más y más pequeño, empezó a respirar rápidamente; trató de mantener la calma porque sabía que había poco oxígeno bajo tierra, y agregando el cansancio, sabía que podía desmayarse.

Dentro del hoyo el tiempo era incalculable, los segundos parecían minutos y los minutos parecían horas. La tierra se hacía cada vez más pesada, dejaba de ser sólida y empezaba a convertirse en lodo, lo que lo llevó a saltar a la conclusión de que estaba muy cerca del pozo, porque significaba que la tierra estaba húmeda por el agua que había en la superficie, así que decidió avanzar más.

Escuchó unos ruidos a sus espaldas. Quizá eran las voces de alguno de los otros presos que ya estaban listos para su turno, o quizá eran los guardias. Rápidamente descartó la segunda opción, porque sabía que los guardias no salían por nada del mundo en el turno de la noche para seguir reunidos en su ya acostumbrado juego de cartas mientras tomaban cerveza que metían de contrabando a la prisión junto con sus cigarros de mota, porque el alcaide no dejaba pasar las bebidas embriagantes a la prisión y mucho menos algún tipo de droga... Al parecer, todos los que estaban dentro, independientemente de quiénes fueran, en cierta forma eran criminales.

Eso es algo que no muchos entienden. Una ley es una ley, pasarse una luz en rojo es igual a provocar un incendio o a matar a un tipo de un disparo. Un criminal es un criminal, o al menos, así se aplica la ley en este lugar, hagas lo que hagas, siempre merecerás lo peor, aunque solamente hayas robado una bolsa de pan para alimentar a un niño enfermo en la calle.

La sentencia de aquel hombre había sido de esa manera, una completa injusticia. En un lugar así, era igual robar una manzana a robar un banco, todos tenían el mismo castigo. Por eso para él la libertad era tan anhelada, porque le fue arrebatada de un jalón, sin ninguna razón aparente.

Los ruidos se hacían cada vez más fuertes conforme iba avanzando, pensaba que quizá los policías habían descubierto el plan de escape y estaban llegando para sacarlo y llevárselo a la zona de máxima seguridad, pero ese escenario no era para nada igual a lo que estaba pasando. El agujero se había hundido por completo debido al lodo y las piedras que habían caído, la entrada había colapsado y no había forma de regresar, solo quedaba seguir adelante. Temía que el ruido de la caída del lodo y las piedras hubiera alarmado a los carceleros, pero no le quedaba de otra más que llegar hasta el pozo. Esto podría haber causado que parara y tratara de regresar, pero sabía que ya había llegado demasiado lejos como para retractarse.

Entre los golpes que le daba a las piedras para quitarlas del camino, logró remover un pequeño pedazo de una, viendo por el agujero una diminuta luz que atravesaba la tierra, ¿acaso era el sol? ¿Acaso había logrado llegar hasta el pozo? ¿Había estado tanto tiempo dentro como para que amaneciera? Todas estas dudas cruzaron por su cabeza unos segundos, olvidándolas inmediatamente por la emoción. Agobiado, pero con una energía que había aparecido milagrosamente, hizo a un lado la pala y em-

pezó a excavar con sus propias manos. Hizo un agujero más grande y sintió cómo el calor del sol tocaba su piel como si fuera una tierna caricia, cerró los ojos y empezó a imaginar cómo sería su vida a partir de ese momento, cómo todo ese cansancio había valido la pena. Al fin había visto un poco de luz que lo hacía sentir vivo otra vez.

Sintió algo húmedo que recorría sus pies, tuvo una extraña sensación de que esa humedad empezaba a subir por el resto de su tronco. Para cuando había abierto los ojos, el agua ya cubría la mitad de su cuerpo.

Trató de salir lo más rápido posible, pero notó que su pie estaba atorado con toda la tierra convertida en lodo a causa del agua que ahora recorría y llenaba el túnel. Trató de escapar, pero el peso del fango más el cansancio que tenía en sus brazos y piernas hacía imposible que pudiera salir.

Lo último que pudo sentir fue el calor del sol sobre su piel, y cómo el agua fresca acariciaba su rostro y le revoloteaba su cabello al nadar.

Lo último que pudo ver fue el cielo azul que le recordó al que le encantaba observar en su infancia.

Todo esto mientras el agua inundaba lentamente su mirada e iba distorsionando ese cielo azul que tanto había soñado.

Su búsqueda de la libertad terminó en nada, o al menos eso pensaron sus compañeros. Lo que no saben es que vivió sus últimos momentos saboreando lo que más había buscado, lo que más había anhelado, por más mínimo que haya sido el tiempo en el que su sueño de fuga había cumplido su cometido.

Tercer lugar

Carta póstuma
Daniel de la Rosa Treviño
Preparatoria No. 7 Puentes

Un lapso perdura cuando en éste la acción fructifica. Sensitivamente, los tiempos son fugaces cuando en éstos se efectúan acciones que ocasionan satisfacción: la diversión, la carnalidad, la efusividad. Sin afán de indagarlos, cataloguemos tales como ya lo están: placeres. Bien es cierto que son de carácter sensitivo, primitivo e irracional, puesto que es verdad que el abuso de todos ellos altera la naturaleza de la comunidad armoniosa del hombre haciendo a éste adquirir una actitud irascible. ¿Es bien dicho entonces que el placer lleva a un derrumbe espiritual? Un hombre que no se rige por su razón, no llega a la plenitud del criterio; entonces cataloguémoslo como cierto. ¿Pero es que acaso hay uno benévolo y benefactor? ¿Habrá un placer integral que sacie en vez de excitar? Hay un placer que perdura y hace bien tanto a uno como a otros. Lean pues esta carta de un hombre de claridad perdida:

Era un pequeño cuando tomé por primera vez unas migas. Me las tragué pensando que todo se ingería y esta vez así fue. Parecía una especie de merengue o caramelo sumamente dulce que me excitó y entonces busqué más hasta llegar a la desesperación, sollozos. Se rieron de mi pena, pero después me dieron más de esto. En mi declive aún lo resiento. Dicen que es imposible que aún me duela

dicha herida. Pero, ¿cómo olvidar que en mi llanto, mi madre no hizo más que reírse?

Crecí hijo de un panadero. Un hombre robusto, calvo y tosco del lugar tenía una habilidad pulcra, practicada y perfeccionada ante el reloj. Su repostería era aclamada. Era él pasional, lo que cautivó a Magdalena, quien a posteriori pasaría a ser su amante en cama y asimismo mi madre.

Magdalena era tan entregada al Espíritu como María de Magdala. Quería mucho sus cosas y a sus queridos. No los dejaba ir. Esto pareció ser el núcleo de su carácter. No juzgaba, a menos que se lo pidieran. Y si le pedían que no juzgara, dejaba de juzgar. No rezaba a menos que se lo pidieran y si se lo pedían era la más devota mujer. Priorizaba sus lazos a sus creencias y conjeturas. Poco a poco éstos disiparon sus convicciones y desapareció el “yo creo” de sí misma.

Así entonces, su madre le pidió diera su alma y vida a Cristo y como no podía ser así como aquellas mujeres de convento y hábito, que fuera así como aquellas que son madres en pos de la palabra, puesto que el último cura del lugar murió cuando mi abuela, la madre de Magdalena, tenía veinte. La iglesia, que se escondía en un arrabal, cayó; se derrumbó el templo también. No hubo manos que edificaran otra. Careció el vulgo de padre y templo, quedándose con migas de fe, de las cuales comió mi abuela hasta morir y buscó mi madre al nacer.

Visualizo a estas dos mujeres hablar cuando una era ávida, y la otra abnegada. Decían:

—¡Hija, nos carga una gran pena!

—¿Qué nos duele, mamá?

—¡Todo! Nos quedamos sin padre, sin templo, ¡sin Dios!

—Pero madre, Dios está aquí y allá. ¿No es así?

—Sí, m’ija, ¡no hables tan fuerte! ¡Nosotras tenemos Dios! Pero Magdalena, ¡Dios nos ha soltado! ¡Tu hermano

no tocará la agua bendita! ¡No te vayas a casar! No, m'ijita. No podrás. ¿En qué iglesia te casarás? ¡Sabrá Dios que será de tu matrimonio! Dios nos ha abandonado como a Jesús en la Pasión. ¡Ésta es nuestra cruz, m'ijita!

—Mamá, la iglesia está dónde estamos todos, ¿no?

—No, Magdalena. Está donde está el padre y el altar.

—Sí mamá, está ahí.

Magdalena temió a los sacramentos impuros. Temió al hospital y temió al sexo. Después tuvo un acontecimiento al que me digno llamar calamidad. Magdalena conoció al hombre del que hablé.

El sujeto era de nombre Urbano.

Al conocer a Urbano, Magdalena se entregó casta a él. Él la quiso aunque, según decía, nunca aprendió a quererla como ella a él. Le dolía tanto quererla muy a su modo. La verdad es que no entendió que un amor diferente no es un mal amor ni que dos amores jamás han de ser iguales. Algún libro que leí me contó que “si hay tantas opiniones como cabezas, también hay tantas maneras de amar como corazones”. Él la amó y no hacía por entenderlo. Prefería, entonces, amasar y olvidar su tortura. ¿Qué le otorgó esa cruz?

Una noche lo oí sollozar en silencio como si alguien lo escuchara. Aterrado con el morbo, empujando mi oreja contra la pared, escuché: “¡Que mi cruz pague el dolor de Magdalena!”.

Supe, entonces, que mamá sufría. ¿Qué acongojaba a mamá? ¿Qué le dolió a mamá?

A mamá le dolía mi abuela. Mi abuelo entregó a Magdalena y se sumergieron, ella y Urbano, el uno en el otro.

Magdalena aún recordaba que ya no tenía iglesia. Dios la trajo en santidad y era una santa por deber. Se unió a Urbano y debían unirse ante el verbo, ante la palabra. Debían ir al pueblo vecino cuando Urbano solo pasaba el día. Supongo que los atormentó desde antes que yo naciera, ¿cuánto habrá pasado en este tiempo puesto

que, después, en mi adolescencia se desató en descaro la tempestad? Entonces entendí su conducta y descubrí sus pesares.

—Esposo, ¡nuestro lazo es impuro!

—No lo es. Te soy fiel.

—¡Sí lo es! ¡Sí lo es! ¿Acaso no ves? ¡Dios no nos une!

—No llores, nos une. Nos entregamos a Él. Nos une.

—¡Qué quisiera! Pero no nos une. No. No nos une.

No puede unirnos, no hay iglesia.

—¿Qué hago yo si no hay iglesia?

—¡Entrégate a Dios!

—Nos entregamos. Sí, nos entregamos. Ya no llores.

—¡No! ¡Yo me entrego pero a nada! No hay iglesia, no está Dios.

—Lo encontraremos.

¡Maldito pueblo! Llenas de injurias a mis padres. ¿O es el maldito destino que metió la punzante desdicha en sus vidas? Me apena ahora que lo escribo. Me duele pensar que nunca antes lo pensé. ¡Cómo pensarlo! Yo debía arar. Yo debía poner mi alma donde pertenecía. ¡Sería un ultraje no hacerlo! Papá lo hizo. ¡Maldito hombre! ¿Qué no vio que los arados jamás serán sustituidos por la masa?

Para esto, soy parte de una familia donde somos varios. Supuestamente, yo soy quién tendrá que mantener a mis hermanas. Soy yo quién las ha de cuidar; no fui el único, pero sí el primero. ¡Cobarde! ¿En qué calidad moral estaba para relegarme una responsabilidad de la que ha huido? Me ha dejado hasta a mi madre. Ha dejado a mi madre grávida. Mamá siempre está pesada. ¿Por qué ha huido? No pudo ser esa pena. Esa pena no pesa. ¿O sí? ¿Qué tanto duele una pena? Dolió aquella vez que comí merengue.

¿Le habrá pesado tanto que lo desgastó? ¿Se amalgamó su pesar con su diario andar? A raíz de esto, ¿diluyó su dolor en su pasión? Sí, sí tiene sentido. Creyó que así se perdería. Lo intentó. Pero siendo incesante consumió

sus horas, su destreza y su capacidad. Sus panes y pasteles quedaban mugrosos. Con su semblante triste no pudo más que perder el vigor para ser panadero. ¡Vaya manera de morir! ¡Cómo más que corrompiendo su pasión! Al amasar sentía su pena. Y si su pasión, que era su virtud (que ahora estaba desfigurada) con la cual otorgaba su función, cesó, ¿qué caso tenía seguir si no hay que dar?

¡No! ¡Egoísta! Nos olvidó. Tengo veintitantos y todo de mis veintes ha sido de panadero. Todos de mis dieces fueron de panadero. ¡Maldigo cada miga del maldito pan! Soy yo quien padece, es mamá quien muere. Me dejó en grilletes.

¡Egoísta y mil veces egoísta! ¿O soy yo el egoísta? Es él quien padeció la pena de Magdalena, además de la suya. Es él quien compartió su recinto con ella. Él es quien llevó la cruz estúpida de mamá. Sí, ¡quizá soy yo el mugroso egoísta! Pero, ¿debo serlo? Jamás podré ayudar tanto como ayudo al arar. Papá me llevó al arado. Aramos juntos para entretenernos. Me apasioné por la pala. A él le debo mi pasión. Yo le dije que quería hacerlo hasta siempre. Me quiso apoyar, lo vi en sus ojos. Pero me dijo con esos ojos tristes: “Debes cuidar a tus hermanas”. Entonces supe que habían perdido el valor.

Qué infortunio pensar que si yo no hubiese visto la verdad, no sabría la pena en la que estaba.

Desde aquel entonces así hago: amaso, horneo y las cuido. Sin embargo, no puedo cuidarlas. Es algo recíproco. Si mi alma está doliente, ¿qué hacer con las suyas? Te lloro y maldigo, padre. Te compadezco y maldigo, madre. Y a ti, pueblo, te maldigo encolerizado. ¿Qué ha de esperar la gente en un lugar dónde la pasión no importa? ¡Heme aquí queriendo ayudarlos! Basta pues, ninguno tiene culpa ya. Toda la culpa recaerá sobre mí.

Debo cuidar a mis hermanas, las amo. No las puedo dejar yacientes en nuestro debacle. No les puedo dar la espalda. ¡Qué culpable sería si las dejo!

María bonita, de diez años. Tiene un color perla constelando su tez y caireles oscuros cayendo de su cabecita. Lloro mucho mi María bonita, pero no dice nada. Toma la muñeca que alguna vez fue de mi madre y llora mientras la meneo y arrulla en sus brazos. Le besa la frente como quisiera ser besada. Grita acariciando a este sórdido juguete. Le dice que se tranquilice, le dice que no lloro, que no hay por qué estar triste. Lo consuela. Le dice: “Papá volverá. Tú tranquila, papá volverá”.

Laura es ya mayor. Es una mujercita de dieciséis. Hace lo que mamá alguna vez hizo por la casa, barre, trapea, teje, limpia y cocina, mientras yo vendo el horrible pan. Le he visto heridas en sus piernas y en sus brazos. Al verlos sangran, punzantes, los míos. Se cubre el rostro de cuando en cuando. Deja de trapear y se agita su cabello; el cual, alguna vez rojizo, empieza ya a tornarse gris. Abruptamente, de un año para acá empieza a verse vieja. Parece ya de treinta, repleta de arrugas bajo los ojos, palidez y poco vigor en su cálida piel. Pobre joven, ahora vieja.

¿Cómo dejar a estas dolientes mujercitas? Son los únicos amores de mi vida. Son las únicas faldas que veré. ¿Qué tiempo tengo para buscar una para mí? ¿Cómo compartirme si no puede ni al menos tenerme?

Necesito arar. Antes debo cuidar a María y Laura. Si las dejo, soy culpable. Me quedaré entonces. Me quedaré aunque mi todo solo lo puedo dar en el arado. Soy egoísta por quererme ir y soy culpable si me voy. ¿O soy egoísta y culpable por quedarme? ¿A cuántos podré beneficiar si aro para el pueblo? Quizá asimismo siembre y alimento animales. ¿Acaso una gente vivirá sin éstos bien enriquecidos? ¿Si me quedo qué pasará con todos aquellos a quienes pude ayudar? Si yo no me entrego para ellos, ¿quién lo hará? Son tan personas como mis hermanas. María y Laura son un par, ellos un ciento. Los alimentados me necesitan cuando yo me preocupo por dos mujeres que bien podrían conseguir pretendientes. Son bonitas

y sus maridos ya les enseñarán a hablar y pensar mejor. Sí, debo irme ahora que aún tengo vigor.

No. No puedo. Algo me incita a pensar en que me debo quedar y ayudar a María a crecer y a Laura a reír. Pero siempre que decido esto algo me provoca pensar lo contrario. ¿Qué es eso en mis decisiones que no me tiene convencido? Yo mismo no me convengo. Soy débil. Me crié en la debilidad. ¿Qué convicción tengo para irme? ¿Qué fortaleza tengo para quedarme? Quiero ambas. Quiero estar tranquilo. Necesito templanza, si no, ¿cómo he de saber qué hacer?

¡Ah! ¿Quién decide qué hacer? ¿El cobarde? ¿Ella? Ellos no tienen culpas, pero me han dañado. No he de odiarlos, pero no puedo amarlos. Ya no he de ofenderlos; dudo algún día poder llamarlos padres con benignidad. ¿Cómo ofender a quienes se entregaron a mí? Aunque, ¿cómo llamar padres a aquellos que me sentenciaron desdicha? No querían hacerlo. Jamás querrían. Aun así, nos desgraciaron a mí y a María bonita, a mí y a Laura. Pero también a sí mismos. Dudo que alguien busque desgraciarse. O quizá lo haga. Yo muero desde que recuerdo. Pero si todo es cierto, a partir de esto sé que desde que nacieron empezaron a mal morir, transmitiendo este vicio hacia mí.

Magdalena hizo lo que Urbano dijo. Pensó lo que su madre dijo; también lo que su padre. Entonces, ¿qué la convenció a agonizar por su lazo? ¿Por qué Urbano no le pidió que dejara de lado el pesar? Ellos necesitaban el llanto. Quizá yo también y es por eso que ahora lloro. ¡Pero no me pesa el dolor! A mi alma le es inherente; a mi vida también. ¿Qué me perturba entonces? ¿Mis hermanas o yo? ¿Mi vida o la suya? Mi alma es la que pesa pero ellas lo provocan. Ellas mueren si las dejo. Mi contribución cae si la abandono. Es que, ¿he de perjudicar a alguien? ¡Tanto hablar de la salvación del alma para que ésta no salve a nadie!

¡Maldito Urbano, maldita Magdalena y maldito yo! ¿Quién me ha condenado a vivir con tanta pena, a pensar el llanto y sentir el dolor, a corroerme día tras día bañado por las luces de unos focos y a injuriarme por aquel huidor?

Sin embargo es que hay algo peor. Existe algo tan horrendo, tan infausto. Esa atrocidad es sentir el dolor en la habitación donde mi padre horneaba y hace diez años por convicción partió. ¿Por qué dañas a las personas aquí, Urbano? ¿De qué huiste? ¿Consideraste que tu morir movería a tantos?

Soy sabedor de que esta carta genera mucho morbo, entre otros sentimientos enfermizos. Quizá se me pida aclarar su desenlace. Sin embargo no sé más que su sentir, el cual no aclararé puesto que redundaría decir lo que ya queda de manifiesto; sin embargo, comunico que aunque su pena yo no la padezca, la resiento, me aja y me conduele, tanto la suya como la de cada hombre. Sin embargo, no he de explorar todas las penas de cada individuo —como la de su yaciente madre o las del arador del pueblo—, que resultan ser penas de todos. Entonces, es más preciso escribir que no he de explorar todas nuestras penas, que si lo hiciera, ¡qué sería de nuestra templanza!

Ahora, respecto a información de esta persona, no sé mucho. ¡Cuánto nos ayudaría saber su nombre! Basta con redactar lo siguiente —lo cual está estrechamente vinculado y se deduce una cosa a partir de la otra—: el escrito ya es viejo, el hombre seguro está muerto y jamás lo conocí presencialmente.

Mención honorífica

Mi bella noche

Reyna Liliana Morales Lumbreras

Preparatoria No. 3

Es una típica noche, voy de vuelta a casa con la radio encendida, pensando únicamente en mis cosas de trabajo, en mi casa. Me detengo en un semáforo en rojo.

—Hola guapo, ¿no quieres compañía? —me interrumpe una mujer asomada en mi ventana. Se veía de unos veinte años, obviamente mucho menor que yo, era hermosa, pero se notaba su finta de prostituta; así que yo solo me limito a sonreír. —Tú te lo pierdes.

La luz del semáforo cambia a verde, empiezo a conducir hasta llegar a mi casa, mi mujer ya estaba en la sala esperándome junto a mis dos hijas adolescentes.

—Hola amor —me saluda mi esposa con indiferencia mientras lee una revista. Me acerco a mis hijas dándoles un beso en la frente, pero ellas están como zombis en sus celulares. Mi esposa se levanta y se sienta en el comedor de la casa; la cena es tranquila y callada como normalmente es en mi casa. Mis hijas son más abiertas con su madre, y conmigo, bueno son más serias y no confían tanto sus secretos. Típico de las mujeres.

—¿Qué tal la escuela, niñas?

—Bien —me contestan en un pequeño coro entonado al mismo tiempo.

—¿Qué tal tu día, amor?

—Igual que siempre, cielo —me dice con tono indiferente.

Sigo cenando sin hacer un ruido o comentario más. Mis hijas terminan y rápidamente suben a su habitación para conectarse a internet; ni siquiera sé cómo se usa eso. Ayudo a mi esposa a recoger la mesa como todos los días. Llegamos a nuestra habitación, ella prende una pequeña lámpara para ponerse a leer un viejo libro de superación personal. Yo la observo entre las sombras de las cobijas, me le acerco un poco y luego un poco más, hasta estar muy pegado a ella, la empiezo a acariciar y subo mi boca hasta su oído.

—Eres hermosa —le digo en susurro en el oído mientras mi mano mueve su largo cabello castaño de su cuello—, muy hermosa.

Mi boca se encuentra con su cuello y empiezo a besar muy lentamente, pero ella hace un movimiento con su hombro para hacerme parar.

—Basta, Rubén. Tengo trabajo mañana y aparte no aguanto la cabeza.

Me acomodo dándole la espalda a mi muy bella, bella esposa. Exhalo despacio de tal forma de que ella no escuche, cierro los ojos sintiendo un nudo en mi garganta, así que los aprieto más para que no se escuchen sollozos por parte mía, lo hago hasta que caigo a un profundo sueño.

La alarma suena a la misma hora de siempre, volteo y mi esposa como siempre ya está levantada. Me meto a bañar mientras que ella hace el desayuno y mis niñas se levantan para ir a la escuela; me paro enfrente del espejo del baño. “Qué viejo me veo”, pienso mientras que mi mano izquierda pasa por mi arrugada barba. Me salgo en toalla para cambiarme y en el espejo de mi esposa checo lo viejo y cansado que se ve mi cuerpo.

Después de vestirme salgo hacia la cocina donde mis hijas y mi esposa ya están desayunando.

—Buenos días —saludo a mi familia, mis hijas ni me hacen caso, lo que hacen es hablar sobre un cantante que es de su preferencia y que vendrá a la ciudad; mi esposa

esta embobada con la televisión, viendo el resumen de su novela.

—Papi, sabes que te queremos mucho, ¿verdad?

Sonríó al escuchar esa pequeña frase.

—Sí, hija, lo sé. —Ella sonrío.

—Entonces, papi, ¿me das dinero para ir al concierto? Es su primera vez en la ciudad y quién sabe cuándo volverá.

La sonrisa desaparece de mi rostro.

—Rubén, dales dinero —mi esposa interviene—, ¿qué tan difícil es? ¿Cuánto cuestan los boletos?

—Dos mil quinientos cada uno, mami.

Mi esposa me mira. Yo saco la billetera y les dejo una de mis tarjetas de crédito.

Me salgo con mi maletín. “Ni siquiera se acordaron de que hoy es mi cumpleaños”.

Llego a mi trabajo y el turno se me pasa rápido, mientras pienso que mi vida se ha pasado igualmente rápida y parece que a nadie le importa lo que hago o dejo de hacer. Hoy es mi cumpleaños sesenta y ellas ni siquiera se acordaron. Suspiro cuando se me acerca mi jefe.

—Rubén, como hoy es su cumpleaños le daremos el día libre para que se la pase con su familia. —Mi jefe me sonrío y me da un pequeño paquete—. Esto es un detalle de mi parte por ser un muy buen y leal empleado.

Yo sonrío y me le quedo viendo.

—Ande, váyase de una vez.

Recojo mis cosas y las meto a mi maletín, al momento de levantarme mi jefe me abraza con un estrujo muy fuerte.

—Felicidades Rubén, muchas felicidades, lo quiero —me dice mientras me aprieta en un abrazo muy incómodo, yo me quedo solo parado y sin saber qué hacer.

—Eh... gracias, jefe. —Le doy unas pequeñas palmas en la espalda.

—Ande, ya váyase.

Solo asiento un poco extrañado por lo que pasó, así que me doy media vuelta y me voy.

Voy manejando por los mismos rumbos de siempre, pensando en lo de siempre, cuando me detengo en una esquina y me veo en el espejo de mi carro: “Qué viejo me veo. Me he sacrificado mucho por mi familia y ellas ni siquiera lo agradecen”. Inhalo profundo y me acomodo mi corbata, empiezo a caminar y de repente ya estoy estacionado enfrente de la prostituta de ayer.

—Hola guapo —me dice en un tono de seducción barato—, sabía que vendrías.

Me le quedo viendo, sin saber qué decir o hacer, así que saco mi billetera del saco, tomo cinco mil pesos y se los entrego.

—¿Eso basta para que estés toda la noche conmigo y hagas lo que yo te pida? —Ella se me queda viendo, y luego se pone a contar el dinero.

—Sí, sí basta —me dice con una gran sonrisa.

Yo le devuelvo la sonrisa. Le abro la puerta de mi carro, ella entra, voltea a verme y yo la observo.

—¿A dónde vamos? —me pregunta con un tono de voz más seductor, y acariciando mi pierna hasta casi llegar a mi parte íntima; yo le tomo la mano y la quito de mi muslo, ella sonrío.

—¿Vamos a comprarte ropa? —le contesto y empiezo a manejar.

—¿Para qué quieres ropa si me vas a desnudar de todas formas?

—Bueno, porque antes de eso vamos a ir a un lugar donde no puedes ir vestida así.

—Pues, ¿a dónde vamos? —me pregunta muy dudosa.

—Ya lo verás —le contesto queriendo hacerme el interesante; y sigo manejando sin hacerle mucho caso. Llegamos a una tienda de ropa que dicen es muy exclusiva.

—¿Es aquí? —me pregunta incrédula.

—Sí. —La guío hacia adentro de la tienda—. Toma un vestido un poco elegante pero no tan elegante, ¿OK?

Ella empieza a caminar por todos los pasillos buscando, yo la sigo, pasa mucho tiempo y ella se me acerca.

—Perdón por tardarme, es que no sabía cuál escoger.

—No te preocupes —le contesto—, ya estoy acostumbrado, tengo dos hijas que...

Le sonrío y la miro.

—¿Cuál te gustó?

—Estoy entre estos dos, no me decido cuál, así que me los probaré y tú me dirás cuál es mejor.

Ella camina rápido hacia un probador. La primera vez salió con un vestido color verde, un verde feo; ella me mira modelándolo de muchas formas, pero lo niego con la cabeza. La segunda vez era un vestido negro, pegado al cuerpo, hacía resaltar su figura. Le sonrío, entonces ella entiende que ese es el indicado. Ella se mete al probador.

—¿A dónde vas? —le pregunto.

—Voy a ponerme mi ropa —me contesta dudosa.

—No, no, vamos, te lo llevas puesto, si lo vamos a usar ahorita.

Ella me mira extrañada, pero como quiera me hace caso, solo recoge su ropa y nos dirigimos hacia la caja.

—Son tres mil —me dice la joven que atiende en la caja, saco mi tarjeta de crédito y pago. Nos dirigimos hacia la salida, al llegar al carro me le adelanto y le abro la puerta.

—Muchas gracias, caballero —me dice con una gran sonrisa, la cual hasta ahorita noto que es hermosa, cierro la puerta y rodeo el carro para entrar.

—¿Y ahora a dónde vamos? —me pregunta un poco ansiosa. Yo sigo manejando con la vista hacia el camino, la verdad no sé hacia dónde iremos.

Llegamos al centro y veo un restaurante, Chanson Française. Pude notar que era francés, manejo hacia ahí y llego hasta el *valet parking*.

Me bajo yo primero y me dirijo para abrirle la puerta a aquella mujer que iba conmigo.

—Buena noche, señor —me saluda el camarero—. ¿Mesa para dos?

—Sí, por favor —ella le responde rápidamente. El camarero nos lleva hasta una mesa que está en una ventana, hay una preciosa vista. Ella se empieza a reír.

—Siempre he querido decir eso.

—¿Decir qué? —pregunto confuso.

—Cuando el mesero nos preguntó, ¿mesa para dos?

—Ah, ya. —Doy una pequeña carcajada, y ella también.

—Oye, disculpa, pero no sé tu nombre —le digo seriamente.

—¿Para qué quieres saber mi nombre? —me pregunta confusa—. Normalmente no le importa a los hombres.

Me le quedo viendo fijamente.

—¿Algún otro hombre te ha comprado un vestido y llevado a un restaurant francés?

—No —me responde con una pequeña sonrisa.

—Bueno, si no me quieres decir está bien. Yo me llamo Rubén Valencia. —Extiendo mi mano para estrecharla con la de ella.

—Soy Elena —me contesta un poco tímida.

—Un placer. —Le sonrío y ella también me sonrío pero muy tímidamente.

—Aquí está el menú —interrumpe el mesero pasando las cartas del menú—. ¿Desean algo de tomar?

Elena y yo nos miramos sin saber qué decir. Ella nunca había ido a un restaurant como ese y yo tampoco.

—Traiga por favor una botella de *champagne* —le contesto.

—Está bien. —Se retira el mesero y yo inhalo simulando nerviosismo.

—¿Nunca habías venido a un lugar así? —me pregunta Elena.

—No, la verdad no. A mi mujer no le gusta comer fuera de casa, entonces nunca en veinte años he comido fuera de casa y del trabajo.

—¿Tu mujer está loca? —me pregunta juguetonamente y los dos empezamos a reír.

—Algo así —le contesto siguiéndole el juego.

—Si así hablas de tu esposa, qué no dirás de los demás. Miro a Elena a los ojos.

—Yo amo a mi esposa —le sonrío.

—¿Y por qué me contrataste? ¿Por qué no trajiste a tu esposa, por qué no le compraste el vestido que a mí me compraste? —me pregunta Elena mientras yo bajo la mirada.

—Amo demasiado a mi esposa —empiezo a explicar—, amo a mis hijas, las amo más que a nada en el mundo, son el sol que me ilumina, las que me hacen seguir adelante, por las que trabajo y doy lo mejor de mí, pero... —Me detengo a pensar.

—Un verdadero amor no tiene pero —me dice en un tono serio.

—Un amor es recíproco, siento que con ellas no es así, ellas solo ven al hombre que les da todo, y no pide nada a cambio. Eso no está bien. —Ella solo se limita a mirarme con lástima.

El mesero llega a interrumpir de nuevo

—¿Ya desean ordenar?

Empiezo a ver el menú, solo veía palabras raras que nunca he escuchado ni leído en mi vida

—¿Cuál es la especialidad de hoy? —pregunto para no verme tan incapaz.

—*Kig ha farz* —me contesta con mucha facilidad de palabra y yo no entendí nada. Volteo a ver a Elena y ella también me mira con cara confusa. El mesero se da cuenta y nos empieza a explicar: —El *kig ha farz* es carne de cerdo hervida junto con una masa de trigo negra.

—¿Y está rico? ¿Lo ha probado? —pregunta Elena.

—Sí señorita, es un platillo succulento.

—Está bien, tráiganos eso. —Le paso las cartas de menú y el mesero se va.

—Oye, ¿qué tan viejo eres? —me pregunta Elena directamente.

—Hoy cumplo sesenta años —le contesto.

—Feliz cumpleaños. —Los dos reímos—. ¿Por qué no me cuenta algo sobre su vida?

—¿Algo sobre mi vida? —Me inquieto al escuchar eso—. ¿Qué le gustaría saber?

Ella se queda pensando un momento.

—No sé, cuénteme según usted qué ha sido lo más interesante que ha hecho en la vida, lo que jamás le podría decir a nadie.

Rio y luego la miro.

—Lo más interesante, lo que jamás le podría decir a nadie, es lo que está pasando esta noche. Ya sabes, que salí con alguien de tu profesión. —Ella ríe emitiendo un sonido como la risa de un ángel—. Elena ¿cuántos años tienes? —pregunto directamente esperando que sí me conteste.

—Veintidós —dice algo cortante—. Los cumplí hace un mes.

—Feliz cumpleaños. —Imito su sarcasmo de hace unos minutos.

—Muchas gracias, amable caballero. —Sonríe ella con dulzura.

Llega el mesero sirviendo los platillos, empezamos a cenar en silencio, casi no cruzábamos palabras, yo no sabía qué decir o hacer. Acabamos de cenar y pago la cuenta.

—¿Y a dónde vamos ahora? —me pregunta Elena al mismo tiempo que se levanta de la mesa.

—Estaba pensando en ir a un bar a tomar algo. ¿Qué te parece?

—Por mí está bien —me contesta con un poco de entusiasmo.

Salimos del restaurant y nos dirigimos hacia el carro.

—¿Y conoces algún lugar?

Niego con la cabeza.

—Ah, bueno, porque yo sí.

—Bueno, tú me dices por dónde.

Nos metemos al carro y sigo las instrucciones que ella me da, hasta que llegamos a un lugar. Se ve un lugar de mala muerte con rocola y lleno de borrachos por todas partes.

—¿Estás segura de que es aquí? —le pregunto con una sonrisa tímida dibujada en mi rostro.

—Cien por ciento segura. —Me bajo del carro y me dirijo a abrirle la puerta del carro a ella—. Es donde vengo todas las noches, después de una noche de pasión traumante y asquerosa, es donde vengo a tratar de olvidar. Aunque normalmente consigo otro cliente, pero yo ya estoy tan ebria que no recuerdo nada de lo que pasó.

Ella ríe, pero yo solo la observo con un poco de lástima. ¿Cómo una mujer o persona puede llegar a tener tanto valor como para acostarse con desconocidos y cumplir sus más sucios y bajas fantasías sexuales?

—Ven, sígueme. —Me toma de la mano y me guía hasta la barra—. Juan, nos das una botella de tequila, por favor.

—¿Una botella? —Voltea a verme después de cuestionarla—. Elena, tengo el carro, tengo que manejar.

—Puedes llamar a alguien para que te lleve. No te preocupes, no pasará nada, vive —lo último lo dice con un tono de voz más alto.

Solo suspiro muy ruidosamente:

—Está bien, pero solo una botella.

Los dos empezamos a tomar. Cuando ya estábamos bien entrados me entra el valor para hacerle una pregunta.

—¿Elena, por qué te dedicas a esto? Eres muy joven y bella.

Ella me mira, inhala profundo.

—Porque tengo dos hijos, son mellizos, una niña y un niño. Son hermosos, los tuve cuando tenía quince. El padre, el que se decía ser el amor de mi vida, me dejó al enterarse que estaba embarazada. Mis padres son muy muy religiosos y me corrieron al enterarse, me empezaron a decir que para ellos yo estaba muerta. —Se queda callada por un momento—. De hecho iba a abortar, pero no pude, así que después de tener a mis bebés me dediqué a esto, y lo sigo haciendo porque estoy estudiando. Esto es para pagar mis estudios y los de mis hijos, ya cuando acabe la escuela, dejaré esto.

Yo me quedo sin palabras, sin saber qué decir.

—Y... ¿qué estudias?

—Estudio leyes —me responde con más entusiasmo.

—De hecho yo soy abogado —le cuento.

—¿En serio? Quién lo diría.

—Sí, bueno, yo trabajo en un despacho privado. El dueño es otro abogado y me invitó a trabajar a mí y a otros abogados —le empiezo a contar, hasta que una idea llega a mi cabeza—. ¿Oye, tú serías, no sé, capaz de dejar este trabajo, si yo te ofrezco otro?

Ella me mira incrédula de lo que digo.

—¿Cómo tú puedes darme un trabajo? ¿Algo que sea capaz de hacer sin arrepentimientos ni nada de eso?

—Claro, mi jefe está buscando una asistente y bueno, me debe muchos favores. —Ella sonrío y unas lágrimas empiezan a recorrer por sus mejillas, se lanza hacia mí y me abraza.

—He rezado por muchos años para que esto ocurriera, eres la respuesta a mis plegarias, Dios te puso en mi camino. —Sigue llorando abrazándome.

Yo solo le sonrío. No sé qué decir, la verdad. Pasan las horas y yo me siento más entrado, los dos reímos por todo, de hecho río como nunca antes lo había hecho. Me siento feliz, como hace tiempo que no me sentía, hasta que checo el celular. Tengo quince

llamadas.

—¡Oh, no! —digo al mismo tiempo de que me agarro la cabeza

—¿Qué pasa? —me pregunta Elena.

—Tengo quince llamadas perdidas de mi esposa. —Volteo a ver a Elena y ella me mira a mí. Empiezo a reír hasta casi quedarme sin aire, ella también ríe conmigo—. Me va a matar cuando llegue.

—No, no creo que te mate cuando llegues, te matará si se entera que estuviste con una prostituta. —La risa de los dos se hace más fuerte.

—Soy muy joven para morir —lo digo entre carcajadas—, y aparte siento que de cierta forma, la virginidad volvió a mí, hace tanto tiempo que no estoy con mi esposa, que siento que ya sudo agua bendita. —La risa continúa.

—Créeme que desde la primera vez que te vi noté que no has estado con alguien.

—Creo que se puede oler a kilómetros que no he estado con alguien, pero no es mi culpa, mi esposa tiene un amante. Eso lo leí alguna vez en unos mensajes, puede estar todas las veces con su amante, pero a mí ni una noche me da, y créeme que sí tengo buena herramienta, si es que sabes a lo que me refiero. —La risa continúa más sonora que antes—. Cantinero, otra botella —Había dicho que nada más sería una, pero con ésta que pido ya son 3 botellas—, y una ronda para todos, yo invito.

Lo grito para que los demás escuchen y los demás hacen escándalo en forma de agradecimiento.

Me limpio las lágrimas que causaron las carcajadas.

—¿Sabes lo que siempre he querido? —Ella voltea mientras toma tequila—. Un sombrero tipo pachuco, pero cuando salgo a comprar ropa y cosas así, mi esposa e hijas van y no me dejan ver, quieren que me apure para que así ellas puedan comprar lo suyo. Eso es algo que siempre he querido.

Ella se me queda viendo mientras sonrío.

—¿Sabes lo que yo siempre he querido? —Baja la

pequeña copa de tequila—. Una bolsa, nunca he tenido una, siempre ha sido o pañalera o mochila pero jamás una bolsa.

Levanto mi copa de tequila.

—Salud por las cosas simples que queremos y que no tenemos.

—Salud. —Me acompaña ella chocando su copa conmigo.

—Creo que mejor me voy. —Me levanto tomando mi maletín y abrigo.

—¿Ya te vas? —me pregunta Elena tomándome del brazo—. Primero acompáñame.

Todavía tomándome del brazo me guía hacia el baño.

—¿Qué hacemos aquí? —pregunto volteando hacia todos los lados.

Ella me empieza a besar, rodeando mi cuello con sus manos. Empiezo a disfrutar ese beso, pero la alejo.

—No puedo... no puedo dejar que te denigres así, teniendo sexo conmigo, no te pagué para que tuvieras sexo conmigo.

—No es por la paga, es porque quiero, solo por eso.

—Empieza a pasar su mano por mi entrepierna—. Solo por eso —vuelve a susurrar.

Empezamos a besarnos, acaricio todo lo que puedo de ella, la empujo hasta la pared y ella me rodea con sus piernas, la cargo hasta meternos en uno de los baños...

La función termina, ella me mira a los ojos y me sonrío. Yo le devuelvo la sonrisa.

—Oh, oye pásame tu número para lo del trabajo. —Ella me empieza a dictar el número y yo lo anoto en el celular—. Bueno... adiós y gracias.

Ella solo asiente con su cabeza y con una sonrisa.

Me salgo del baño y me dirijo hacia la barra, tomo la botella de tequila y me voy.

Llego a mi casa, veo el carro de mi jefe estacionado afuera, checo el reloj y ya son las 4:30 a. m., así que entro a mi casa y ahí estaba toda mi familia junto a mi jefe.

—Buen día —digo mientras abro la puerta.

—¿Buen día? —contesta mi esposa con un enojo notable—. ¿Dónde estabas?

—Estaba... festejando mi cumpleaños —contesto con una gran sonrisa estúpida—. Niñas, vayan a dormir, ya es tarde. Anden. —Mis hijas voltean a ver a su madre—. ¿No me van a hacer caso? —Las niñas suben las escaleras hasta su cuarto.

—¿Dónde estaba, Rubén?

—Festejando mi cumpleaños, ya dije —le contesto empujándome la botella de tequila.

—¿Dónde lo estabas festejando?! —me grita mi esposa.

—En un bar —le grito yo también—, ¿quieres que te dé la dirección o qué?

Ella solo me mira con unos ojos de furia impactante.

—Me voy a dormir, ahí los dejo solos, para que tengan su linda y romántica velada —le digo a mi esposa y jefe.

—¿De qué hablas? —me pregunta mi esposa.

—De que mi jefe es tu amante, de eso hablo, y no digas que no es cierto porque idiota no soy. —Me doy la vuelta y me voy.

Quedo dormido rápidamente. Cuando despierto son las seis, la hora que despierto a diario. Mi esposa estaba sentada a lado de la cama con una taza de café en la mano.

—Tu jefe dijo que te tomaras el día, llegaste muy ebrio —me cuenta ella con un tono de voz bajo y con culpa agregada.

—Qué bien. —Me levanto comoquiera y me dirijo hacia la cocina. Ella me sigue.

—¿Cómo supiste?

—¿Que te tirabas a mi jefe? —termino la pregunta por ella—. Leí un mensaje, accidentalmente me lo enviaste a mí.

Ella abre los ojos de sorpresa.

—¿Quieres que me vaya?

—Ya no, estoy muy viejo para eso, ¿sabes? —digo mientras preparo un café—. Si te quieres ir qué bueno, si no pues también, me da lo mismo.

—¿Vas a salir hoy? —me pregunta mi esposa.

—Sí... tengo que hablar de una cosa con mi jefe.

—No hagas escándalos, por favor —me ordena tomándome del brazo.

—No voy a hablar con él sobre ti, tengo algo mucho más importante e interesante para hablar con él.

—Bueno, entonces háblalo mañana, no está en la oficina.

—Gracias por la información, querida.

La mañana sigue hasta que llegan mis hijas como a las 2 p. m.

—Hola papi —me saludan las dos—. Había una caja afuera, ten.

Checo la caja y venía una carta con una frase que decía *Al parecer ya no sudas agua bendita. E.*

Supe al instante de quién se trataba. Abro la caja y adentro había un sombrero de pachuco, sonrío al verlo.

—¿De quién es, papi?

—De una amiga —le contesto a mi hija.

—¿Cuándo la conociste?

—En una bella noche. —Le sonrío al recuerdo que tengo.

Mención honorífica

La fragilidad del cristal

Adolfo Isaí Ortiz Leal

Preparatoria No. 3

Nunca me sentí realmente muy niña, nunca me sentí femenina.

Caminaba por el mundo siempre inadaptada, nunca me dio por encajar ni seguir los estatutos de los demás. Todo era parte de mi gran apatía.

En el instituto solía sentarme debajo de un árbol a escuchar *rock and roll* de los setenta y ochenta en mi reproductor mp3, mientras las demás chicas todas reunidas en un gran círculo admiraban los bíceps de los chicos en las revistas juveniles a la moda en mi generación.

Si de esto trataba la juventud del desastroso segundo milenio, me decía, bien que se vaya a la jodida.

Ciertamente me desagradaban las chicas de mi escuela, solía siempre estar rodeada de chicos, pero no era yo esa chica mustia que en cada oportunidad se repite a sí misma cuánto apesta la vida. No, la vida explota en diversidad; la que apesta es la sociedad.

Pero no estoy aquí precisamente para criticar el declive de la sociedad. Eso está ya tan trillado, que sinceramente me aburre. Todos nos quejamos de lo vacío de la sociedad y su tremenda decadencia, pero todos vivimos de acuerdo a un margen de protocolos materiales que incurre más allá de lo que podemos cambiar. La ruta está bien trazada ya desde antes que uno nazca, tanto que casi cualquier intento de grito a este sistema, se ve finalmente sofocado.

¡Ah demonios! He ahí que yo acababa de decir que no iba a hablar de la sociedad. Es a veces tan inevitable no dar una opinión... A menos claro, que seas una de esas chicas observando bíceps.

Mi nombre es Elisa Sarahí, y hace dos años fui violada.

Tenía entonces quince años y medio; mis pechos crecían y naturalmente todo mi cuerpo comenzaba a cambiar. Mi figura al fin dejaba esos matices tan burdos de la pubertad. Cual rosa que deja de ser botón y se abre al Sol, así mi cuerpo maduraba, liberando al fin la grata esencia de ser mujer.

Aunque no era ni soy yo una chica muy femenina, me agradaba ver cómo cambiaba mi cuerpo, me agradaba convertirme mujer, sentirme mujer. Me gustaba la metamorfosis por la que pasaba, además que era algo también interno, me sentía cada vez más independiente, más fuerte.

Sucedió pues, un día de marzo. Era alrededor de las seis de la tarde y me encontraba sola en mi casa tomando una ducha cuando escuché ruidos en la estancia del primer piso. Sabía que no eran mis padres, pues se encontraban en el aeropuerto despidiendo a mi tía Licha, pero no me alarmé pues don Carlos, el viejo amigo de papá, solía entrar fortuitamente a dejar mercancía de la compañía donde trabajaban. Mis padres eran sus amigos desde hacía mucho mucho tiempo, lamentablemente no figuraban lo que un hombre mentalmente enfermo puede llegar a hacer estando ebrio.

Salí del cuarto de baño en mi bata y con el cabello recogido en un listón; creía que don Carlos se había ido puesto que ya no se escuchaba ningún ruido. Bajé las escaleras y me dirigí a la cocina en busca de agua para tomar y una manzana, pero al llegar me encontré con don Carlos que estaba en la barra de la cocina con un vaso en la mano y una de las botellas de whisky que papá guardaba en la alacena. Parecía muy ebrio y demacrado.

Estaba hurgando entre un montón de papeles cuando notó mi presencia.

—Hola Elisa —saludó bruscamente mientras dejó caer algunos papeles al suelo.

—Hola —respondí a secas—. Solo vine por un vaso de agua y una man...

Pero me interrumpió un sonido brusco mientras llenaba de vuelta su vaso con más whisky.

—Ah, sí. No te preocupes. Vine a dejarle unas cuantas cosas a tu padre —me dijo con voz trémula y nerviosa—, disculpa mi estado. He tenido algunos problemas con mi esposa.

Yo no contesté. Él se quedó también callado mientras servía mi vaso de agua y tomaba una manzana del frutero.

—¡Cuánto has crecido, Elisa! —dijo mientras sus rasposos ojos recorrían mi cuerpo—. Estás muy bella, casi eres toda una mujer. Quizá un día llegues a ser tan sexy como tu madre. Ese cabrón de tu papá sí que tiene buen gusto, ¿eh? Qué pedazo de ricura es tu madre. Estuve enamorado antes de ella antes que tu padre, ¿sabes? ¿Pero quién se resiste a los encantos del gran señor don Ezequiel, tu padre?

Dijo esto groseramente sin dejar de mirarme con obsenidad por todos lados. A ese punto yo estaba paralizada. Don Carlos, el amigo de papá diciendo esas cosas. Él no era así... Al menos, eso creía.

Antes que pudiera darme cuenta, me tenía atrapada entre sus brazos. Intenté liberarme, me sacudí, lo mordí. Pero él estaba ebrio y yo sobria, él estaba nublado y yo asustada. Fue inútil.

—¡Ya verán cómo siempre obtengo lo que quiero! ¡Ya verán cómo siempre obtengo lo que quiero! —gritaba.

Nunca me sentí muy niña, nunca vestí toda de rosa ni jugaba con muñecas, ni al doctor. Pero hasta entonces,

entendí lo que realmente, ser niña, ser mujer es.

Imaginen un fino cristal en proceso, es líquido y vulnerable, a su debido momento se moldeará y convertirá en una fina copa. Mas imaginen que casi al final del proceso, una especie de ácido se vierte bañando la mezcla de cristal pronta a convertirse en copa.

¿Cuál sería el resultado final? ¿Cómo será al final la copa cuando se forme y se enfríe?

¿Siquiera pasará ésta el control de calidad? ¿Verdad que será separada de las demás y finalmente desechada?

Bien. Afortunadamente no soy una copa de cristal real, ni me desecharon de la fábrica.

Pero mi punto es el siguiente: yo, como tu mamá, tu hermana o tu abuela, somos una copa de cristal vulnerable y sensible; requerimos de cuidados. Mas he sido ultrajada en plena formación, se ha vertido un ácido en mi esencia, una basura, una mancha, como gustes llamarlo. Una nube densa y gris me envolvió.

No cuento esto para que se sienta compasión por mí, ni alardear sobre la desigualdad de género o cuán estúpido puede un hombre alcoholizado ser. Cuento esto para que se comprenda, se entienda cómo a una mariposa libre por gusto y capricho le cortan las alas, cuento esto para que se visualice lo doloroso y penoso que sería para ella emprender de nuevo el vuelo.

Afortunadamente tampoco soy una mariposa, solo es otra metáfora y con tiempo y mucho amor de quienes me rodean se puede volver a remontar el vuelo.

La mujer no es un par de senos, un trasero, y algo con qué saciar la sed sexual. La mujer es un arte, un fino arte sin precedentes en el universo. Es una flor expuesta a cualquiera que pueda llegar a arrancarla y destrozarla.

Si esa flor te permite a ti abeja beber de su polen, su néctar, si te permite a ti comensal beber vino de su fina copa de cristal, has de tomarla y cuidarla cual si fuese una fina pieza milenaria. Has de admirarla y quizás a veces, no escucharla demasiado. Su arte consiste en lo que calla.

Has de dejarla volar cuando lo necesite, has de esperarla, mas nunca deberías dejar de apreciarla. Nunca deberías dejarte dominar por el orgullo y verla solo como un objeto; atiéndela, es tuya si te lo permite. Está hecha de ti. Apréciala, admírala, bésala, toma su mano y siente su piel, mira sus ojos y observa cómo te hablan. Déjala que se vaya y regrese, que se enoje y se contente. El amor es libre, no aprisiona.

No te conformes con conocer solo su cuerpo, que hay todo un universo dentro. Recuerda que la fragilidad del cristal no es una debilidad, sino finura.

Mención honorífica

Lulú alucina.
El agua y su ciclo infinito

Adolfo Isáí Ortiz Leal

Preparatoria No. 3

Verano. Lulú se encontraba sentada al piano, ensayando las notas que su padre aquella tarde le había estado enseñando. Eran ya más de las ocho de la noche, la oscuridad se adentraba en los cielos y las nubes parecían apagar su blanco color mientras el brillo ahora se hacía protagonista en las estrellas que cada vez más se hacían notar, así como una inmensa luna llena. La luz de ésta se filtraba por la ventana de la habitación donde la pequeña niña tomaba sus lecciones.

Lulú que sumida estaba en sus notas, errando una que otra vez, comenzó a sentirse cansada, los dedos empezaban a dolerle y también su espalda. Lulú, que solía hacer las cosas únicamente por gusto a excepción que su padre le mandara a hacer algo importante, se dijo a sí misma que había tenido suficiente y se levantó de su lugar.

Alzó la vista en su derredor y se dio cuenta que había anochecido. Notando el resplandor que por su ventana se colaba se dijo extasiada: ¡La luna ha llegado!

Para Lulú, esto significaba una cosa, algo que le fascinaba hacer cuando “la luna llegaba”, esto era sentarse por algunas horas en el balcón de su habitación a observar el cielo, las nubes, las estrellas y la luna por supuesto. Le gustaba además llevarse una taza de té instantáneo consigo.

Acaso a ningún niño le maravilla el té, pero a Lulú le encantaba, tanto que después de observar a su padre prepararlo, a sus siete años había aprendido ella misma a hacerlo.

La verdad es que Lulú era una niña muy diferente a las de su edad, pues era muy correcta al hablar, usaba —como decían sus compañeros de escuela— palabras extrañas.

En su escuela solía ser muy introvertida y taciturna, sobra decir que no tenía muchos amigos, pero a Lulú esto no le inquietaba, le encantaban las historias, su imaginación era su mejor y mayor compañía.

Solía llegar a casa contándole a su padre sobre alguna historia que —según Lulú— le narraban las nubes en el tiempo del recreo.

Cierto era que esto a su padre no le asombraba tanto. Lulú parecía encontrar historias en cualquier lado, de hecho, una tarde después de jugar en el columpio de su jardín, mientras tomaba el té junto a su padre, Lulú canturreaba una extraña canción sobre hoyos en el cielo, y un muchacho que solía perderse entre ellos...

La oscuridad invade sus ojos de fuego,
la realidad se le escapa de la manos,
tristes sus maneras, marchito su pecho,
se pierde el muchacho entre agujeros negros.

Así decía la inusual canción que Lulú musitaba.

—¿Dónde has escuchado eso, pequeña? —preguntó su padre desconcertado.

—Ah, pues los árboles de allá me lo han susurrado —contestó Lulú como si esto fuera algo muy ordinario.

Así pues la pequeña salió de su habitación y bajó las escaleras dirigiéndose a la cocina para prepararse su té. Hoy se le antojaba uno de manzana con canela.

Cogió su taza favorita azul de la alacena, se aproximó al garrafón de agua y presionó la llave empotrada en éste para servirse. Cuando hubo terminado de llenarse, de

pronto escuchó una voz que sollozaba, era un lamento amargo y muy triste. De pronto a Lulú le cayeron de la nada gotitas de agua por aquí y por allá...

—Lágrimas —pensó—, ¿pero de dónde vienen?

Buscó Lulú curiosa la fuente de ese llanto, no le gustaba ver llorar a la gente. Encontró que quien lloraba era justamente el garrafón de agua.

—Ya, ya, ya, no llores señor del agua —dijo Lulú muy amablemente—. ¿Qué ha pasado para que estés llorando tal cual como un bebé? Me has mojado.

—¡Oh! Perdóname damita —contestó el garrafón avergonzado—. Estoy muy triste, pero no pasa nada, vete ya. Disfruta tu taza de té... Al menos, así he servido de algo.

—¡Pero qué dices! —respondió Lulú con firmeza— No te dejaré hasta verte sonreír, por favor, cuéntame qué sucede, me gusta escuchar.

—Bien. Te lo diré —contestó el señor Garrafón todavía lamentándose—. Es sobre el aire, sobre las alturas.

—¿Sí? —preguntó Lulú desconcertada—. ¿Qué es tan importante sobre el aire para que te entristezcas así?

—El aire —empezó a contar el desdichado mientras se calmaba—, el aire se eleva, sube al cielo y vuela; está aquí y en todas partes. Las aves extienden sus alas en él y se deslizan a su antojo, el aire entona melodías deliciosas con instrumentos hechos de madera, el aire hace bailar a las hojas, enciende fuegos... ¡Oh, el aire! Todos los seres vivos respiran aire y esto hace posible que existan. En cambio yo simplemente soy agua insípida, destinada a fluir desparramada siempre por los suelos, tan lejos, tan lejos de los cielos.

Lulú, que había comprendido muy bien, replicó:

—¿Qué importa que no puedas elevarte? No solo el aire es necesario para la vida. Nosotros los humanos, las plantas y los animales necesitamos de su agua todos los días. Gracias a sus aguas puedo prepararme mi té en las noches, gracias a usted los bosques se mantienen verdes y los peces pueden nadar contentos en el océano. Hasta

podemos bañarnos de sus aguas para estar limpios o simplemente para divertirnos. ¿No se da cuenta que sin agua nada de esto podría existir?

Al mencionar la palabra “existir”, el señor Garrafón esbozó una sonrisa. Ya un poco aliviado de sus penas y en calma, el señor Garrafón dijo a Lulú:

—Vaya pequeña, qué inteligente y buena eres. Realmente no me había dado cuenta de todo ello. Al parecer, la existencia es buena, es muy compasiva.

—Sí... —contestó Lulú sin entender del todo esta última frase—. Así es.

—Me siento mejor, linda damita pero, ¿sabes? —dijo dulcemente el señor Garrafón—, lo que más deseo en el mundo es subir. Subir con el aire y estar aquí y en todas partes.

—¡Oh! —exclamó Lulú consternada—. Papá dice que no siempre se obtiene lo que se quiere, pero yo creo que hmm... nunca sabes.

Dicho esto, sonrió al señor Garrafón y lo abrazó.

Lulú procedió a prepararse su taza de té y se despidió.

Pasó la noche platicándole a su amiga la luna lo que había sucedido con el señor Garrafón, mientras las nubes entrometidas, parecían escuchar también con interés su historia.

Al siguiente día, al llegar Lulú de la escuela, fue a jugar como de costumbre al jardín. Y para su sorpresa Lulú se encontró con el garrafón del agua arriba de la mesita donde solía merendar con su padre en las tardes. Estaba totalmente vacío.

Lulú llamó a su padre que se encontraba dentro en la cocina preparando la comida. Salió enseguida y preguntó:

—¿Qué sucede, mi niña?

—¿Qué ha pasado con el agua del garrafón? —preguntó Lulú.

—Han venido tus tíos y hemos preparado agua de frutas.

—Ah. Ya veo —le dijo Lulú—. ¿Así que se han bebido toda el agua?

—No exactamente, querida. Ha quedado poco menos de la mitad.

—¿Y qué le sucedió al resto? —preguntó Lulú muy angustiada.

Su padre soltó a reír elogiando la curiosidad de su hija. Sonrió y le dijo:

—El resto se ha evaporado, querida.

—¿Cómo? —preguntó Lulú sin entender.

—Verás pequeña, cuando se fueron tus tíos, olvidé meter el agua a su lugar en la cocina. Como ves, ha hecho demasiado sol todo el día, estamos en pleno verano, así que con el calor del Sol, el agua se ha evaporado. El vapor es ese común gas que sale de tu boca en invierno, o el que sale de la tetera cuando hace peculiar ruido.

—¡Whoa! —exclamó Lulú como si hubiese descubierto un gran secreto—. ¿Y a dónde ha ido?

Su padre sonrió, tomó las manos de su hija y apuntando hacia arriba le dijo:

—Se ha ido hacia arriba, el aire se la ha llevado a las nubes.

—¡Vaya! Así que todo gracias al Sol... El señor Garrafón debe estar muy contento.

—¿Quién? —preguntó su padre.

—Nada. Olvídalo papá —contestó Lulú mientras corría alegremente a sus columpios.

Y así fue como el agua encontró su ciclo infinito.

Y así fue como la estrella que quema, encontró sin querer, su propio y único abrigo.

2015
Categoría Facultad

Primer lugar

El aeropuerto está en
carretera federal

Mikhail Alec Iván Carbajal Moreno

Facultad de Filosofía y Letras

well, I'm so lonely
I get so lonely, I could die

M. AXTON, T. DURDEN, Heartbreak Hotel

1. Génesis

Tenía diecinueve, se llamaba Oyuki, por una tía, quien a su vez, se llamaba así por una novela. Desertó casi al segundo año en artes escénicas (aunque actuaba bien). Empezó a trabajar no por necesidad sino por aburrimiento en un museo y fue escalando; primero fue edecán, luego recepción, luego guía. Soñaba con terminar en la gerencia. Era un poco cleptómana, con suvenires del museo sobretodo. Cosas inocentes, cosas que nadie echaría de menos: una pluma, un libro, un cheque, la ubicuidad, el desierto, el pasado.

Se llamaba Oyuki, pero para mí era la Rabdomante. Rara vez salía, rara vez iba a cotorreos. Oyuki. Piel caliza, aperlada, más ámbar y más trigo que cualquiera de su familia. Cabello negro que se pintó rojo y terminó envinado. Delgada con zonas blandas; Oyuki, apréndetelo bien; aunque su nombre haga que la lengua emprenda un aplanado de viento al borde del paladar; O-yu-ki, ella era para mí la Rabdomante, así, completo... apréndetelo, yo nunca lo pude olvidar.

Yo tengo veintiocho; soy un percusionista. Fracasado. Nacido en la Guayulera, allá en Saltiork. Había llegado a Mmmterrey desde hacía un tiempo, según yo para tramitar la visa que nunca me dieron.

Estudié crítica y teoría del arte, cosas que jamás ejercí. Iba por las arterias principales con mi ropa mal planchada, la suela de mi zapato queriéndole dar mordiscos a la banquetta. Un caos, para variar.

Había tenido —a pesar de la panza chelera y lunares de calvicie en la mollera— cantidad de novias y amantes. “Sélf cónfidens, bro”, le decía a mi compa Lalo, “Sélf cónfidens y saber bailar, con eso la libras”. A las doce a eme, yo estaba como idiota con los lentes de sol puestos, ahí en el bar, pisteando dos equis en el Shack Mall. Nido posmo.

Había tenido cantidad de novias y amantes, muchas de ellas amor de una noche, personas de las que me olvidaba al día siguiente, personas a las que odiaba luego de un tiempo, pero a ninguna había amado de la forma ingenua, retorcida, fugaz, trascendente, única, como la amé a ella. Siempre resulté ser medio egoísta. No hablaba con mi familia desde hacía años ni aspiraba a volver a verlos. Era de las personas que olvidaban el nombre de la persona con quien dormía. Ganaba poco trabajando de mesero y eso poco me lo gastaba solo en mí.

Ni el más potente desodorante en lata, ni la más exclusiva colonia, me quitaban ese olor a tabaco y sudor. Antes de la Rabdomante, fui una persona tóxica.

Estaba solo, nena, tan solo, que pude haber muerto.

2. De nosotros, ni hablar

En Mmmterrey laberíntico todo puede suceder. Es como si estuviéramos de alguna manera más allá de lo físico, encerrados, amurallados entre cerros. Por eso es muy importante subrayar la foto en la que salimos bailando la Rabdomante y yo. Esto lo cuenta (*y me ataco de risa por cómo lo hace*) Lalo. La foto nos la tomó una amiga de él:

Figura 1. Bar de Morelos; parranda improvisada; lunes, 20:00; sabemos que Oyuki, a quien Catafito apoda la

Rabdomante, minutos antes de esa foto, estaba sentada en la barra con los brazos de un monigote (*que no era Catafito*) alrededor de su hombro. Catafito estaba tomando una *aborigen* y fumando como chacuaco, agarrando cotorreo con otros compas en la mesa del frente. Nadie sabe cómo terminaron los dos en la pista, bailando techno-comercial-farruko (*raro en Catafito, que nunca bailaba*). Se miran muy sonrientes los dos, agarrados de la mano. Alguien pregunta “¿son novios?”, la fotografía misma pregunta “¿son novios?”, ninguno de los dos responde. Si esa noche Oyuki no duerme con Catafito, él se irá al hotel Heartbreak, a huevo.

¿Por qué es importante subrayar la foto? Porque esa fue la primera vez que salimos, la primera noche que empezamos a platicar. Esta foto es importante, pero no la tengo, solo la vi una vez en un álbum virtual de esa amiga de Lalo.

En el museo donde laboraba Oyuki había una exposición con objetos —originales y avalados por notario— de Bob Dylan, un par de fotos, una corbata (*¿usa corbatas?*), algunos discos autografiados.

Vaya, pareciera que lo daban por muerto, porque una exposición de objetos de una persona presupone que ésta ya está muerta, ¿no?, pero solo los entendidos iban y valoraban las piezas. Ya te imaginarás el tipo de banda que asistió; puro rockerillo. Proyectaron una peli (*nomás porque Dylan era banda sonora*) que se acabó como a las siete y cacho, luego la Fuenteovejuna sugirió irse a pistear, aunque fuera lunes. La Rabdomante era amiga de un amigo de un compa de un primo de Lalo; me conocía de vista, le inspiraba confianza. Si me veía por la calle me sonreía y yo le sonreía. Esa noche, justo cuando ya todos nos dirigíamos al bar, ella me agarró fuerte de la muñeca: “Yo te sigo a donde vayas”, creí escuchar.

Fue mágico, neta, mágico. En ese instante, algo en medio de este corpulento monumento norestense, latió, germinó, algo así.

3. *Rándom tóugs abaud la Rabdomante*

Tengo un *trip* bien denso con aquello de la Rabdomante. La fui queriendo poco a poco y decir que por ella limpié mi departamento ya es decir suficiente, limpiarlo a fondo, desempolvar la alfombra, doblar la ropa, acomodar los trastes. La primera noche que estuvimos juntos le puse de apodo la Rabdomante por su eficaz don de hallar tesoros y vida en sitios inhóspitos, como en mi cuerpo mismo. La palabra la había escuchado en un documental o algo así en la tele, era una palabra similar a “rimbombante”, a ella nunca le molestó que le dijera así, enterito, completito: eres mi Rabdomante.

Con ninguna otra persona me sentí tan importante y a ninguna otra quise proteger como a ella. Verla dormida, rayando al ronquido, ver su flequillo imperfecto. Mirar sus pequeños senos esparcidos en el campo de batalla. Me quedaba un largo tiempo viéndola y no podía dormir. Temblaba por la sola posibilidad de perderla, indudablemente ella había conseguido sacar lo mejor de mí. Compartíamos un *sax* de Tecate, un sax de una vieja compilación que compré en remate allá en Micsóp & *sex*, luego ella se quedaba dormida y yo me quedaba viéndola hasta que amanecía y abrían la tiendita y le compraba un yogur.

Cuando regresaba, ella se estaba metiendo a bañar, salía desnuda, me propinaba un beso escueto, se vestía con el cabello aún mojado, la encaminaba a la esquina donde pasaba el único camión que entraba a la colonia, y se iba. Yo regresaba a casa exhausto... en dos ocasiones, el colchón aún poseía su humedad, el colchón aún poesía... su humedad. No es un *typo*, lo juro.

4. Las noches

La Rabdomante no era mía, creo que jamás lo fue, ni siquiera las noches que compartió conmigo. En una de

esas dejó su vestido dentro de una bolsa negra, lo lavé y le puse suavizante, no lo volvió a recoger. Hasta la fecha pienso que lo hizo a modo de bandera: una forma extraña de marcar territorio y abandonarlo, dejando la incertidumbre y posibilidad, a la vez, de volver un día y reclamar lo suyo. Le ha fallado, porque su misteriosa desaparición de mi vida dejó un vacío tremendo. He intentado seguirle la pista, preguntar a todos los posibles conocidos en común su domicilio, algún teléfono de casa, respuesta sobre su paradero, nadie me ha podido responder. No me he cansado de marcar a su celular, pero está infinitamente apagado. ¿Se lo habrán robado? ¿Lo habrá arrojado desde el puente amarillo hacia el río con todas sus fuerzas? ¿Lo habrá apagado voluntariamente?

La Rabdomante vino conmigo una noche a los bares más malamuerte de Mmmterrey. Como no había (*ni parecía haber*) formalidad entre nosotros, me limitaba a picharle una guama y la veía recorrer el sitio como un cachorro adoptado corriendo libre en el enorme patio de una familia de animalistas privilegiados en San Pete. La única condición que le di es que conociese y se enamorase de quien fuese, venía conmigo, así, tal cual, y que no abandonaría el sitio con otra persona que no fuera yo; al principio me pareció retorcida la propuesta que yo mismo articulé, a ella le molestó y en dos o más ocasiones creo me odió a más no poder; una noche nos corrieron del sitio y un barbón se la quería llevar, estaba borrachísima pero yo le dije que venía conmigo (*en mi vida creí decir eso de una persona, aceptar que me importaba tanto como para pelearme en medio de la calle con un malandro de mi calaña con tal de no dejarla entrar a la cueva del león*).

Y aunque se entregase bucalmente a otros fachosos, incluso mujeres, el taxi y la noche lo compartía conmigo. Supe que me había enamorado cuando lavé las sábanas y trapeé el suelo (*no recordaba el color original del azulejo*). Y en esa etapa de compromiso, no sé si real, la Rabdomanta hizo que brotaran ríos entre mi yo agrietado.

Esa semana en que salimos, Lalo se fue a Saint Louis, así que yo me pasé los cotorreos solo, acabándome una cajetilla sobre un balde mientras la Rabdomanta se sentaba en la mesa de al lado, junto con un titán y una chava con rostro perruno.

Una vez, falta de pretendientes o colegas que le comprasen la segunda ronda, quizás, se acercó a mí, me dejó acariciarle la pierna que presumía haberse depilado exquisitamente. Esa noche fue significativa, me confesó su soledad, sus problemas con el fisco y las sospechas de los auditores; me confesó también su deseo de viajar a las playas del oeste y perderse en sus arenas, me comentó que creía —ferviente y devota— en la nada, y que no tenía aspiración alguna en su vida... yo sabía que estaba mintiendo, así como sabía que no usaba ropa interior. Nos quedamos viendo las estrellas. La Rabdomante conocía todas las constelaciones y me decía, ojos brillosos, que se iba a tatuar el cinturón de Orión en la espalda, yo no sabía mucho de líneas en el firmamento, pero no tuve cara para decirle que en su espalda tres lunares ya conformaban esa empresa y que ese tatuaje sería redundancia en su máxima expresión. No pude decirle que en su espalda había miles de constelaciones, ni pude decirle que en verdad la amaba, no desear, la amaba.

La Rabdomante no consumía carne, solo sus derivados; su platillo favorito era unas cosas llamadas “falafel”, de ahí mi comprensión de la mística que rodeaba a esa mujer. En las veces que salimos, contrastaban mis filetes con sus hierbas finas. Mi taco pirata y su papa asada. Quesadillas, corazón, versus arrachera.

Fue en la última noche que hablé con ella cuando intuí una separación inminente. Tenía dos días sin reportarse y como no nos pusimos de acuerdo, no salí. Marqué, extrañado, a su cel y nadie contestaba. Una amiga en común, con una sonrisa me proporcionó su número de casa, digité los números, suspiré, sonó la línea y luego respondió, no sé si su madre o su hermana;

- ¿Está Oyuki?
—Sí... ¿quién la busca?
—Andrés, Andrés Catafito.

La mujer al otro lado del teléfono titubeó, luego dijo en voz baja “teléfono”, y volví a escuchar la voz de la Rabdomante. Sollozaba, le pregunté si estaba bien (*qué pendejo, claro que no estaba bien*), y me dijo que la vida era complicada y que entendió que jamás sería actriz. Demasiado ambiguo, incluso abstracto, para mí, que me había limitado a responderle: nena, tú eres lo que quieras ser.

Comenzó a reír más por costumbre que por buen humor o quizás pensaba que yo era un imbécil, o quizás estaba extrañada de que sonó su celular en un buen o mal momento. Le pregunté si la vería, me dijo que sí, que mañana me hablaba, entonces creo que la otra mujer entró al cuarto porque le dijo muy fuerte “¡Ya...!” seguido de un “me tengo que ir, Catafito, mañana te hablo”. Y terminó la llamada.

5. Rabdomancia

Van casi tres meses en que dejé de hablar con ella. Y tres meses menos un día en que escribí esta especie de diario (*que releo, es un asco*). De sobra tengo que decir que hoy retomo este capítulo, no soy escritor, soy un percusionista fracasado, pero debo decir que esta es la única manera de inmortalizarla. Me lo recomendó Lalo que ahorita anda jalando en Saint Louis, allá se quedó, pero hablamos seguido por cel.

Me dijo que uno de sus compas (*Lalo es esos que conocen a todo el mundo*) está buscando urgentemente a un baterista para una banda de rock industrial porque el original se fracturó los dos brazos al caerse de una moto. Me dice que en dos días comienzan una gira desde DF hasta Hermosillo. Yo he comenzado un ahorradito, algunos billetes que me garantizarán unas semanas de viaje en

lo que decido qué sigue en mi vida. Debo aceptar que la desaparición de la Rabdomante me ha dejado un vacío tremendo y que no hay noche en que no me acuerde de ella. Por supuesto no me habló al día siguiente, ni me ha vuelto a buscar.

Tengo muchas hipótesis que se multiplican con cada día que pasan. Ya quitaron la exposición de Bob Dylan y la nueva guía no tiene experiencia ni pinta de saber un carajo sobre el arte, o el rock.

En algunos escenarios veo a la Rabdomante internada por haber planeado algún suicidio por empastillamiento y a su madre guardando su celular celosamente e impidiéndole volver a ver al mundo. Me la imagino contestándole mecánicamente frases vacías a su psiquiatra. Esnifando ilusiones deploradas, perdiéndose en el blanco de los muros. Hay otros escenarios menos turbios, la Rabdomante recuperándose de algo, algo incierto, montando un caballo en alguna población recóndita, vestida de blanco, alejada de todos estos aparatejos cancerígenos, una especie de retiro espiritual (*aunque sea fiel y devota a la nada*).

En otro escenario, la veo con un nombre falso, viviendo en Houston: Maggie Catafito. Gastando una fortuna que sustrajo de su anterior empleo, o dedicándose de lleno a la estafa. Quizás no ha encontrado la manera de contactarme porque ya tiene rato que perdí mi celular y el nuevo número lo tiene solo Lalo, tal vez no puede venir a mí porque no recuerda exactamente dónde vivo... *Keep dreaming, cowboy, keep dreaming*.

En el mejor de los escenarios, se ha marchado a una playa del oeste y está recorriendo la zona con un traje de baño rosa; me está esperando, está buscando tesoros con una vara y ya ha encontrado tres o cuatro hasta la fecha, en ese escenario vamos de la mano y nos perdemos en la playa.

6. Epílogo

Iba a tomar un taxi hasta el aeropuerto; me quería cobrar muchísimo y no estoy para lujos. Lo idóneo es que tome un camión y luego camine casi tres kilómetros. Tengo suficiente dinero, pero como nunca he viajado en avión, no sé qué tengo que hacer. Aún no me decido si viajaré a la capital a suplir al compa baterista, o si me iré a la playa y caminaré a la costa esperando encontrar a la Rbdomante tomándose un daiquiri y comiéndose esa cosa extraña que se llama falafel.

De todas formas, en cuanto acabe de escribir esto agarraré un ruta 111 y luego caminaré varios pasos. Si algún día llego a la terminal, si alguna vez vuelve a mi vida, espero que lea esto y que sepa que lo primero que puse en mi maleta ha sido su vestido color rosa —aún con el aroma de su cuerpo que ni el suavizante ni el jabón eliminan— y que si no la vuelvo a ver estaré tan solo, nena, tan solo que podría morir.

Mayo, 2015, Mmmterrey, Huevo León, Mágico.

Segundo lugar

Cometas

Carlos Alberto Blanco López

Facultad de Filosofía y Letras

Todo es gris en este lugar, le digo a mi amiga mientras esperamos el camión en la parada. Veo a personas tomadas de la mano con los dedos abiertos, caídos como no queriendo estar ahí esperando un autobús, o al menos no uno que los lleve al lugar a donde van, su destino mal elaborado: no es el que quería, piensan, pero es el que me tocó.

Las hojas del periódico que un hombre lee vuelan y solo observa cómo caen a unos metros de distancia, luego con displicencia regresa a hojear el resto que le queda entre sus manos. El pliego cae en los pies de alguien más que tan solo hace un leve movimiento con su zapato limpio, el más limpio de todos los que esperamos en este lugar. “Alumno asesina a maestra: diferencias de opinión, digresiones sobre un tema” dice la nota. Giro la mirada y veo desesperación en el rostro de mi amiga. Vive muy lejos, a dos municipios de distancia del lugar en donde estamos ahora mismo. Dos horas de trayecto de su casa a la mía.

Un día, recuerdo que tomamos un camión por aburrimiento y sin querer nos dejó a las faldas de una montaña. Bajamos. Escalamos la montaña que era altísima y en el camino nos recostamos en el pasto para descansar. Veíamos las nubes y todas eran deformes. Imposible hacer de ese momento algo romántico. Al llegar a la cima, nos sen-

tamos sobre una roca para apreciar la ciudad, tan grande y pequeña a la vez. Qué horrible es el espacio en que habitamos, pensé; pero solo pude mirarla contemplando la ciudad, imaginando que ella sentía lo mismo que yo. Señalé una montaña y le dije, detrás de esa vivo yo.

Una montaña separa civilizaciones, es como ruido geográfico, no deja que la comunicación, que las relaciones se den de una forma horizontal sino que afecta en muchos procesos, pensé.

En la cima en la que estábamos había una cancha de básquetbol. Ella me contó que cuando era niña pertenecía a un equipo, tenía muchas amigas y le gustaba mucho; nunca me había sentido tan bien como en ese entonces, me dijo. Seguimos nuestro paso y no sé qué tipo de casualidad presenciamos o si el misticismo de la naturaleza estuvo a nuestro favor, pero encontramos una pelota y su mirada cambió de manera asombrosa. Jugamos por unos minutos. Se veía feliz, estábamos felices. No pensábamos en la tarea que teníamos para el día siguiente, ni en el castigo que le darían sus padres por llegar tarde a casa.

Me contó también que la navidad anterior, hacía apenas unos meses, su abuelo había muerto y que viajaron desde Monterrey hasta Guadalajara solo para el funeral. Ella no tenía buena relación con sus padres, ella no conocía a su abuelo. En el camino, en un retén de militares, asustada se metió tres *brownies* que tenían marihuana, los cuales guardaba en una bolsita y eran su reserva para soportar su estancia en aquel lugar, con su familia. Iba drogada en un autobús con rumbo a Guadalajara y su madre dormía en el asiento de al lado.

Quise decirle que se veía hermosa, que el reflejo de la luz del sol y la humedad en el suelo hacían que su piel se tornara de un color muy claro. Que la brisa de los árboles caía en los vellos de su rostro y parecía que brillaba, que contenía pequeños diamantes. Bajamos la montaña en silencio y esperamos en una parada un autobús para cada quién: ella el 206, yo el 27.

Me dijo que estaba embarazada de su exnovio. Yo la miré y recordé a su abuelo muerto. Imaginé la escena de ella recostada sobre la cama de su abuelo, viendo el techo, intentando contar los puntitos de concreto que se formaban ahí arriba, imaginando que eran estrellas. Seguía siendo hermosa.

Una montaña es una montaña, le digo ahora, viendo sus ojos que no me miran sino que están a la espera del camión. Ajá, responde. Y todo es gris en este lugar, pienso mientras observo de nuevo el periódico danzando con el viento. Una montaña, pienso de nuevo, pero ahora no en la falta de continuidad, no en la segregación que se crea geográficamente sino en que una montaña está rodeada de otras similares y al mismo tiempo estática. No hace ni puede hacer nada.

Su condición la condiciona. Y es triste pensar en eso.

Pinche camión, ya se tardó un chingo Carlos, ¿qué se cree? dice ella sin mirarme. No lo sé, ¿qué ruta es? respondo. El 72 pero hay varios, el que me deja en mi casa es uno que dice “Cometa”. Qué chido, le digo, ¿por qué se llamará así? Imagínate que vuela y que te deje en un lugar lejano, que sea como un cometa, un meteorito y viajes a muchos lugares. Desearía que explotara, como el que destruyó a los dinosaurios, dice ella, que hiciera un pozo enorme en este preciso lugar.

Pasa un 73 pero no dice cometa, dice “Monte verde” y yo no puedo recrear esa palabra en mi cabeza, y tampoco puedo imaginarnos juntos sobre un cometa.

Tercer lugar

Carta a mamá cadáver

Irene Denisse Gamboa Salazar

Facultad de Filosofía y Letras

Mamá:

Hoy te pudres bajo la tierra. Dejaste de respirar. No te salvamos. Siete meses duró tu protagonismo en la casa: tú y tu enfermedad autoinmune, tú y tu fragilidad, tu ya casi ausencia antes de morir. Te ibas convirtiendo en un cadáver, ibas quedándote en los huesos; sin poder comer, porque la boca te sangraba. Te invadieron las llagas, tenías la piel en carne viva. ¿Qué queda de ti? El olor que dejaste en el colchón y una mancha que de modo inútil traté de limpiar obstinadamente. Con la lluvia del invierno, te volviste humedad. Ahora solo eres el suéter que guarda un poco de tu esencia. Cuando te lo vi por última vez, te peinabas con dificultad sentada en tu cama. Pobre de ti, mamá.

Quisiera que en este momento en el cual escribo y estoy sola pases frente a mi puerta; que en las noches cuando salgo al patio, estés escondida en el pasillo, entre la ropa recién lavada. O que estés en cualquier cuarto al que entre sin tocar. Mamá, tengo una extraña necesidad de tu cuerpo, de tus defectos, de las cicatrices que te provocamos cuando nacimos. De abrazarte como cuando era niña y quería ser una misma contigo. Ahora me acuesto en el lado de la cama donde tú dormías y lloro, porque solo cuando lloro duermo bien; papá me observa en silencio.

Sigue habiendo algo tan primitivo en mí: el miedo que

me causa el fuego de la vela de ese altar improvisado, el cual al mismo tiempo me llena con su calor. Esa flama tiritando es como una prolongación de tu existencia. Qué puedo decirte, que quizá no sepas: tengo cierto arrepentimiento. Cuando llego quisiera que me preguntaras “¿Cómo te fue?”. Ya no te respondería solo un fatigado “Bien”. El recuerdo más significativo que tengo de ti, es ver tus pies tras la cortina mientras se escucha el agua correr. Imagen que memoricé, a causa de mi costumbre arraigada de entrar al baño mientras estabas en la regadera, tal vez porque me gustaba tanto cómo olía en ti el perfume del *shampoo* y del jabón.

Quizá en el fondo te estoy pidiendo perdón: fui muy cobarde, me alejé de ti y de tu enfermedad; me refugié en la escuela, en salir temprano y llegar tarde, en no estar. En verte solo un momento, en quedarme en cuartos de hotel, en ir al teatro. Ahora me refugio en querer devolver el tiempo, en haber decidido quedarme y acurrucarme un rato a tu lado, como a veces me pedías y yo te rechazaba, como finjo hacerlo cuando me acuesto, ahora tú muerta y yo sola, en esta cama que a veces escucho crujir. Extraño tus gestos, tu cabello, tu piel, la quemada que tenías en el brazo por correr de niña y tropezar con esa olla de frijoles que se cocían en leña, en aquél sitio donde naciste, tan remoto para mí. Lo recuerdo todo: el suéter se te pegó en la piel y te quedó una marca; una cicatriz amarilla que luego yo en mi infancia acariciaba.

Me provoca vértigo recordar esa mañana que entré al cuarto, mi hermano llorando, la cama vacía: ya no estabas, la luz apagada, tu bolsa de mano en el buró, en el cajón los suplementos que con dificultad comías, en el piso las sábanas, la basura. Debía estar listo para el siguiente paciente. Recogimos todo en una bolsa de plástico que lleva siete meses en el mismo sitio, porque no hemos conseguido aún la fortaleza para desenterrar ese día.

Me resultan extraños algunos pensamientos, la sensación de que en tu velorio me hiciste falta, también

durante tu entierro. Sinceramente nunca pensé cómo sería tu muerte. Durante la enfermedad no creí ni por un instante en esa posibilidad, a pesar de que tú misma lo decías. Lo admito: deseé que cualquier cosa pasara, que lograras curarte o murieras, pero que terminara todo. Hoy echo de menos cosas tan simples: escuchar tus pasos, las palmas de tus manos, tus dedos, verte desayunar café y pan dulce mientras ves cualquier programa en la televisión. Añoro algo que nunca pensé: hablar después de la comida. Ahora solo somos dos: mi hermano y yo, quienes hacemos la sobremesa. Recordándote parecemos dos ancianos prematuros.

No creo en el destino, mucho menos que el tuyo haya sido terminar así. La idea de que estés muerta es insoponible, como el hecho de que no te veré ni hablaré contigo otra vez. Me resisto a aceptar haberme despertado ese día, y escuchar que habías fallecido. Traté de verte en mi cumpleaños pero sabes que siempre se me hace tarde. Y ese día llegué a las 12 en punto, cuando termina la hora de visita. Es como si cada demora de ese día, al desayunar, darle de comer a la gata, tomar el metro hubiese contribuido a tu muerte.

Los primeros días sin ti, tenía miedo de verte o de que pudieras oír mis pensamientos. Eras algo en todas partes. Quise creer en Dios, en tu alma ascendiendo al cielo; confiándome a un malinterpretado Evangelio 23:43. En el transcurso de los días me di cuenta de lo equivocada que estaba al haber abrazado el sinsentido de la vida, sin haber sufrido antes, pues solo después de una pérdida es cuando se puede adoptar con verdadera convicción. Todo entonces se revelaba como realmente es: inventado por nosotros los humanos, todo lo que vemos, somos y aspiramos a ser. Necesito pensar que si muero ahí estarás tú. Sin embargo, fuera del autoengaño que es la vida, eras un ser vivo y todas tus funciones vitales, tus órganos colapsaron. Tu cuerpo sigue el proceso de

volver a la tierra, en el silencio del féretro. Y tu alma, tu manera de ser, tus pensamientos dependían de él. Al fin de cuentas la ausencia de tu cuerpo es la ausencia de tu alma. Nada es eterno, solo da vuelta. Nos reciclamos, lo que una vez constituyó a un ser, pasado cierto tiempo, se transformará en otro.

En ocasiones creo que moriste igual que un perrito o un gatito, porque siento como si me hubiese quedado con los brazos cruzados, sin saber qué sentías o qué hacer para ayudarte. No olvidaré mi último día contigo, te daba de comer papilla y nos reíamos de que el muchacho de lado hubiese muerto por broncoaspirarse con un bocado de comida y no debido a su enfermedad. Te dije en broma que solo faltabas tú. Ese día tuve que regresar a prisa. Al irme me preguntaste que cuándo iba a ir y te respondí que iría a verte si conseguía dinero pero no te di ni un beso. No me pasó por la mente que esa iba a ser la última vez que te vería con vida.

Mamá, quisiera que estuvieras en el hospital, echo de menos el cuarto, el olor a sanitizante y lo bien que me encontraba al estar un rato contigo. Siempre dijiste que te visitara más y quizá debí hacerlo, como debí hacer muchas otras cosas. No obstante, solo estuviste internada tres semanas. Sin embargo, para mí fue como vivir varios años sola en esta casa, sin tener con quién o qué comer. Sin tener ganas de levantarme. Lo único que me distraía era ver documentales sobre la Segunda Guerra Mundial; ver fotografías sobre el holocausto, ver la desgracia de otros seres humanos, ver el sufrimiento en blanco y negro, aunque realmente no sentía mucho, no como puedo hacerlo ahora: si algo me dio tu muerte, fue empatía.

En cierta medida, también lavar la ropa me salvó de volverme loca antes de que murieras. Si supieras lo desalentadores que eran esos días, afuera de la casa arreglaban nuestra calle, afuera del hospital levantaban la nueva línea del metro, todo era lodo, el cielo era gris

y yo pasaba el día tratando de matar el tiempo, tratando de negarte, de no pensar en ti en el hospital. Quise cuidarte pero no me dejaron, quise pensar en el futuro pero no podía verlo, ni imaginarte recuperada. Tenía buenas intenciones: ser mejor hija, ser más como querías tú.

Sencillamente te extraño, quisiera que se repitiera de pronto la primera vez que te visité y pasé unas horas contigo. Te acaricié el pelo, la frente, mientras tú dormitabas. Lloré porque me volviste a reclamar todo el daño que te hice, las peleas y mi desobediencia. Dijiste que necesitabas calma... Extraño ese cuarto, la luz, el olor, el pasillo, tu voz; ponerme la bata antes de entrar, abrir la puerta, verte en la cama. Preferiría todo eso a esto... Me pediste que te diera la mano, fue el último gesto de amor que tuve contigo, porque me costaba trabajo, porque antes me era difícil, no podía demostrarte nada. Solo me queda añorarte, añorar tus ojos, su forma, tus pestañas, tu iris marrón, tus pómulos, tu lunar junto a la boca, tu pelo, el color y la sensación de tu piel, todo lo que no heredé de ti.

He de decirlo, odiaba la idealización de los niños sin mamá, tan común en las películas, que preguntaban a su padre: ¿Cómo era ella? Pero no creí que alguna vez estaría en su situación, no obstante, sé quién fuiste, sé tus errores y te quiero. Es curiosa la coincidencia, en una ocasión camino al hospital pensé en qué difícil sería seguir cuando tu madre fallece al darte a luz; cuando la misma fecha de su muerte es la de tu nacimiento. Cínicamente te agradezco la decencia de morirte un día después de mi cumpleaños. Sobra decirte que tu entierro fue muy parecido al de mi abuela. Quién diría que exactamente once meses después ibas a estar en su lugar, cuando once meses atrás caminabas por el centro consiguiendo ropa para enterrar a tu mamá, ahora era yo, en una Soriana buscándote ropa interior, y escogiéndola como a ti te gustaba. También tomé un abrigo color café de botones grandes y cuello alto, de manera estúpida pensé

que tendrías frío... y justo después de ese pensamiento sentí lástima de mí misma. Quería verte como antes de la enfermedad y cuando preparé la ropa que íbamos a entregar en la funeraria escribí una nota: “Le pido de la manera más atenta que cuando arreglen a mi mamá, le peinen el cabello hacia atrás y le pongan la diadema y el abrigo cerrado, de antemano gracias”. Debías estar guapa porque estaríamos en el mismo sitio de un año atrás, donde nos peinamos las dos frente al espejo, para despedirnos de quien tanto nos había cuidado. Y sabes, te busqué allí pensando que te encontraría.

Mamá, por último deseo que sepas que vivo el presente lo más que puedo, porque ésta es solo otra época de mi vida a la que un día querré volver y no podré, como he querido meterme en el tiempo, en los recuerdos, en la noche, en llegar a ésta o cualquier otra casa en la vivimos para encontrarte y estrecharte, para hablar contigo. Para decirte que me arrepiento.

Atentamente, tu hija.

Mención honorífica

Piensa mal y acertarás

Mariana Gamboa Esparza

Facultad de Medicina

Mi capacidad de asombro sigue viva. *¿Señora, es que no entiendo por qué si dice que el niño se cayó del triciclo, es que tiene la pierna, el brazo, la clavícula y el cráneo fracturados?*, la cuestioné seriamente. Me dedico a investigar, deducir, predecir. Armar rompecabezas, contestar crucigramas, adivinar enigmas. Ser médico es ser metódico. Hay que recabar información desde que el paciente cruza por la puerta del consultorio. Cómo camina, cómo viste, cómo habla, a qué huele. *¡Ay doctora! Es que me daba miedo que lo atropellaran, y subí el triciclo a la placa*, contestó. La placa es el techo de una casa. Día tras día me topo con historias fascinantes, en este simple consultorio de Medicina General. Un cuartito de dos por tres metros. Trabajo armando los rompecabezas de los síntomas, adivino las palabras que los pacientes me tratan de decir. La creatividad humana es infinita. “KeteroLOCO” en lugar de Ketorolaco, “ISTESTinos” en lugar de intestinos, “Analis” en lugar de análisis. Ni se diga cuando llegan hablando de jiones, cuajarones, o el cogote. Nos han educado para ser sub-sub-subespecialistas. Cirujano plástico y reconstructivo de la mano, especialista en pulgar. Oftalmólogo, especialista en retina. Ginecólogo oncólogo, especialista en cáncer de mama. Neurólogo pediatra, especialista en epilepsia. No, no y no. Lo que la gente quiere es médicos

que curen achaques, mal de ojos, mal de amores y soledades. Esos también existen.

El día de hoy, acudió a mi consulta un paciente masculino, 18 años, tez morena, delgado, orientado, consciente, cooperador, dos tatuajes (la Santa Muerte en brazo izquierdo y una serpiente en el brazo derecho) con prurito nasal, rinorrea abundante y estornudos.

¿Cuál es su nombre? Odayar. ¿Cuántos años tiene? 18 años. ¿A qué se dedica? En la obra. ¿Estado civil? Unión libre. ¿Hasta cuál grado estudió? Tercero de primaria. ¿Practica alguna religión? Pues... póngale católica.

Mismas seis preguntas para todos los pacientes que llegan a mi consultorio. Las utilizamos para estadística, sin embargo me encanta jugar a las adivinanzas. Se trata de enriquecer el interrogatorio, conocer el comportamiento de la sociedad y en algunas ocasiones solo el morbo. No somos sacerdotes, pero nos confiesan sus pecados. No somos antropólogos, pero etiquetamos sus comportamientos. No somos periodistas, pero nos encanta indagar. Es inherente a nuestra profesión. Es adictivo. Pudiera preguntar solo lo necesario, pero no. Con cada respuesta, tengo más preguntas y más y más y más. No era necesario preguntarle por qué se llamaba Odayar, ni qué significaba, estaba clarísimo. Un fanático del fútbol no ocupa razones para llamar así a su hijo. Todos los papás creen que sus hijos son únicos, y todavía más con nombres así: Byanka, Siclali, Mileidi, Lleñmi, Floryfauna. También están los que quieren que perduren los nombres familiares como Airam Aseret, hija de María Teresa. Y finalmente, hay quienes se inspiran en personas famosas: Madeleyn como la de Chavana, Lady Laura como la canción de Roberto Carlos y Jowell como “el que canta reguetón, doctora”. Admito que este último tuve que buscarlo en Internet. Efectivamente existe un dúo puertorriqueño llamado Jowell y Randy, solo que la señora no sabía que el verdadero nombre de Jowell es Joel Muñoz Martínez.

Continúo con la historia clínica: Datos personales, Motivo de consulta, Antecedentes, Exploración física, etcétera. *Mire señor, usted tiene un claro caso de Rinitis Alérgica, debe tomar estos medicamentos por un mes, aquí está su receta. La enfermedad la va a tener por toda la vida, solo se controla con medicamentos cada vez que la tenga, es decir, cada primavera. Los síntomas disminuyen con los medicamentos y llevará usted una vida normal.*

¿Alguna vez has intentado bajarte del Ruta 23 lleno a las 7 p. m. de un verano regiomontano? Lo correcto es bajar por la puerta de atrás. Así que para lograr la hazaña debes empujar gente con la mochila, para que al final salgas sudado, manoseado y pellizcado. Así nos sentimos los médicos. Luchar contra todos los miedos, mitos, remedios caseros, y lo más difícil de todo: la opinión de la abuela/suegra/mamá/vecina/comadre. Haberle dicho esto a mi paciente Odayar, lo ha condenado a escuchar veinte consejos, recibir cuatro sesiones de magnetoterapia, ir con dos homeópatas, un acupunturista, una limpia con huevo y tener una camada de perritos chihuahuenses en su casa. En un año, va a volver con los mismos síntomas, que mejorarán con los mismos medicamentos. Sin embargo se va a quejar que aquí le cobramos cincuenta pesos y no incluye las medicinas.

¿Cuál es el nombre de la pequeña? Alysson Mikaela. ¿Cuántos años tiene? Cuatro años. ¿Y por qué la trae a consultar, señora? Es que le huele feo el brazo.

No me aburro. Puedo ver siete casos de diabetes, tos o mocos en un día, y aun así me mantengo entretenida porque los pacientes me dicen historias increíbles. Los seres humanos somos creadores de historias. ¿Mentiras o verdades? No importa, entretienen el alma de quienes las escuchan. Y a pesar de que quiero atacarme de la risa, mantengo mi mirada estoica y seria. *¿Cómo que le huele feo el brazo?*, le pregunté. *Sí doctora, le huelen bien feo las blusas sobretodo en el brazo derecho.* Como realmente me intrigaba

mucho esto, me acerqué a la niña y la pasé a la mesa de exploración. Efectivamente, le olía terriblemente fétido el brazo. Cuando apenas iba a continuar la exploración, la señora añadió: *Y también le sangra la nariz, pero muy raro porque solo es del lado derecho.* Se me iluminó el rostro, la exploración de cabeza a pies la realicé rápidamente y sabía exactamente dónde estaría el problema.

Alysson, me quieres decir ¿qué es lo que te metiste a la nariz?, le pregunté picaronamente. La niña sonrió y mantuvo el silencio. *¿Acaso no te falta un zapatito de una Barbie?* Y le entregué el zapatito de tacón rosa fucsia de la muñeca.

Doctora, pero ¿por qué le huele feo el brazo? ¿Es de lo mismo?

Sí señora, Alysson ha estado limpiando su nariz con el dorso del antebrazo derecho, embarrando el moco fétido que tenía por el zapatito atorado.

Piensa mal y acertarás, dicen las abuelitas. No se trata de ser prejuicioso, se trata de llegar al diagnóstico lo más pronto posible. Mujer, 45 años, tez blanca, sobrepeso, orientada, consciente, cooperadora. *Ay doctora, ¡es que me siento muy mal!*, dijo agitadamente. *Dígame en qué puedo ayudarla, ¿qué le ocurre? ¿Qué síntomas tiene?* Brinqué rápidamente del escritorio mientras sacaba mi baumanómetro y mi estetoscopio. Signos vitales normales, vía aérea permeable, buena circulación, no déficit neurológico, pupilas reactivas isocóricas, glucemia capilar 125 mg/dl, dentro de rangos normales. Mientras están hablando, nosotros estamos explorando, analizando las posibilidades, escuchando, buscando el material que nos hace falta. *No sé, me siento muy mal,* contestó. Tan pronto la empecé a revisar, comenzó a tranquilizarse. Por la edad pueden estarle sucediendo muchas cosas: infarto, angina, menopausia, etcétera. No obstante, recordé lo que me enseñó mi maestra de matemáticas en la preparatoria: “Nunca te dejes impresionar por el problema, la solución siempre es más fácil de lo que crees”.

Señora, ¿hay algo que esté pasando actualmente en su casa, su trabajo? dije mientras colocaba mi mano suavemente en su hombro. No pasaron más de dos segundos en que la señora asintiera con la cabeza y empezara a llorar. No hacía falta que ella me dijera más cosas. El trabajo mal pagado, el viejo necio, el quinceañero de la güerca, el tráfico, los impuestos, la vecina gorrosa. Como médico, uno debe ser moral, no moralista. Continuamos platicando por un tiempo, qué hacer para liberar el estrés, té de valeriana, esencia de vainilla en su cuarto, salir a caminar al parque. *Ya me siento mucho mejor, doctora*, se despidió con un abrazo. *Y recuerde señora, nada de andar escuchando “Yo no nací para amar”, que la vida es hermosa.*

Abro los ojos y los oídos, me dedico a conocer lo que me rodea. Ver lo que otros no ven, oír lo que otros no oyen, sentir lo que otros no sienten. Todos estamos conectados. El taquero, el taxista, la estilista, el estudiante, el diputado, la cajera, la viuda, el pensionado. Ruego a Dios que yo siempre tenga compasión. Es lo único que alimenta el alma de los que la dan y la reciben. La consulta ha estado tranquila. Mañana empieza el fin de semana y se preparan para las carnes asadas y los clásicos de fútbol. En esta colonia hay tres premisas: todo se cura con el tiempo; lo que no, se cura con Vicks y lo que no, puede esperar al lunes. Faltan diez minutos antes de que cierre el consultorio, y la enfermera me pidió permiso de salir un poco más temprano porque la Ecovía va a estar llenísima. Ya tengo todo preparado para salir. Escucho la campanita que suena cuando alguien abre la puerta y entra a la sala de espera. Como ya había atendido a todos los pacientes, salí de mi consultorio para ver quién había llegado. Oía a gasolina, *thinner* o algo similar. La sangre se me fue a los pies, me palpita rápidamente el pecho, y se me cierra la garganta. Tres hombres armados entraron, empapados en sangre y tierra. El más robusto de todos me dijo: *Mire güerita, queremos pedirle ayuda en buena onda.*

Hirieron a uno de los nuestros y nadie se puede enterar. No vaya a gritar o correr. Venga con nosotros.

 Mi capacidad de asombro sigue viva.

2015
Categoría Preparatoria

Primer lugar

Bessie,
la mujer de la voz azul

Karla María Díaz Romero

Preparatoria No. 22

Estimado señor McCarthy:

Usted me ha hablado acerca de mi texto que va dirigido a la emperatriz negra del *blues*, y yo quiero contestarle, no solo porque sé de antemano, que usted es un fiel estudioso de mi columna semanal en el periódico nacional, sino porque me han gustado ciertas frases que ha estructurado en su carta. Deje le digo de una vez, para no hacerle perder su tiempo, no creo cambiar la postura de las frases que le molestan, porque yo creo desde el principio, cuando me decidí a hacer un tributo a la emperatriz, que nadie puede robar o sustituir la existencia ajena, es bellamente dolorosa.

Imagínese yo aquí llorando por la madre que se le murió a un hombre al otro lado del mundo, y alguien más enfadado en Asia o España porque ha recibido una crítica hacia la columna que publicó.

Después de años de investigación e intentos de liberación para las personas que han sido segregadas racialmente, déjeme empezar, entonces, desde el principio... desde lo recóndito de mi pensamiento, respecto a la diva Bessie.

La existencia profunda para Bessie le rompe las espaldas, distingue el rumbo que va dejando detrás su coche, un Packard, la noche nocturna y su aire se cuelan entre sus huesos, los pulverizan, los vuelve nostalgia, y de pronto Bessie siente su media

conciencia, distingue esas manos, esa continuación de ellas, esa piel que se posa sobre sus brazos, que crece y continúa hasta su rostro, se empieza a ver azul, terriblemente azul y vislumbra que ese peso de la existencia profunda le hace inclinarse imaginariamente al eje de la tierra.

Observa las afueras de Clarksdale, Mississippi. Sintiendo tan azul y desgajada, mira de reojo a Morgan y antes de que pueda mencionarle algo, siente el impacto del coche que se estrella delante de un camión.

A veces tan rota, tan extingible...

Muchos años antes del accidente en coche, Bessie camina, siente sus pies disipándose en el vaivén de calores y tierra árida que azota a sus pies con intensidad. Va camino a su casa, le faltan unas cuantas calles para hallarse de nuevo con esa repetición de imagen constante de cada día.

Siente su cuerpo jadeante, y sus pies se instauran a un nuevo paso con más dificultad. La niña Bessie de apenas ocho años camina y ella aún no distingue que debajo de su camino que huella con sus plantas, con sus manos que toman las compras de la mañana, se halla oculta una raza maltratada. Apenas la vida para ella reluce con seis hermanos, no sabe que detrás de esa mano, hay una generación nacida bajo el signo de algodón, bajo la mira del sol que le dispara desde que se levanta en la mañana. Camina, sigue con cuidado sus últimos pasos hasta hallarse a esa casa que se ha convertido en su residencia constante. “No para negros”, “No se admiten negros”, distingue con dificultad las líneas inscritas en los carteles, que se hallan en el extremo de la calle, y continúa su camino evitando cruzar sus advertencias.

Bessie se mueve ligera, aunque su cuerpo no sea precisamente lívido, se instaura entre las líneas de cemento de su tierra natal y ella no sabe, aunque va cantando y bailando, jadeante, que muy pronto la sustancia pura de su existencia se inmiscuirá entre todos los bordes de

las casas, todas las puertas, todas los bares de la cuidad. Ahora corre Bessie, ve la puerta de su casa, tan lejana y tan corta, a veces tan rota y otras tan ella.

Abre la puerta, busca a su madre quien seguramente estará cuidando a uno de sus seis hermanos, ve a tres corriendo alrededor de la casa.

—Hola.

Se limita a saludar sirviéndose un vaso de agua, y antes de que la sonrisa de su mamá soltara otra palabra, suelta en la mesa las últimas monedas que ha recogido durante las cuatro horas que ha pedido dinero en la calle. Su mamá le sonrío, ve esos centavos juntados, y aunque sepa de antemano que es muy difícil conseguirlos, sabe de antemano que le durarán pocos días. Tantas bocas. Vino a su mente. Tan poco dinero. Estalló en su pensamiento. Toma la bolsa, ve de reojo la cantidad y se retira de la mesa, siguiendo a esos tres hermanos que se han perdido entre el tumulto de trastos y muebles viejos.

Lo que le gusta a Bessie de salir a pedir dinero, es esa música callejera que escucha, tan suave, tan frágil, tan llena de una mezcla que proviene directamente del corazón, que es imposible que cuando empieza a entonar sus primeras melodías acompañando a los músicos, sienta que el corazón se le achica, se le guarda en una caja diminuta, y empieza a morir un poquito más, a cada nota, siente que el hilo que envuelve su vida, se va evaporando. Como si ese cuerpo que le pesa, indisolublemente cuando cantara se evaporara, como si pudiese sacarse el cuerpo y dejarse el alma, siguiendo la admonición de Dios de no sentir ese cuerpo, sino más bien, que un espíritu superior le llena todos los espacios.

Puede sentir su brazo desangrándose, el impacto del choche cerniéndose sobre su cuerpo y con probabilidad, con el de su compañero, Morgan.

Bessie se mira desde otro ente, vislumbra a esa mujer afroamericana que está, no sabe cómo logra verse a sí misma, más

debajo de ella, como si esa Bessie que se desangra no fuese la misma que la observa desde encima. Distingue esas amplias facciones, perlas redondas, y siente una voz que se extraviado y ha dejado de pronunciar; ¿dónde está mi mente? La pregunta es lanzada al aire, pero nadie le contesta a esa mujer que interroga sin pronunciar.

El aire nocturno aún continúa moviéndose, el mundo gira y gira, dando rotación y traslación, mientras el coche de la gran cantante de blues Bessie Smith está muriendo con ella, extinguiéndose a veces tan vibrante y otras tan en pausa.

Bessie subleva la voz, hace apenas semanas empezó a hacer ese riff de blues con una voz que parece descoserse conforme se desenvuelve, recibe un aplauso, una moneda, una sonrisa, y otra de nuevo. Pero sus pulmones continúan, su cuerpo tiembla del espanto de sentirse que esa voz alcanza notas tan altas, que parece, según un retrato alegórico inventado por ella misma sin saberlo, que pueden traspasar el eco de este mundo y pasar al borde del otro.

Canta. Canta. Mueve el pie sintiendo agilidad. Sus manos hacen unos extraños ademanes que copió a los músicos callejeros que los jueves se ponen en la calle que linda con la suya. Canta. Canta. Siempre de su lado, del espacio de su letrero permitido. *No negros* dice a unos metros de ella, pero su voz es tan poderosa a sus nueve años de edad, que parecen burlar y romper todas las prohibiciones.

Ella aún no lo sabe, pero pasarán muchas escenas semejantes, la misma cotidianidad de la existencia; el caminar, incorporarse a una esquina, calentar la voz, elevarla, sentirla dentro de ella como un sol que empieza a nacer en la boca de su estómago, y las fracciones de dólares caerán encima de ella antes de que la plenitud de su ser viniese a buscarla a ella, con pasaporte en mano y una sonrisa.

En una calle de Chattanooga hay una niña esbelta, de facciones chatas pero corazón vibrante, de un oro tan reluciente y fino que empieza a volverse traslucido, pide monedas, da a cambio sílabas. Es Bessie quien canta, todos los días en la misma calle, a veces es un éxito, otras apenas es escuchada, pero ella canta, desde que ha aprendido a hacerlo, planea cantar por siempre, su voz no desfallecerá. Se vislumbra cantando entre un público agigantado.

A veces su voz tirante, otras entrecortada como los mismos cuchillos que se han clavado en su vida, el alcohol, las interrogantes, las enfermedades existenciales...

Bessie distingue un punto intrínseco entre su vida anterior y la nueva, como piensa para sí misma, Ma Rainey había llegado a su vida, vestida de blanca pero siendo afroamericana. En un concierto callejero improvisado, la encontró cantando en las calles, justo cuando ella había salido de cantar del TOBA (Teatro de Asociación de Propietarios de Reserva) y la miró. Bessie recuerda esa mirada, mientras su cuerpo se desangra e intentar incorporarlo como puede, ve esos ojos profundos, años después tan distintos, con arrugas alrededor de ellos, con un desliz de brillo que se había perdido, quizá, algún día, como la niña de nueve años en las calles de Chattanooga que cantaba en las calles.

No sé si ella me halló o yo siempre la estuve esperando, vino a la mente de Bessie, y esa idea le dio un impulso de vida. Se incorpora la mujer azul, observa el impacto del coche, y le pide a su cuerpo que soporte, no solo porque debe de vivir más, se dice a sí misma, sino que soporte como todos los cuerpos anteriores que habitaron en su lugar, en su línea genealógica directa, los cuerpos segregados.

Nos golpean. Nos maltratan. Nos arrojan los mástiles, nos llenan de agua en alta presión. Lo soportamos, recordó esa frase que escuchó en la iglesia hacía muchos años y se la repite

a ese cuerpo que cree está —ahora de verdad— empezándola a abandonar.

Parecen que las vocales se le resbalaran entre la boca, tan rosa y tan dulce, de su boca sale precipitada un montón de magia, una voz que vibra y que se cuele en todas las protestas.

Bessie canta, siempre muriéndose un poco más, mientras su voz entona los *blues* más sacados del alma, mientras sus manos se mueven con sus propios ademanes y su mirada se clava en ese escenario que le aplaude. Si pudiera usted ver cómo todos elevan sus palmas y ella se limita a hacer ovaciones, puede creer usted que una estrella de esa talla habrá librado las balas de la segregación racial. Se equivoca.

Bessie canta con la misma energía que usaba en las calles de Chattanooga. Su tono pueril se ha evaporado al paso de los años... de la mayoría de edad. Ha llegado el alcohol a su vida, como suelen llegar los invitados que son autoimpuestos en nuestro departamento, como llegó a su vida Ma Rainey, con contrato en mano que de antemano ya venía firmado. Whiskey, cerveza, vodka, los más exóticos, los más comunes, siempre pasando por su mano.

Sus canciones son vendidas en todo Estados Unidos. En las profundidades del sur, un montón de niñas piensan llegar a alcanzarla, y la emperatriz del *blues* negra canta, subleva su voz entre el saxofón, que parece entonces un lindo adorno que es colgado sobre la portentosa nostalgia electrificante proveniente de sus cuerdas vocales, de sus propias tinieblas.

Bessie empieza a vibrar, no solo en los litorales de Estados Unidos, sino también con Louis Armstrong o James P. Johnson. Su voz se subleva más allá de su cuerpo; eso solo sucede cuando el talento se encuentra absorbiendo toda la presencia, deja de ser entonces una mujer afroamericana con sobrepeso, y se vuelve una mujer, azul, como su canción *St. Louis Blues*. Tras romper todas las barreras de la metafísica, con su botella de alcohol, sosteniéndola

en la otra mano, se vuelve solo una voz, un montón de cuerdas azules, unas tinieblas pintorescas e impenetrables. Un río de mar que fluye, con la misma rapidez con la que desarrolla su carrera.

Bessie llora. Entonces su vida empezó a ponerse tan azul como sus *blues*, las lágrimas descienden sobre su piel, y su boca, después de todo, ha dejado de cantar un instante, porque la intensidad de su corazón es más avasallante que la de sus letras de protestas, no solo porque observa esa cama en donde Earl Love se ha evaporado, y ella entonces, tan joven y vibrante, ha visto cómo su esposo desde que tenía veinticuatro años, la ha abandonado en ese mundo. En ese mundo donde Bessie es lo único que tiene.

Bessie camina tras la habitación en la cual se ha coniferido momentáneamente, toma entonces de esa ginebra secreta, a veces como el vino negro, profano, profundo, y otras como la leche blanca, dulce, inmutable.

Y empieza a sentir que ese mismo alcohol que quema su garganta, es aun menos ardiente que esas lágrimas que bajan hasta mezclarse con la ginebra. Vuelve a dar un trago, e imagina una nueva letra en el fondo de su pantalla del corazón. Cierra los ojos un instante y está Earl Love, quien entona una bella melodía que nunca antes había escuchado.

Problemas, problemas, yo he tenido todos mis días...

Problemas, problemas, yo he tenido todos mis días...

Parece como si me fueran a seguir a la tumba.

La voz áspera de Bessie, su propia voz cantando Down Hearted resuena en su conciencia, mientras observa su brazo desgajándose, la sangre emanante de ese cuerpo, que ahora, después de sentir la plenitud de su carne, sus huesos, parece estar a punto de extinguirse. Pero no se extingue, Bessie nunca morirá, oyó un día decir eso a un fan que le venía persiguiendo desde dos calles antes para darle su admiración, y ahora, con la

respiración dificultosa y la vista bloqueada, piensa que después de todo ese hombre cuyo rostro ha olvidado, le dijo una profecía.

Aunque la canción más exitosa que ha tenido, con setecientos ochenta mil copias vendidas resuena en su conciencia, ella piensa que es solo música de fondo, de espera. Cierra los ojos un rato, sin la intención de hacerlo, se deja ir. Mientras piensa que ese momento, en el que cree estar a punto de morir, se está volviendo demasiado lento.

Estimado señor McCarthy, me imagino a esa mujer azul vibrante, siempre que pienso en la gran emperatriz, con su orgullo, gritándole a una mujer que le ha arrojado una moneda en la cara: ¡Tome su dinero, aquí no lo necesitamos, déselo a la iglesia!

La pienso cantando para mí. Bessie es un eje inmovible que nunca cierra la boca, porque para mí, las mejores cosas emanan de esa abertura profunda que se encarna en su rostro, con esa boca maravillosa, esos labios mieles o amargos. Ella toma de la ginebra, del alcohol, los licores extranjeros, mientras viaja en el tren que se ha comprado para sí misma y sus acompañantes evitando las leyes de Jim Crow.

Imagino esos labios carnosos, de donde salen vocíferas palabras, e historias de su propia vida, protesta en contra de las leyes de los “separados pero iguales”. Bessie subleva la voz, no solo para vencer, siempre acompañada de esa maravillosa boca, todo el escarnio hacia una generación maltratada, vencida bajo el signo del algodón, del sol quemando, de los látigos en la espalda, porque como un día alguien me dijo, el mejor antídoto contra la injusticia es el levantar las rodillas, erguir la espalda y caminar con paso firme, aunque te torpedeen. Para mí, eso siempre significará Bessie, una mujer azul con una boca privilegiada, multifacética, liberadora.

Bessie ahora está a punto de morir. No porque la haya matado yo, han pasado tantos años desde que su cuerpo me duele, su piel se clava y se instaura en mi corazón, y sus manos tejedoras de sueños ya no se mueven.

Ella ha sido hallada con su amante Richard Morgan en el coche; han intentado salvarla, dicen los periódicos locales. La han llevado al hospital más cercano, pero hay otras versiones, otros asuntos ocultos del corazón, porque su cuerpo, corpulento, mágico, abstracto, no ha sido aceptado en tres hospitales para blancos. Entonces, ahora sí, su voz alcanza el eco, pero el de otro mundo. Sus ojos profundos, mortalmente asustados se han cerrado.

Problemas, problemas, yo he tenido todos mis días...
Problemas, problemas, yo he tenido todos mis días...
Parece como si me fueran a seguir a la tumba.

Tenía razón su canción de éxito, pienso mientras escucho su voz áspera.

Estimado señor, lector, audaz escritor que me manda unas líneas que cuestionan a mi Bessie, no la que me he inventado en mi pensamiento, sino la que conozco, permítame citarle su última interrogación: “Cita sucesos que nadie conoció, los historiadores no los comprueban, no sé si es válido inventar o poner de la propia cosecha en un género tan exigente como lo que es la biografía, cuyas cualidades trascendentales, es la veracidad y la comprobación”.

Ay, mi amada Bessie, que ha sido enterrada en algún lugar del mundo, donde su voz solo nos alcanza en los discos de Columbia Records. Qué voy a hacer sin ti, pienso después de tantos años que he vivido con su ausencia.

Usted no sabe mi estimado señor... nada. Por eso desde el principio le he dicho que no voy a cambiar mis ideologías. Es cierto, he intentado inútilmente introducirme en su piel, sus ojos asustados, beber de su ginebra añeja para sentirme más cerca de ella, pero una cosa resulta cierta; su maravillosa boca ya no está, se ha perpetuado en el recuerdo fantasmal de una voz —que casi puedo comprobar— inventada para llorar, para sollozar sin soltar lágrimas. Para volverse azul.

Cómo me dueles, Bessie, cómo me duelen tus vocales, tus discos, tus monedas ya gastadas por tu madre y tus hermanos, porque yo sí te conocí, yo sí bebí, como Ma Rainey y varias otras mujeres y hombres privilegiados, de tu boca, de tu vino negro a veces tan triste e ensordecedor y otras tan dulce leche de miel.

A mí sí me habló Bessie, señor, no como a usted y a todos sus trabajadores, por música, claro proveniente desde el alma, pero sintonizada por todos. Yo sí escuché palabras que fueron inventadas para mí, yo sí escuché sus historias con las leyes racistas de Jim Crow, no solo en letras entonadas, sino en tardes de ginebra en donde su espíritu se ponía nostálgico, y su cuerpo tan azul, que parecía más muerta que cuando la dieron por fallecida en el accidente en Memphis el 26 de septiembre de 1937.

Bessie Smith, cómo me doléis en el corazón, en la piel, en la clave inscrita de mi plenitud. Eres ahora, desde hace variado tiempo, un bulto de arena cortada y tumulto de huesos expirados, tu cuerpo oculto yace bajo el tiempo labrado, adyacente en las murallas de la existencia y aun así, lloro tu muerte, lloro esa piel que ya no alcanzo y esa conciencia de aguas diáfanas que se extravió en el borde de otro mundo, al que no pertenezco. Tu voz, ya usada y rota, se mueve como un pez en el bullicio de otra existencia; tus días, tus horas, tus experiencias, se albergan en un ático en donde se conservan los recuerdos que la nostalgia frecuente. Ahora eres sentidos humanos que ya pasaron, extensión de vida, dualidad de muerte. Te veo descender por la carretera, ardiendo en tu baño de fuego, siendo una poeta, una mujer que vive en una caja chica, que siente con el fervor de un espíritu elevado una vida demasiado pequeña para la inmensidad de su propia infinitud. Y sin embargo... sé que albergas siempre en mí, no porque quiera atarte a esta vida extraña y alejada de ti, sino porque de algún modo silencioso, siempre has vivido en mí.

Tus terribles diarreas existenciales, las manías de un espíritu poético, los ríos metafísicos, las analogías con las que planeabas combatir en contra de la existencia; con metáforas de padres muertos y leyes de Jim Crow y sin embargo, todo de ti, me suena un poco a mí, todo en ti, se plasma viviente en mí.

Estimado señor, eso sucede cuando hablo de Bessie, siento su piel, de vez en cuando, me miro en el espejo y empiezo a pensar que mi alma me ha abandonado, y se ha instaurado dentro de mí esa misma mujer que me acompañaba en conjunto de sus labios, sus manos, sus años.

Tengo el mundo en una botella, el tapón está en mi mano, tengo el mundo en una botella, el tapón está en mi mano...

¡Ay, mi emperatriz del *blues*! ¡Ay, mi Bessie!, que ha pasado del útero del *blues* al sepulcro, eres una sustancia a la cual no le quiero otorgar forma, eres una fecha a la cual no le quiero asignar caducidad, descansa Bessie, tu cuerpo ya no tiene barreras, duerme humor oscuro, ojos asustados, duerme prodigiosa melancólica, duerme mientras hace años un puño de tierra cubre tu rostro, tus ríos poéticos y en última instancia tu ambivalencia de mujer-azul.

Atentamente, para usted señor, una simple amante de la gran emperatriz.

Atentamente, para mi Bessie, para la niña que te pone menos azul.

Segundo lugar

Confesiones

Bruno Julio Santillán Rodríguez

Centro de Investigación y Desarrollo
en Educación Bilingüe

Perdóneme padre, he pecado. Vengo a pedirle tanto a usted como a Dios una disculpa; comprendo que no sea aceptada, pero en verdad que haré el intento. No sé por dónde empezar, padre. Tal vez se ha dado cuenta que hace tiempo no me acercaba con usted. Espero no haya creído que lo he olvidado. Es solo que las cosas ya no son tan fáciles como antes. ¿Nunca ha tenido ese golpe en la vida donde uno se queda inmóvil sin importar dónde esté? En la cama, en el auto, en el trabajo, en la ducha, en la montaña rusa, en cualquier lado. Pero lo sorprendente para mí es el hecho de reconocer la estática en la que uno se encuentra y sin embargo no decidimos movernos hasta que pasan unos segundos. Pueden ser tan solo cinco, pero suficiente como para cuestionarte todo lo que has hecho y estás por hacer.

Tal vez crea que me he salido un poco del tema, padre, pero no es así. Permítame contarle lo que sucedió. Mi razón de esta visita tan repentina. Era viernes y Gala se encontraba peor que la última vez que vine a platicarle sobre su salud. El doctor nos dijo que era necesario que se mantuviera en descanso dentro del hospital con el fin de evitar otro accidente. La temperatura de ese día causó que Gala se desmayara al llegar al parque donde teníamos planeado un picnic la semana antes de nuestro

décimo aniversario de matrimonio. Era la tercera vez que le ocurría y ya no podía aguantar volver a verla caer frente a mí. Debió haberla visto, padre. Tan bella pero a la vez tan frágil. Por un momento, pasó por mi mente la idea de su pérdida junto con miles de cosas más y fue entonces que tuve ese sentimiento que le acabo de mencionar.

Nos conocimos cuando estudiábamos en la preparatoria. Ella era una generación debajo de la mía, pero todos los hombres aceptábamos que era la más hermosa del lugar. Tanto así que hacía ver a las compañeras de nuestra edad como menores. Una niña de dieciséis años que dejaba a quien la escuchara perplejo con la madurez de su voz y su presencia en la sala. En ese entonces, yo estaba muy ocupado ayudando a mi madre a salir adelante. Tenía que levantarme a las cuatro de la mañana cada día para tomar el autobús a las cinco y poder llegar a tiempo —seis y media— a la escuela antes de que el timbre sonara a las siete y tuviéramos que entrar. En varias ocasiones cruzamos palabras pero era tan difícil para mí hablar con ella que prefería evitar decir estupideces.

Saliendo de la escuela me dirigía a trabajar en un famoso restaurante de nuestros tiempos llamado La Correa. Fui mesero por casi dos años y me hice gran amigo del gerente y dueño del lugar, Alfonso Villanueva. Un ocurrente hombre de pueblo que dejó su familia a los catorce años para dedicarse a la industria y los negocios de la ciudad. Trabajó la mayor parte de su vida en la industria automotriz. Él mismo fabricaba las piezas de autos viejos o nuevos y eventualmente empezó a ganar una buena cantidad de dinero vendiéndoselas a negocios más pequeños que a las grandes empresas. Fue entonces que se dio cuenta del impacto que tenían los restaurantes en las familias, pero sobre todo en los adolescentes de ese entonces. Los veía entrar y salir de esos lugares, gastando sus fortunas y por más que comían no podían dejar de seguir ordenando. “Están atados por estos negocios,

hijo. Por más que quieran liberarse no logran encontrar la salida. Por eso deciden dejar de intentar y solo viven como un perro a su correa. Aunque su intención aún exista y solo se queden para olvidar la realidad”, decía. He ahí la razón del peculiar nombre. Para ser sincero, padre, en ese entonces no comprendía las palabras del viejo aunque no paraba de decirlas. La Correa fue muy popular entre los jóvenes de nuestra generación. Todos salían de clases cada viernes para ir a comer con don Poncho. En verdad que era todo un personaje. De vez en cuando les regalaba malteadas a los chicos y éstos le compartían la historia de la semana. Siempre reconoció que la mujer era superior al hombre. Las chicas lo amaban, era para ellas todo un caballero. Mientras que nosotros nos quemábamos el cerebro intentando descifrarlas, don Poncho se daba cuenta cuando una de ellas estaba triste o algo andaba mal. El hombre probablemente sabía las historias de todos en la ciudad, pero era de esas personas que le podías otorgar toda tu confianza y sabías que no te decepcionaría. Ese tipo de ser humano que al parecer se ha extinguido de la faz del planeta. Para ser sincero, nunca fue malo conmigo, teníamos una relación muy unida pero vaya que era estricto. Me veía como al hijo que nunca tuvo... o mejor dicho, que siempre quiso tener. Don Poncho tuvo dos hijos de dos mujeres distintas antes de casarse con su amada, Elena. Desgraciadamente, sus hijos no llegaron a ser ni la sombra de este gran señor. Eran un par de drogadictos, buenos para nada que en varias ocasiones llegaron a ir al restaurante para amenazarlo e incluso a robarle. El jefe era tan inteligente y bondadoso que dejaba que le robaran la caja registradora pero que no tocaran a ningún cliente solo porque sabía que eran ellos. Vaya que es un poco irónico que el viejo se haya quitado la vida en su hogar con el mismo objeto con el que otorgó el nombre a su restaurante. Nunca se supo con certeza la razón de su muerte. Se rumoraba que había encontrado a Elena en la cama con uno de los

dueños de un restaurante rival; que uno de sus hijos lo había asesinado y fingió su suicidio, etcétera. Patricio, el hijo mayor, tomó el mando del restaurante, pero nunca volvió a ser lo mismo sin el carismático don Poncho, desde la comida hasta la recepción. El lugar no tardó en cerrar y yo me quedé sin empleo. Me gustaría decir que encontré un trabajo al poco tiempo, que mi sueldo era lo que todo ciudadano promedio sueña. Pero esto no es cuento de hadas, es la realidad. Aunque lo que hoy en día hacen falta sean soñadores, padre.

No hay duda que aunque cuento no sea, me es difícil creer en algo fuera de la magia como la verdadera razón por la que volví a encontrarme con Gala. Pasé por muchas cosas antes de reencontrarme con ella, pero pareciera como si todo hubiera sido fríamente calculado para que ese sufrimiento, esas bofetadas en la cara se regresaran a mi rostro con forma de besos cálidos y largos. Nos casamos al terminar nuestras carreras y conseguimos buenos empleos. Por favor, lea la lista. Un título de la carrera, un trabajo en lo que más me gustaba hacer, una actitud diferente y nueva hacia lo que me ponía en frente la vida, la esposa perfecta, la casa perfecta, la vida perfecta. Seguí lo que mi madre siempre me dijo que buscara. Tomé las decisiones correctas. ¿Qué podía salir mal? ¿Por qué algo tuvo que haber salido mal? Tomé las decisiones correctas, ¿verdad? ¿Verdad?

Hay cosas que pueden parecer inexplicables. Cosas que a menudo uno no puede entender. Cosas que dejan a uno tendido en su habitación pensando en qué momento todo comenzó a salirse del camino para terminar desbordándose por completo. Y peor aun, cuestionarse todo lo anterior y saber que no hay nada que tú puedas hacer para solucionarlo. No importa cuánto lo desees, cuánto darías por acabar con la razón de ese insomnio mortal, llega un punto donde terminas tocando fondo y te vuelves uno con ese dolor. Eres la emoción andante.

No suena tan exagerado cuando el doctor te dice que se volvió a formar el tumor en la persona con la que planeaste vivir por el resto de tu vida. De pronto uno debe de aceptar las consecuencias aunque nadie formó parte de tan indignante causa. Los doctores hacen lo que pueden, yo hago lo que puedo, pero todo parece ser inevitable. Le dieron un mes.

De pronto, me viene a la cabeza aquella frase tan insignificante cuando era joven de un viejo ocurrente. Pero resuena en mí aquel “aunque su intención aún exista y solo se queden para olvidar la realidad” y entro en razón de que no vengo a pedirle que usted pida por ella, padre. Solo he venido aquí por un enardecedor hecho. No tengo con quién más ir. No hay nadie con quien pueda hablar. He perdido todo. Mi familia, mi empleo, mis amigos, mi salud, todo lo he perdido con el fin de salvar a la única persona que parece preocuparse por mi existencia y ni siquiera eso es suficiente para salvarla. Pero son estos momentos lo que me hacen olvidar todo por un lapso de tiempo. Momentos como hablar con usted. Momentos como recordar su sonrisa y esa belleza digna de su figura. Inteligencia que solo ella es capaz de poseer, son algunas de las cosas que me elevan por un par de segundos, elevan mi alma. Crean una nube de la cual llueven los recuerdos pero no mojan mis mejillas de tristeza como lágrimas, todo lo contrario pues me nutren. Me hacen sentir más vivo. ¿Pero por qué? No lo entiendo. ¿Cómo puedo sentirme vivo al recordar una etapa de mi vida de aparente placer infinito mientras la realidad es un opuesto perfecto? Tal parece que el viejo don Poncho siempre tuvo razón. A las personas nos encanta escapar de la realidad. Evadir por momentos nuestros problemas, porque es inevitable para el ser humano esa necesidad de satisfacción. Pero deseamos quedarnos ahí, quedarnos en la fantasía como si ésta fuera un sueño eterno. Es entonces cuando la realidad aparece y nos despierta a puñetazos.

No me queda mucho, tan solo esperar lo mejor aunque conozca lo inevitable. Eso es lo que usted... lo que tú hubieras querido. Lo que ustedes hubieran querido. Llevo años llamándote de esa manera por respeto, pero creo que se pierde el cariño que siento hacia ti cuando lo hago. Ya necesitabas un cambio en ese florero viejo, ¿o no, papá? Menos mal que traje un ramo. Gracias por siempre escucharme. Solo haría falta que pudiera escucharte una última vez. Mándale saludos a mamá de mi parte. Espero ya no tenga ese fuerte dolor en la espalda. No saben cuánto los extraño.

Tercer lugar

El fin de tu afán

Mayla Galilea Martínez Lozano

Preparatoria No. 2

Hay una pequeña vela parpadeante junto a José Muñoz, quien se encuentra escribiendo la novela del siglo, la que le traerá fama y fortuna, la que lo va a sacar de la pocilga donde vive y le va a comprar la casa de dos pisos que tanto quiere.

El sonido de la máquina de escribir llena la habitación y solo es interrumpido por un trueno que se escucha a lo lejos. El vidrio de la ventana comienza a empaparse de pequeñas gotitas; de pronto llueve a cántaros. La luz de la vela se extingue poco a poco pero todavía durará unos minutos.

Aunque José Muñoz no es el militar en el que se pudo convertir, va a ser el escritor más conocido de México. Eso lo tiene claro. Cuando muera aparecerá primero en el obituario del Constitucionalista y le van a hacer una placa allá por Mazamitla, el pueblo donde nació. La placa tendrá la leyenda “Dichosísimo el que escribe con pasión porque con pasión se lee”. En la capilla donde lo van a velar no cabrán todas las personas que le lloren. El presidente va a hablar de Muñoz en una entrevista explicando cómo su obra le cambió la vida.

La gente va a hacer largas filas para saludarlo, para escucharlo hablar, y es que todos querrán escuchar la voz del que escribió uno de los libros más importantes de

Latinoamérica. José Muñoz va a ser la inspiración de los que aman los libros y practican la escritura. Cuando se lo coman las lombrices le van a poner la bandera a media asta, y entonces su nombre será escuchado en cada rincón.

José teclea más rápido cuando estos pensamientos le agrandan el orgullo. Le duele el pecho como solo puede dolerle a los que gustan de envenenarse con vicios, pero no importa; el dolor se le quita cuando piensa que su novela es el libro que los niños tendrán que leer en el colegio. Será la voz de una generación; con suerte y hasta le hacen una estatua en la capital.

De la frente de José Muñoz caen gotas de sudor las cuales resbalan por sus mejillas hasta caer en la máquina de escribir. Su cuerpo es tan ancho que casi no cabe en la silla y sus dedos son tan gruesos que apenas logran teclear correctamente. Sus labios se mueven sin emitir sonido alguno mientras palabras desordenadas flotan en su cabeza y él, una por una, las ordena en hojas de papel.

De pronto tocan a la puerta. José ni siquiera se molesta en levantar la vista.

—Pásale, Esteban.

La puerta de madera rechina mientras un hombre de cabello negro entra corriendo. Es delgaducho y de ojos grandes que parecen desorbitados; la barba le crece de manera extraña, más de un lado que del otro, típico de un hombre lampiño.

—¿Ya vio cómo se vino el aguacero, don Muñoz? — pregunta mientras se desabrocha el abrigo.

—Así es —responde José con voz ronca, y luego añade con frialdad—. ¿Me traes lo de siempre?

Esteban saca una pequeña botella de su bolsillo y la entrega. Huele fuerte, huele a la boca de José cuando habla. También deja un libro y seis cigarros junto a la máquina de escribir.

—Ya... Mañana me traes más. ¿Te gustó el libro? — José se mete un cigarro a la boca y lo prende con la vela.

—Muchísimo, oiga. Pero el final no estuvo bueno.

—Pues la maña no se quita, ¡por eso nada te gusta y de todo te quejas! Que si las monjas te dan de comer todo estaba muy salado, que si te regalan ropa ya está rota, que si te presto un libro no te gusta el final. Y luego que por qué te tratan como perro en la calle, dándote de palos. Pero ándale pues, agarra otro, a ver si así te educas. Ése verde que dice alma en la portada.

Esteban se acerca al librerito malhecho junto a la ventana y toma dos libros en vez de uno, que al cabo y el don no se da cuenta.

Así es Esteban, medio ratero, medio honrado; medio bueno, medio malo; lo que no tiene de valiente lo tiene de astuto. No fue a la escuela por pobre pero aprendió a leer en la calle. No tiene otra adicción más que el robo.

Por su parte, José Muñoz es un hombre rudo. Se toca el poco pelo que le queda cuando habla y se rasca la nariz aguileña, pero cuando escribe parece el ser más solemne que jamás haya existido. Es jugador de vez en cuando, bebedor asiduo, fumador mientras escribe y mujeriego insaciable.

Las mujeres ya no lo miran. Antes sí, antes se susurraban entre ellas lo guapo que estaba, admiraban su manera de caminar, y es que tenía una sonrisa blanca y cabello de oro. Pero de eso ya hace muchos años. Hoy nada más lo acarician si hay monedas. Antes sí lo buscaban, antes se susurraban que se querían casar con él. Pero de eso ya hace muchos años.

—¿Le falta mucho para terminar su libro, don Muñoz?

Esteban se rasca la barba mientras aprieta los labios. Tiene el ceño fruncido mientras logra vislumbrar un pedazo de historia: José Muñoz escribiendo una de las novelas más influyentes en el siglo XX.

—Hoy lo termino. —José muestra una sonrisa de arrogancia al tiempo que deja de escribir y echa una bocanada de humo —. En unos años éste va a ser el libro

más leído de México

Se ríe y acaricia la pila de hojas que tiene junto a él.

Esteban frunce todavía más el ceño porque sabe que es verdad.

José se queda quieto; retiene humo en sus pulmones al tiempo que deja unas monedas en la mesa.

—Agárralas y cómprate dos manzanas. —Se ríe y saca la botella de alcohol que le trajo Esteban—. Yo brindaré por ti y por mi libro. También le daré gracias al Padre, al Hijo y al Espíritu Santo por tus servicios.

Esteban lo observa con inquietud mientras le rugen las entrañas. Pero el semblante le cambia en un instante mientras dice:

—Gracias, don Muñoz. Yo me retiro y nos vemos pronto.

Esa noche José Muñoz sintió un dolor en la cabeza y el estómago. Se levantó sudoroso y nauseabundo, cayó de la cama y se quedó tirado en el suelo, boca abajo. No se podía mover y poco a poco sus extremidades se fueron desconectando de su cerebro. Sintió terror mientras se daba cuenta de que sus pulmones ya no le hacían caso. Intentó gritar pero fue en vano.

José Muñoz iba a ser el escritor más conocido de México pero, en sus últimos segundos de vida, tuvo suficiente tiempo para reconocer que eso nunca pasaría. La verdad es que se va a morir como cualquier otro y nadie jamás lo va a recordar.

En la mañana José Muñoz se encontraba inmóvil, con su cuerpo frío y los ojos abiertos viendo hacia la nada. Tenía una expresión de horror, como del que ve cientos de sueños desvanecidos en un instante.

Por la tarde llegó su amigo a traerle más cigarros.

En cuanto al libro, éste se convirtió en un éxito nacional e internacional y le trajo fama y fortuna a su autor, Esteban Hernández.

Mención honorífica

Los papalotes son libres

Jorge González Hernández

Preparatoria No. 4

Era ya una costumbre, antes del mediodía María Evangelista se maquillaba sentada a la orilla de la cama; última parte en su arreglo personal. Así que para este punto del protocolo diario ya estaba vestida y peinada para salir a trabajar. Desde el piso de cemento pulido Consty, su niña, la veía a contrapicada con toda la atención del mundo. Los ingenuos ojos infantiles se prendaban del continuo movimiento de las manos pintando de colores chillantes los párpados morenos, sosteniendo a veces en una mano o en otra un pedacito de espejo donde a pinceladas metía todas las esperanzas de regresar con algo de dinero.

Vivían a las orillas de un pueblo adherido a la carretera igual que un parásito a una gigantesca serpiente. En un solo cuarto largo y silencioso donde apenas cabía toda la orfandad con que la vida las dotó. Más lúgubre y gris por las paredes sin enjarre disimulando apenas con dos o tres adornos la geometría de los blocks. Muebles y enseres de distintas épocas y procedencias eran resguardados por una puerta vieja de dos hojas, con un sistema para que el aire entrara y saliera sin permiso y que solo tenían ya las puertas de las casas antiguas en el centro del pueblo: varillas de fierro incrustadas a lo largo de la madera, cubiertas por cuatro postigos independientes que al abrirlos dejaban al descubierto un enrejado completo.

Al terminar María Evangelista puso el pedacito de espejo y el juego de pinturas sobre la caja de rejillas que imitaba a un buró junto a la cama, se colgó el bolso y fue a la puerta a quitar cadena y candado.

—Te dejé comida en la mesa —dijo desde el otro lado de la puerta. La cadena y el candado se oyeron entre sus manos como un dúo de barítonos destemplados—. Al que venga le dices que ando en la carretera o que vengan aquí en la noche.

Se oyó el clic del candado y se fue. Consty recargó la frente en las varillas, las apretó con las manos mirando a su madre irse entre la claridad del mediodía. Giró la mirada hacia el lado contrario segura de que ahora aparecería Nacholoco tras de su madre.

El trastornado apareció puntual, corriendo con sus pasos chuecos e impulsándose con el movimiento de su brazo engarrñado. Al sentir la mirada lujuriosa colgada de la bastilla de su falda, María Evangelista exageró el movimiento de sus caderas forradas apenas por la faldita arriba de las rodillas. Sacó de su bolsa un rollo de papel sanitario, cortó un pedazo y se lo llevó a la boca para imprimirle sus labios rojos. Después, sin detenerse ofreció el papel a Nacholoco y advirtió sonriendo.

—¡Me cuidas a Consty, eh!

Nacholoco paró en seco a contemplar con la mirada trabada los labios rojos sobre el blanco del papel. Luego, jadeante torció el camino hacia los matorrales del río; salió de rato guardándose en los bolsillos decenas de besos de papel coleccionados durante meses, ajados, rotos, amarillentos. Allá en el monte los había olido, saboreado, los había frotado contra su cuerpo hasta humedecerlos de nuevo. Ahora iba de regreso desgastado y cabizbajo a pagarle la deuda a María Evangelista.

Pasó frente al cuarto de block inspeccionándolo, pero Consty cerró los postigos justo a su paso sin darse cuenta que así le expresaba su animadversión. Siguió conforme

sus pies se lo permitieron. Llevaba la barba y el pelo enmarañado, el pantalón sucio de siempre sostenido al cuerpo con un pedazo de cuerda y un saco negro con el que desafiaba la sofocante estación del año. Fue a sentarse bajo un árbol desde donde podía vigilar a Consty con la esperanza de que el día de mañana María Evangelista le regalara otro beso de papel.

La tarde llegó lenta y pesada exhalando un aliento ardido que hundió al pueblo en un silencio total. Para entonces Consty jugaba ya con toda la imaginación desbordada. Convertía en juguetes los más rústicos utensilios de la casa y sostenía diálogos a toda voz con personajes imaginarios, sin sentir siquiera que había un calor insoportable en el mundo. Brincó y saltó a todo lo largo del cuarto divirtiéndose como si una docena de niños la acompañara. Sacó los útiles escolares, hojeó un libro sentada en el piso junto a las patas del ropero viejo y sin lunas, escribió su nombre en una libreta de hojas cuadriculadas. Quiso jugar luego con la caja de rejas pero se detuvo al ver el pedazo de espejo y las pinturas de su madre, mejor cantó como una artista enredada en la cortina que protegía la entrada del baño. Fue allí donde descubrió algo que nunca había visto y que agolpó en sus ojos toda su fascinación infantil: Un rayito de luz verde atravesando esplendorosamente el pequeño espacio medio obscurecido. Quedó maravillada, tanto, que olvidó los juegos y alelada solo tuvo atención para admirar el agradable intruso luminoso cayendo en diagonal desde lo alto e interponiéndose entre ella y el retrete. Lo vio de arriba abajo sin parpadear, era largo, derecho como una fantástica viga precipitada desde el techo por un solo extremo y el caer casi le tocaba los pies, tan atractivo que Consty tuvo el impulso de meterle el dedo y saborearlo, solo que en el preciso momento el estridente pitido de un *claxon* llegó desde la calle estremeciendo todo su endeble cuerpecito. De inmediato comprendió que era el carrito

blanco manejado por dos señoras que regularmente venían a la iglesia a impartir catecismo, y así pitando llamaban a los niños. Por un instante no supo si ir a la puerta para verlo pasar como siempre, o quedarse en el baño contemplando el derrame de luz que en ese momento parecía un brillante y traslúcido listón de organza verde; prefirió quedarse con la clara intención de rodearlo para verlo desde el retrete cómodamente sentada. Así lo hizo, giró con toda la pericia y sagacidad que la curiosidad le permitió, al pasar por debajo del declive se agachó lo más que pudo para no interferirlo con su pelo suelto y desaliñado hasta que estuvo sentada bajo la maravillosa inclinación luminiscente.

De la calle seguían llegando los gritos felices de los niños, se asomaban por puertas y ventanas al escuchar el pitido, y salían de las casas a correr tras el carrito blanco, que a duras penas avanzaba entre pozos y peñascos con rumbidos de viejo renegado. La mujer que conducía y su acompañante sonreían sin dejar de pitar. Pero la algarabía y los extremos del carrito blanco esta vez pasaron desapercibidos para Consty; pues sus manos navegaban ya con la paciencia de dos pequeñas tilapias entre las aguas diáfanas y diagonales de la minúscula catarata de luz esmeralda.

Poco a poco el vocerío infantil fue caducando a lo lejos, igual que en el baño el rayito de luz verde fue languideciendo hasta quedar solo en una hebra de hilaza; después, nada, desapareció totalmente ante los ojos desconcertados de Consty. Lo buscó a su espalda, a los lados, arriba y abajo pero no apareció, ni rastros había. Lo único que vio al levantar la cara fue el agujero en la pared, encima del retrete, donde algún día María Evangelista mandaría instalar la armazón de una ventanilla de baño, por lo pronto servía de repisa; ahí estaba un jabón y un frasco con *shampoo* de hierbas.

Salió del baño lamentando la brevedad del efecto fosforescente, caminó triste hacia la puerta y se sentó en el piso con la mirada extendida en el paisaje. Menos mal que la recibió un airecito fresco filtrado en el calor vespertino, le acarició la cara y hasta le movió el pelo, pero sobre todo le impulsó la mirada a lo lejos, a la cima de una loma que todas las tardes divisaba. La loma estaba más allá de las casas vecinas y más allá del campanario de la iglesia, donde a fuerza de imaginar ella estaba segura que vivía el aire. Y el aire sopló como si lo hubiera llamado con la mirada, con él regresó la algarabía y el júbilo infantil. La calle volvió a llenarse de voces, de gritos y risas. Consty emocionada de nuevo se adhirió a las rejas para ver mejor; eran todos los niños del barrio volando papalotes. Vio extasiada un esplendoroso cielo salpicado de colores, papalotes rojos, verdes, naranjas, amarillos, morados, azules cruzaban el cielo como una parvada de exóticos pájaros sin prisa, revoloteaban en el aire, con largas y maravillosas colas multicolores y vistosas barbillas a los lados. Volaban libres al ritmo de los gritos y las risas de los niños guiándolos desde abajo con hilos casi invisibles.

La alegría de Consty se cortó de pronto al ver a la señora del carrito blanco caminar hacia ella, llevaba un papalote en la mano.

—¡Hola! —saludó al llegar—. Qué bonita niña. ¿Cómo te llamas?

—Consty... Constanza Evangelista... —respondió con los ojos bajos.

—¿Y por qué nunca has ido al catecismo?

—Mi mamá no me deja. Me encierra con candado para que no me pase algo malo.

—¿Y vas a la escuela? —preguntó arrodillándose en un solo pie buscando la altura de la niña.

—A veces...

—Dile a tu mamá que vine a invitarte al catecismo. Que te deje ir para que aprendas a rezar. También hacemos trabajos manuales y juguetes, y muchas cosas más que te van a gustar. Te espero el próximo miércoles... ¡Mira, te regalo mi papalote!

La catequista introdujo el juguete por entre las rejas ofreciéndoselo. Consty quedó pasmada, solo atinaba a verlo sin atreverse a tocarlo, ni siquiera a instalar un dejo de alegría en sus facciones de niña solitaria, aunque en el pecho el corazón le daba brincos emocionado. Cuando lo tomó ambas se vieron obligadas a voltear hacia arriba, inesperadamente sintieron que una sombra grande les cubría como si una nube se interpusiera entre ellas y el sol. Era Nacholoco parado tras la catequista, con su saco negro de fantasma de enero mirando a Consty con recriminación. La niña se reprimió, quiso devolver el papalote pero la catequista se incorporó mirando a Nacholoco de pies a cabeza.

—Buenas tardes —le dijo secamente y fue a incorporarse al grupo de niños dando instrucciones. Consty rápidamente cerró los cuatro postigos dejando a Nacholoco gruñendo amenazante.

En la intimidad Consty sonrió emocionada ante su pájaro de papel de china, carrizo e hilo. Era grande, el cuerpo exquisito y ligero de forma deltoide, en color fucsia y azul, con barbillas laterales verde limón y una cola de ave prehistórica a base de moños de todos colores que al maniobrar para verlo por un ángulo y otro se enredaba en todo su escuálido cuerpecito. Lo veía sin cesar con la impresión de que bastaba soplarle para que se fuera surcando los aires del mundo.

Apenas se atrevía a moverlo, a levantarlo a la altura de su cara. El papel tensado sobre el carrizo tronaba despacito como si estuviera vivo, como si quisiera decirle algo.

Al pardear, María Evangelista regresó. De nada le sirvió a Nacholoco ir desbocado a encontrarla para darle la

queja de que Consty había hablado con una desconocida. Ella lo ignoró, fastidiada a todo lo que él decía, le era condescendiente con un reiterativo “sí... sí... sí...” sin dejar de caminar y sin voltear siquiera a ver los aspavientos que hacía con su único brazo disponible. Ningún ánimo traía ella de descifrar los gruñidos y sonidos guturales que Nacholoco emitía cumpliendo con su deber. Lo despidió de inmediato.

Consty vio llegar a su madre entrecortada por las partes de la puerta, dándose habilidad para quitar cadena y candado con una sola mano, en la otra sostenía un gran espejo retrovisor de tráiler con todo y armazón. Fue directo a dejarlo encima del ropero con el mismo cuidado con que lo trajo desde la carretera, pasándoselo de una mano a otra cada vez que el brazo se le cansaba. Después lanzó el bolso sobre la cama y tomó de la caja de rejas el pedacito de espejo; se sorprendió al ver el papalote en las manos de la niña.

—¿Y eso?

—Me lo dio la señora del catecismo —contestó la niña con inseguridad.

—A esas se les dice señoritas santurronas.

—Traían muchos volando en el cielo —explicó la niña.

María Evangelista se encogió de hombros, con toda indiferencia lanzó a través de las rejas su antiguo y diminuto instrumento de belleza. Luego de quitarse los zapatos fue a la estufa, allá permaneció hasta que el olor de la cena invadió el cuarto; pensaba en su espejo nuevo.

Mientras Consty jugaba a hacer volar el papalote, corría de la mesa a la cama tratando de que ganara altura; no alcanzaba a elevarse ni siquiera un poco.

—Le hace falta aire —dijo María Evangelista entre el vapor de la cena.

Pero Consty lo imaginaba volando por debajo de las vigas con la misma ligereza de los papalotes que vio en la tarde cruzar el cielo como verdaderas aves migrantes.

Quería verlo en plenitud, posesionado de la altura, seguro y ocioso, siguió intentándolo.

—¡Ya deja eso! —infirió María Evangelista de nuevo—. Me vas a tirar algo.

Dos veces más le llamó la atención diciéndole que fuera a cenar. Pero la niña insistía aventando el juguete al espacio y corriendo al mismo tiempo que lo jalaba. Solo lograba que cayera de lleno y arrastrarlo por el hilo. En una de tantas la cola se elevó a la altura del ropero, se enredó en el espejo retrovisor de tráiler y lo lanzó al vacío estallando contra el piso como una bomba. Consty quedó paralizada.

—¡Te dije que te aplacaras! ¡Chingao! —gritó María Evangelista con toda la boca y las facciones descompuestas por el coraje—. ¡Terca!

Se le fue encima, la arrastró jalándola del cabello hacia la cama sin dejar de gritar improprios.

—¡Y ahora en qué me voy a pintar, idiota!

Dos bofetadas impulsaron la inocente carita hacia un lado y otro. Los gestos lastimeros de Consty terminaron en un llanto de lágrimas gruesas que no impidieron a su madre emitir a toda voz el castigo.

—¡Y para que aprendas a obedecer voy a encerrar con llave tu mugre papalote en el ropero!

La atmósfera hostil se multiplicó cientos de veces reflejada en el pedacero de espejos esparcidos en el piso. Caminó con cuidado, en puntitas hacia la cocina para traer la llave, la extrajo de una botecito de hojalata que tenía junto a otros botes con especias y hierbas de olor. Regresó a levantar el papalote, enredó la cola en el mismo cuerpo del artefacto volador, lo metió en el ropero y giró la llave.

—¡A ver si así se te quita lo malcriada! —Consty oyó el sonido de la llave al caer de nuevo en el botecito de hojalata.

Cuando hubo calma María Evangelista recogió la armazón del espejo y todos los pedazos, los metió en una

bolsa de plástico que reservó en un lugar apartado con la intención de tirarlos otro día, escogió el fragmento más grande y fue a ponerlo sobre la caja de rejillas, con un chasquido de boca lamentó haber perdido la oportunidad de maquillarse mejor y más rápido. Después apagó el foco y fue a meterse en la cama, esa noche ninguna de las dos cenó. La niña permaneció inmóvil con la carita contra la pared y los ojos abiertos.

Mucho rato después, cuando Consty tuvo la certidumbre de que su madre dormía profundamente, se deslizó por la cama, fue en silencio a sentarse en el piso a un lado del ropero y se recargó en él como si quisiera escuchar algún ruido de su papalote en el interior. La luna cernía su luz entre la puerta dibujando el enrejado sobre el cuerpecito reprimido y aun más allá. Afuera el aire deambulaba buscando hojas secas que arrastrar aunque solo lograba hacer rodar el ladrido de un perro desvelado y los ruidos fugaces de los tráilers por la carretera.

Se atrevió a tocar muy despacito con los nudillos de los dedos en la madera vieja. “Toc... toc...toc...”, se oyó más bajito que los resuellos de su madre. Luego habló en secreto.

—... Papalote... papalote... No te asustes, aquí estoy contigo, no tengas miedo... Mañana te saco de allí... Duérmete. Durmiendo se quita el miedo...

Sintió en los pies los libros que por la tarde había dejado en el piso, tomó la libreta cuadriculada, el lápiz y escribió iluminada por la luz de la luna: “Los papalotes son libres”. Luego se quedó dormida recargada en el ropero.

Por la mañana Consty despertó en la cama.

—Ven a tomar café —dijo María Evangelista aún con el pelo mojado por el baño matutino. Consty obedeció en silencio, acompañó el café con la cena de la noche anterior convertida en desayuno.

No tardó en dar comienzo el ritual diario de María Evangelista acicalándose para el trabajo. La niña se sentó una vez más en el piso atraída por la danza de las ma-

nos de su madre embelleciéndose el rostro. Después las recomendaciones, el sonido inolvidable de la cadena y el candado. Verla irse y ver a Nacholoco correr tras ella.

En cuanto se alejaron Consty corrió al lugar de la cocina, sacó la llave del botecito de hojalata y volvió para introducirla en la cerradura del ropero, la giró sintiendo que el corazón se le salía, cuando oyó el ruidito que permitió a las dos puertas abrirse de par en par en el negro de sus ojos, brillaron los colores de su juguete acurrucado en el frescor de la ropa limpia olorosa a bolitas de alcanfor.

—¡Te dije que hoy te sacaba! —Y en sus manos el papalote pareció un gallo a punto de cantar.

Lo dejó sobre la cama mientras fue a apilar sus libros sobre el depósito del retrete, le agregó también una olla de peltre al revés que encontró en la cocina. Con el papalote en mano trepó uno por uno los improvisados peldaños hacia el agujero en la pared. Hizo a un lado el jabón y el frasco con *shampoo* verde y lanzó el papalote hacia el exterior, luego se introdujo en el boquete doblándose como si fuera de plastilina, del otro lado utilizó hábilmente sus brazos para colgarse hasta que las rodillas resortearon en el suelo junto al ave de papel.

Ansiosa por echarlo a volar lo levantó lo más alto que pudo. Al mismo tiempo que empezó a trotar lo soltó, de inmediato sintió en su mano que el papalote jalaba el hilo, daba pequeños tironcitos desesperado por volar. Entonces dejó que el hilo corriera a toda velocidad entre sus dedos y conforme el papalote se elevó fue desplegando todo su candor. Consty aceleró sus pasos en dirección a la loma que todos los días divisaba desde la puerta de su casa y donde ella estaba segura vivía el aire.

Pasó veloz frente a las casas vecinas. Cuando corría a un costado de la iglesia levantó la mirada para comprobar que su pájaro artificial volaba por encima del campanario. La invadió un sentimiento de orgullo que la impulsó a mantener el ritmo de los pies y el hilo tenso pendiente de su mano, parecía guiar el vuelo de una garza solitaria.

Pronto se alejó del silencio asoleado del barrio, los piecillos descalzos y ligeros como las patas de un faisán removían la tierra suelta del camino. Y el camino se fue introduciendo en el monte, por un momento tuvo la sensación de que eran los árboles quienes en dirección contraria a su carrera se deslizaban diligentes a sus costados y no ella, que a fuerza de correr acortaba cada vez más la distancia hacia la loma. El camino se convirtió en una vereda curveante por toda la orilla del río, Consty la recorrió azuzada por la ilusión de estar ya en la casa del aire. En una vuelta repentina la vereda se fue en la corriente pero ella tomó por otra; ahí empezó la cuesta arriba. Persistió, aun cuando la vereda parecía un caminito de hormigas sobre la pendiente, corría con la cima reflejada en las pupilas y una fascinación desbordada en una aura de inocencia y candidez que envolvía su pequeña silueta infantil. No tardó en llegar. Detuvo la carrera de frente al panorama sintiendo que el aire la recibía con abrazos. El pueblo entero le cabía en los ojos, pero ella prefirió mirar sus dedos sosteniendo el hilo, lo siguió lentamente como si sus ojos necesitaran trepar por la hebra hasta la otra punta donde el papalote resplandecía entre el aire y el sol. Lo contempló por un momento, ingrátido y seguro contra la inmensidad celeste, luego... lo soltó.

Jurados participantes

2013

Graciela Salazar
Jorge Rodríguez
Jair García Guerrero

2014

Guillermo Jaramillo Torres
María Belmonte Vega
Arnulfo Vigil Jiménez

2015

Orfa Alarcón Martínez
Vanessa Garza Marín
Damián Emmanuel Monsivais Orozco

ÍNDICE

2013

El jardín de las gladiolas <i>Edén López Sánchez</i>	13
Trece años <i>José Luis Aguirre Aguilar</i>	27
Cinco vecinos <i>José Luis Aguirre Aguilar</i>	37
La cárcel de vidrio <i>Juan Iván González Gómez</i>	55
El orden mínimo de las cosas <i>Liliana Iveth Luna Flores</i>	63
Agua <i>Darío Arturo Méndez Sánchez</i>	71
Nikki <i>Paulina Moreno Pascual</i>	77
La pluma negra <i>Juan Osvaldo Pérez Mireles</i>	93

En otra vida <i>César Julián Camarillo Pérez</i>	105
N(x) <i>Darío Arturo Méndez Sánchez</i>	121
2014	
Estamos en duelo <i>Liliana Iveth Luna Flores</i>	131
El canto de las cigarras <i>José Carlos Martínez Alanís</i>	137
Maté a una persona y no puedo vivir con la culpa <i>Juan Alfredo Salazar Marroquín</i>	143
Hospitalidad malagradecida <i>Martín Alejandro Morales Garza</i>	157
Un cuento <i>Darío Arturo Méndez Sánchez</i>	163
OXXO I love you <i>Liliana Iveth Luna Flores</i>	173
Surcando las alas <i>Angela Nadine Huerta Alemán</i>	181
En busca de la nada <i>Luis Muñiz Patiño</i>	195
Carta póstuma <i>Daniel de la Rosa Treviño</i>	203

Mi bella noche <i>Reyna Liliana Morales Lumbreras</i>	213
La fragilidad del cristal <i>Adolfo Isaí Ortiz Leal</i>	229
Lulú alucina <i>Adolfo Isaí Ortiz Leal</i>	237
2015	
El aeropuerto está en carretera federal <i>Mikhail Alec Iván Carbajal Moreno</i>	247
Cometas <i>Carlos Alberto Blanco López</i>	259
Carta a mamá cadáver <i>Irene Denisse Gamboa Salazar</i>	265
Piensa mal y acertarás <i>Mariana Gamboa Esparza</i>	273
Bessie, la mujer de la voz azul <i>Karla María Díaz Romero</i>	283
Confesiones <i>Bruno Julio Santillán Rodríguez</i>	297
El fin de tu afán <i>Mayla Galilea Martínez Lozano</i>	305
Los papalotes son libres <i>Jorge González Hernández</i>	311

OXXO I love you. Literatura Joven Universitaria 2013-2015 terminó de imprimirse en el mes de agosto de 2016, en los talleres de Serna Impresos, S. A. de C. C. En su composición se emplearon los tipos New Baskerville BT 12, 16 y 22 puntos. El cuidado de la edición estuvo a cargo de Adrián Ruiz. Formato interior por Alejandra Escobedo y diseño de portada por Francisco Galván.



LIBROS UANL

Certamen

OXXO I LOVE YOU

LITERATURA JOVEN UNIVERSITARIA [2013-2015]

El presente libro incluye los trabajos premiados y menciones honoríficas del certamen de Literatura Joven Universitaria de la Universidad Autónoma de Nuevo León en su categoría cuento durante los años 2013 a 2015. En *OXXO I love you* vemos los temas de la realidad urbana así como la fantasía, la ciencia ficción, el interés por experimentar, por crear narrativas más extensas y alcanzar un mayor dominio del personal estilo. Con esta publicación y su tomo gemelo dedicado a la poesía, *Zaragoza arde la TV*, continúa la difusión de las obras de los estudiantes de nuestras preparatorias y facultades.

ISBN 978-607-27-0623-1



9 786072 706231



UANL

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN



EDITORIAL UNIVERSITARIA UANL